



CRÓNICA HISPANO-AMERICANA.

Año V. Se publica los días 8 y 24 de cada mes.—Administración Central, calle del Sordo, núm. 39, principal. **Madrid 8 de Diciembre de 1861.** Precios: En España 24 rs. trimestre.—En el extranjero y Ultramar 12 pesos fs. por año adelantado. **Núm. 19.**

DIRECTOR PROPIETARIO, DON EDUARDO ASQUERINO.	Sres. Bona (Felix). Bordallo (F. M.). Borrego (Andrés). Braga (Alexandre). Bretón de los Herreros (M.). Biestler (Ernesto). Brederode (A. de). Bullhao Pato (R. de). Bruschy (Dr.). Calvo Asensio (Pedro). Calvo y Martín (Pedro). Caicedo (J. M. Torres). Campoamor (Ramon). Camus (Alfredo A.). Canalejas (Francisco de P.). Cañete (Manuel). Castelar (Emilio). Castello Branco (Camillo). Castilho (Antonio F. de). Coelho de Magalhaes (J. E.). Castro (M. Fernandez).	Sres. César Manchado (Julio). Cánovas del Castillo (A.). Catalina (Severo). Castro y Serrano (José). Corpancho (Nicolás). Corradi (Fernando). Colmeiro (Manuel). Carvalho (Tomas de). Cueto (Leopoldo A. de). Sra. Coronado (Carolina). Duran (Agustín). Egular (Luis). Elias (C. Fernandez). Escalante (Alfonso). Escosura (Patricio de la). Eulate (Manuel). Estévanez Calderon (S.). Estrada (Luis). Fernel. Fernandez Cuesta (Nem.). Ferrer del Rio (Antonio).	Sres. Fernandez y Gonzalez. Figuerola (Laureano). Flores (Antonio). Catalina (Severo). Forteza (Guillermo). Gana (Guillermo B.). García Gutierrez (A.º). Gayangos (Pascual). Gomes d'Abreu (Dr.). Gomes d'Amonin. Gener (José). Gonzalez Bravo (Luis). Gonzalez (Marcial). Graels (Mariano de la Paz). Güel y Renté (José). Hartzenbusch J. (Eug.º). Herculano (A.). Janer (Florencio). Jimenez Serrano (José). Lafuente (Modesto). Llorente (Alejandro). Lopez Garcia (Bernardo).	Sres. Larrañaga (G. Romero). Lastarria (J. U.). Lasala (Manuel). Latino Coelho (J. M.). Lemos (Joao de). Lobo (Miguel). Lobato Pirés. Lopes de Mendoza (A. P.). Lorenzana (Juan). Madoz (Pascual). Magalhaes Continho (J. E.). Mendes Leal Junior (J. das). Montesino (Cipriano). Mañé y Flaquer (J). Bare.º. Martos (Cristino). Matta (Guillermo), Chile. Mora (José Joaquin de). Molins (Marqués de). Muñoz del Monte (Fr.º). Ochoa (Eugenio). Oliveira Marreca (Ant.º).	Sres. Olavarría (Eugenio). D'Oliveira Pimentel (J. M.). Olózaga (Salustiano). Olozabal (Lúcas). Ortiz de Pinedo (Manuel). Palacio (Manuel del). Perez Calvo (Juan). Palmeirín (L. A.). Palha (Francisco). Pasaron y Lastra (Ramon). Pi Margall (Francisco). Rancés y Villanueva (M.). Rebello de Silva (L. A.). Ribot y Fonseré (Ant.º). Rios y Rosas (Antonio). Retortillo (J. Luis). Rodríguez Sampayo (A.). Rivera (Luis). Rivero (Nicolás Maria). Romero Ortiz (Ant.º). Rodríguez y Muñoz (Tib.º).	Sres. Rosa Gonzalez (J.). Ros de Oiano (Antoni o). Ramírez (Javier de). Roselli (Cayetano). Ruiz Aguilera (Ventura). Sagarmingua (Fidel de). Selgas (José). Silva Tullio (Ant.º. da). Simonet (F. Javier). Sanz (Eulogio Florentino). Segovia (Antonio Maria). Salvador de Salvador (José). Serpa Pimentel (A. de). Torres (José de). Trueba (Antonio). Vega (Ventura de la). Valera (Juan). Veiga (E. da). Viedma (J. A.). B. Vicuña Mackenna. Visconde de Gouvea.
---	--	---	--	---	---	--

SUMARIO.

Revista Extranjera por M.—Resultados económicos del sistema político de Inglaterra en sus provincias ultramarinas, por D. Félix de Bona.—Un trono en Méjico; por D. Jacinto Beltrán.—Sueltos.—Estudios sobre Italia, (art. 2.º), por D. Andrés Borrego.—Las islas Canarias y el valle de Orotava, por D. Benigno Carvallo Wangüemert.—Transilvania, (art. 2.º) por D. José Joaquín de Mora.—Cuadro histórico de la administración Montf.—Platon, Leibnitz y Hegel, por D. F. de Paula Canalejas.—Ojeada sobre las artes, (art. 3.º), por D. Bernardo Lopez García.—Al amor de la lumbre, por D. Luis García de Luna.—Estudios de costumbres, por D. Javier de Ramirez.—Amor de padre, lo demás es aire, (proverbio), por D. Ventura Ruiz Aguilera.—El Padre Lacordaire.—Correspondencia de Ultramar.—Revista de la quincena, por D. Nemesio Fernandez Cuesta.

LA AMERICA

REVISTA EXTRANJERA.

Con dos grandes novedades nos han favorecido durante la última quincena las dos naciones mas fecundas en esta clase de producciones. Nuestros lectores han adivinado sus nombres. No hay ninguno que no haya pronunciado ya, al menos interiormente, Francia y América.

Empezamos por lo mas lejos, convencidos de que, en la expectativa de nuevas sorpresas que á cada instante aguardamos, cúmplenos dejar para lo último lo que está mas cerca.

Los diarios han dado cuenta al público del atentado cometido á bordo del vapor-correo inglés *Trent*, por el comandante del buque de guerra americano federalista *San Jacinto*. El insulto hecho en esta ocasion al pabellon británico, es de aquellos que no dejan otra alternativa que una reparacion humillante por la parte ofensora, ó la apelacion á las armas por la parte ofendida. Conocido el descabellado sistema de gobierno adoptado por el presidente Lincoln, y su digno primer ministro Seward, no hay la menor probabilidad de que la cuestion termine como los amigos de la paz desean. Aunque el gabinete de Washington quisiera mostrarse condescendiente, hasta el extremo de dar una satisfaccion cumplida, no creemos que podría hacerlo en las circunstancias en que tan imprudentemente se ha colocado. Desde el rompimiento de las hostilidades entre las dos fracciones de la república, se manifestó en la del Norte el rencor mas violento contra la nacion inglesa, contra su gobierno, y contra la augusta y virtuosa señora que ocupa el trono de la Gran Bretaña. Este innoble sentimiento se ha dado á conocer en los términos mas groseros y chocantes, no solo por medio de los periódicos y de las reuniones populares, sino hasta en los pulpitos y en la tribuna de los cuerpos

representativos; de ese innoble sentimiento está impregnada la nota de Mr. Seward á las reclamaciones del ministro plenipotenciario inglés, sobre la prision ilegal de uno de sus compatriotas. De estas malévolas disposiciones, inspiradas quizá por la envidia, y alimentadas por un orgullo tan infundado en su origen como descortés, por no decir otra cosa, en sus formas, debía aguardarse de un momento á otro algun desatino político, alguna de aquellas explosiones de ciega pasion, que, aun en las relaciones privadas de la vida, provocan la reprobacion de todo hombre sensato y justo, y que, trasladadas al terreno de la política, merecen la calificacion de crímenes contra la humanidad. Tal es el nombre que merece el atentado del *San Jacinto*, atentado que dictó friamente, y sobre el cual expidió instrucciones detalladas, el gabinete de Washington, y la noticia de cuya ejecucion ha sido recibida con entusiasmo, con iluminaciones públicas y con procesiones, banderas y vivas por los habitantes de Nueva-York.

Ya desde el rompimiento de hostilidades entre las dos fracciones de la república, la del Norte, como si tuviese la conciencia de la injusticia de su causa, y como si previese la opinion que de su extravio formaría Inglaterra, empezó á verter torrentes de injurias y sarcasmos contra ella en la mayor parte de los periódicos. Los de los ingleses habian hablado con la mayor reserva de la cuestion pendiente, y, aunque á nadie se ocultaba que la causa del Sur era mas popular en Inglaterra que la del Norte, aunque no hubiera mas motivo para ello que la cuestion arancelaria, la prensa observó una conducta prudente y reservada, por no comprometer al gobierno, excitándolo por medio del voto público, á una guerra, sobre cuya conveniencia y posibilidad no se habian declarado aun los consejeros de la corona. La insensata presuncion yankee tomó esta razon por sintoma de miedo, no sin algun fundamento, recordando la paciencia con que el gabinete inglés habia sobrellevado otras ofensas. Aventuróse, pues, en esta creencia, á cometer el exceso reciente, sospechando también, que, de la llegada de los comisarios del Sur á Londres, habia de resultar el reconocimiento de la República separatista. Lincoln, su ministro y el partido que ellos capitanean, previeron en este acto diplomático la ruina completa de la causa que defienden, y han creído justos todos los medios posibles para evitarla. La impresion que ha hecho en Inglaterra la noticia de tan injustificable violacion del derecho internacional, no deja la menor duda sobre sus inevitables consecuencias. El gobierno inglés pide una satisfaccion correspondiente al agravio, y exige, como condicion indispensable, la restitucion de los comisarios presos. El gobierno de Washington no podría ceder, aunque quisiese hacerlo en un lúcido intervalo de sentido comun, sin exponerse á descender

de sus sillas apedreados, y el rompimiento del bloqueo de los puertos del Sur, y la guerra declarada contra el Norte, serán el fruto de esa política descabellada y cínica, que en el espacio de pocos meses, destruirá la obra de ochenta años de prodigiosos esfuerzos y de inaudita prosperidad.

Un periódico de esta capital ha emitido sus dudas sobre el partido que tomen en este conflicto los ingleses. Fúndase en las deplorables consecuencias que acarrearía al comercio inglés la cesacion de sus comunicaciones mercantiles con los Estados del Norte. Nuestro colega olvida que los intereses, no solo del comercio, sino de la industria de la Gran-Bretaña, la inclinan forzosamente hácia el lado del Sur. El Sur es el gran criadero de la primera materia cuya elaboracion atrae al condado de Lancashire inagotables riquezas; la que mantiene un millon de trabajadores y vivifica un capital metálico que no baja de doscientos y cincuenta millones de duros; la que pone en movimiento una numerosa escuadra de buques mercantes, y, por último, la que de rechazo, y por una reaccion indirecta, pero constante y creciente, comunica su impulso prodigioso á la circulacion, derramando sus beneficios en la locomocion interior, en la venta al menudeo, en el consumo, y especialmente, en el de las clases pobres, y por punto general, en todos los ramos que constituyen la felicidad de las naciones. El rompimiento del bloqueo trae consigo la exportacion ilimitada de las cosechas de algodón amontonadas en los almacenes de los Estados productores.

Hay otra razon no menos poderosa en favor de la opinion que estamos defendiendo. Los Estados del Norte se han metido á fabricantes, careciendo de todas las condiciones que la Economía Política requiere para el planeamiento y desarrollo de la industria manufacturera. La falta de estas condiciones no se supe sino por la aplicacion del ya tan desacreditado sistema proteccionista. Allí, donde todo principio se exagera, se han exagerado hasta lo sumo los rigores arancelarios, en términos de haberse cerrado herméticamente los puertos á la importacion de los tejidos, del hierro fabricado, de la quinacalla, de la losa, del papel y de otros artículos que contribuian y fomentaban el tráfico entre las dos naciones. El Sur, por el contrario, como país exclusivamente agrícola, es, por su naturaleza, libre cambista. En toda la vasta amplitud de su territorio no hay un solo telar, una sola fundicion. Para el consumo de los géneros necesarios á las operaciones agrícolas y á las comodidades de la vida, consumo vastísimo en un país laborioso y opulento, prefieren lo bueno y barato que Inglaterra les envía, á lo malo y caro que les obligaba á tomar Pensilvania. Las damas de Nueva-Orleans y de Charleston desprecian los tejidos de Louvel y consumen los de Manchester. De

este modo se combinan y armonizan los intereses de Inglaterra con los de los separatistas, según el inalterable principio económico que funda la importancia y extensión de las transacciones comerciales en la sólida base de la relación entre el pedido y la oferta.

Estas circunstancias explican, fuera de toda consideración relativa al efecto, que un ultraje no merecido promueve en una nación cristiana y moral, la indecible excitación que ha producido en Inglaterra la noticia de la violación de su pabellón por el comandante de *San Jacinto*. Según una carta de Londres que tenemos a la vista, «es imposible dar una idea de la irritación con que fué recibida la noticia en esta capital, y especialmente en el barrio del comercio (*city*). Los clubs se llenaron en un instante de gentes ansiosas de discutir y comentar el hecho; lo que pasó en la Bolsa no es susceptible de descripción. Aquello era un remolino de grupos, de gritos, de vivas á la reina, de excitaciones á los ministros para que no tardasen en tomar medidas fuertes, capaces de infligir un seguro escarmiento á los perpetradores de tamaño insulto. «El *meeting* de indignación (como allí se dice) celebrado en Liverpool, no fué menos significativo, y la prontitud con que muchos cuerpos de milicianos regimentados ofrecieron sus servicios al gobierno, comprometiéndose á formar parte de una expedición que se enviase en castigo de aquel inexplicable rasgo de insolencia, prueba la unanimidad del sentimiento público y el patriótico y general deseo de conservar ileso el honor nacional.

Antes de esta ocurrencia, se sabía que la estación naval inglesa en los mares de la América del Norte reúne la fuerza de mil cañones, y, en sentir de los hombres inteligentes, la mitad de este guarismo basta y sobra para poner al gobierno del Norte en los mas serios conflictos, y, en opinión de otros, para reducirlo á la nulidad, y afianzar la independencia del Sur. Las fuerzas navales del gobierno de Washington, no solo por su desmesurada inferioridad numérica con respecto á las inglesas, sino por el mal material de sus buques y lo heterogéneo de sus tripulaciones, se hallan en la absoluta imposibilidad de sostener un combate marítimo. Los ingleses pueden bloquear á sus anchas todos los puertos de los federales, y el del opulento emporio de Nueva-York, bastaría por sí solo para ocasionar su ruina, y con ella, la de la causa que allí ha encontrado todos sus recursos.

Indudablemente el gabinete Lincoln se proponía evitar la llegada á Europa de los dos comisionados Slidell y Mason, temeroso de la impresión que podrían hacer sus informes en las dos naciones á que iban dirigidos. Lo natural es que estos informes no habrían producido mas que un sentimiento de indignación, sin que bastasen á sacar á los dos gobiernos de la actitud inactiva y neutral en que se han colocado desde el principio de la disputa. Ha sucedido en esta ocasión lo que tantas veces se ha observado en el mundo moral; que las grandes faltas llevan en sí el castigo que merecen, y que los medios que los malos emplean para llevar adelante sus fines, se tornan en su daño, y les imponen el escarmiento á que se han hecho acreedores. Los despachos de que los dos comisionados eran portadores, han sido conservados por la destreza y presencia de espíritu de la esposa de uno de ellos, y, á la hora esta se hallan en poder de los ministros ingleses y franceses. Así, pues, el crimen cometido por el gobierno de Washington ha sido un crimen inútil.

Apenas trazábamos las líneas que preceden, recibimos los periódicos franceses con la noticia de un nuevo acto de piratería, cometido por el mismo vapor *San Jacinto*, contra el buque mercante francés *Jules et Marie*. Si no hay exageración en los pormenores que acabamos de leer, este nuevo desacato es todavía mucho mas grave que el primero, porque á la violación del derecho internacional y al insulto del pabellón del imperio, se añaden en esta ocasión el saqueo del buque detenido y la inhumanidad con que han sido tratados su capitán y la tripulación. Guardamos la confirmación de esta noticia para calificar el suceso, aunque, atendido al carácter grave y sesudo del diario á que nos referimos, no abrigamos dudas sobre su realidad. Reduciendo esta á la mitad de lo que se refiere, creemos que hay lo suficiente para que el gobierno imperial no se quede atrás del de la nación vecina. En este caso, bien pueden los Estados separatistas cantar victoria y bien pueden Lincoln y Seward buscar un rincón en que ir á ocultar su vergüenza, si les da tiempo para ello la indignación de la parte sensata de la población de la República.

Porque, mientras los extravíos de su política exterior son tan palpables y escandalosos, no se muestran menos desatinados é insensatos en el manejo de los negocios domésticos. Con un ejército de ciento y cincuenta mil hombres magníficamente equipados y armados; con un material de guerra que rivaliza con los de las naciones principales de Europa y con un gasto diario que la mas rica de ellas no podría sostener, no han empeñado una sola acción que merezca el nombre de batalla; no han obtenido un triunfo que haya podido producir la menor ventaja á la causa que defienden, y están pasando por la ignominia de que, los que ellos llaman insurgentes, tengan bloqueada la capital federal, habiéndose hecho dueños de las dos orillas del Potomac y establecido en ellas formidables baterías. La gran expedición naval, descrita en sus diarios, con tan pomposos epítetos, y en cuyo armamento se han invertido sumas fabulosas, ha venido á parar en la toma de dos puertos insignificantes, (Port Royal y Beaufort) no ya como puntos de apoyo para operaciones de las fuerzas de tierra, sino como puntos de reunión y seguridad para las escuadras y «residencia confortable para las tripulaciones durante el invierno.» A tan modestas proporciones ha quedado reducida una operación que se anunciaba como golpe mortal á los con federados, y cuya primera hazaña debía ser la toma de posesión de Charleston sin disparar un tiro. Charles-

ton estaba á mediados de noviembre en poder de los confederados, y tan lejos estaban estos de temer un ataque de parte de los federales, como los federales de acercarse á la plaza, atravesando treinta leguas de un desierto arenoso y mal sano.

La segunda gran novedad que hemos indicado al principio de este artículo es la entrada de Mr. Fould en el ministerio de Hacienda del vecino imperio, juntamente con las cartas imperiales, la lucha de partidos, los chismes de palacio, y otras circunstancias curiosas y divertidas, que para recreo de Europa, han acompañado aquel suceso. Todo lo que sobre él se ha escrito y hablado puede reducirse á lo siguiente: por espacio de cinco años se ha procurado presentar á la nación francesa el estado de la Hacienda pública en el apogeo de la prosperidad y de la opulencia. En cada presupuesto anual los ingresos excedían con mucho á los gastos, y, aunque todo el mundo sabía que en estas exhibiciones se abusaba algun tanto de la facultad que Horacio concede *pictoribus, atque poetis*, la exorbitancia de los impuestos, y los manantiales de oro que absorbían el ejército, la marina, el lujo de las Tullerías y de Compiègne, los regalos de millones hechos á favoritos y palaciegos y las suntuosas construcciones de París, mientras todos los otros servicios públicos estaban puntualmente atendidos, hacían creer á esa inmensa mayoría de la especie humana llamada *vulgo*, que el emperador había encontrado la piedra filosofal, ó que, semejante á un personaje mitológico, se convertía en oro cuanto sus manos tocaban. Pero, por mucho que se elevase en el aire la bola de jabón, forzoso es que al fin estalle, y la bola imperial estallando con un estrépito correspondiente á la funesta verdad que ha dejado en descubierta un déficit de mil millones de francos, abierto, según unos en cinco años, y en tres, según otros, ha sido el secreto revelado á la nación francesa en documentos de oficio consignados en las columnas del *Moniteur*. Fué preciso hacer algo para llenar tan tremendo vacío. Mr. Fould, que había dejado, hace cuatro años, la cartera de Hacienda, por su oposición á los despilfarros de que estaba siendo testigo, á la ocupación de Roma por las tropas francesas y al empeño del emperador en sostener el dominio temporal del Papa; Mr. Fould, gran fabricante de empréstitos, y que en su calidad de opulento especulador y capitalista, dispone de gran influjo en los bancos y en la bolsa, era el naturalmente llamado para acometer tan árdua empresa. Acariaciado por el emperador y por la emperatriz en términos que denunciaban una necesidad apremiante, Mr. Fould renunció á sus antiguas exigencias sobre Roma y el pontificado, y sus condiciones se limitaron á medidas de Hacienda que en todos los países del mundo son la base de la buena administración de las rentas públicas, y que ahora pasan en Francia por saludables mejoras, y, lo que es mas, por rasgos sublimes de abnegación de parte del jefe del Estado. Que los gastos se arreglen á los ingresos; que el monarca ó el gobierno no tenga la facultad de exceder ilimitadamente los primeros, sin tomar en cuenta los segundos, son principios tan triviales, no ya de la Economía Política, sino del sentido comun, que no se concibe cómo se presentan ahora como grandes innovaciones que solo un hombre en todo un vasto imperio es capaz de realizar. De hoy mas los presupuestos serán votados por artículos, como si la votación en masa no fuera un puéril subterfugio; el emperador se priva de la facultad de abrir créditos extraordinarios, como si el famoso déficit de doscientos millones de francos no fuera la consecuencia forzosa del uso que de aquella facultad ha hecho el hombre de las Tullerías, no bastándole los trescientos cincuenta millones del presupuesto anual, votado en masa, esto es, á ciegas, por el mas condescendiente de los senados. En la cuestión, empero, del desarme, indicado también, si no requerido por el nuevo ministro, no ha cedido el gobierno. Todo lo que ha podido obtenerse se reduce á la concesión de licencias temporales á un cierto número de tropas no fijado todavía. Se cree generalmente que la disminución de gastos resultante de esta medida, no hará mucha mella en los 866, 955, 556 francos, que, bajo el título de *Servicios de los ministerios*, figuran en el presupuesto del año corriente.

En Italia, el suceso mas notable de estos últimos dias, ha sido la apertura del Parlamento, y la presentación hecha por el baron Ricasoli, de los documentos relativos á las proposiciones ofrecidas á la corte pontificia sobre la independencia del poder espiritual del Papa, y su enagenación del poder temporal. No faltan en Italia canonistas acreditados que califican estos proyectos de temerarios y peligrosos, en atención á que, una vez realizados, quedaría erigida la corte pontificia en uno de los poderes mas formidables y mas irresistibles de cuantos han dominado la raza humana. Pero no haya miedo de que tal cosa suceda. La corte pontificia no cede ni cederá jamás en sus pretensiones. A menos de suponerla alucinada por la quimérica esperanza de un reintegro que cada día se hace mas imposible, no parece sino que se complace en la soberanía casi nominal de un pequeño y pobre territorio, y en la protección de las bayonetas imperiales. Los males que puede originar esta resistencia empiezan á traslucirse en un horizonte no muy remoto, y están harto claramente indicados en el párrafo siguiente, que copiamos de un periódico de esta capital:

«Al triunvirato formado por monseñor Liberani, el P. Passaglia y el canónigo Reali, es preciso añadir el P. Felipe Perfetti, que partió de Roma á fines de setiembre y se halla actualmente en Florencia; El P. Perfetti va á publicar un folleto de 52 páginas sobre las *Nuevas condiciones del Papado*.

Este eclesiástico es hombre mas hábil y sabio que el P. Passaglia; en 1848, en tiempo del ministerio Mamiani y el conde Rossi, era redactor político del *Diario de Roma*.

Al proclamarse la república de Mazzini, presentó su dimisión: sin embargo, el gobierno de la restauración pontificia no quiso devolverle el destino, y solamente le

nombró sub-bibliotecario de la Universidad de Roma. Así el P. Perfetti conservaba su antipatía al gobierno del Papa. A pesar de esto no hubiera salido de Roma, si la causa empezada contra él por el vicariato, en virtud de habersele acusado de inmoralidad, no le hubiese obligado á evadirse. Refugiado en Florencia, lo primero que ha hecho ha sido amenazar á Roma con su folleto sobre las *Nuevas condiciones del Papado*.

A estos datos, cuya importancia es imposible desconocer, podemos agregar los que hallamos en una carta fecha en Turin el 15 del pasado noviembre, y de la cual se nos permite copiar lo que sigue: «este gobierno no cesa de recibir comunicaciones de párrocos y otros individuos del clero inferior, con protestas de fidelidad al rey y de adhesión á la causa de la union italiana. Los obispos, con una sola excepcion, se oponen en vano á este movimiento, y aunque á los principios lograron que algunos curas se intimidasen, la gran mayoría de estos, ó cede á los dictados de su conciencia, ó á la presión de la opinion general, siendo ya cosa sabida que los curas reaccionarios son muy mal mirados por sus feligreses, y que los adictos al gobierno gozan de una gran popularidad. Ya se habla de la necesidad de la convocación de un concilio, eventualidad que los hombres piadosos miran como la iniciación de un cisma. La cuestión de si estas manifestaciones son ó no productos de las maniobras secretas del gobierno, no está al alcance del público; lo que todo el mundo ve es que nada hace la autoridad para reprimirlas.»

No ha variado en nada la situación de los otros Estados de Europa, á cuyos negocios no hemos dado lugar en este artículo. Siguen en Hungría y en Polonia, y han empezado en el ducado de Posen las saturnales del mas feroz y estúpido despotismo; sigue la atonía de los Estados alemanes, apenas interrumpida por algunas palpaciones de liberalismo que se han sentido recientemente en Prusia; siguen los embarazos del Austria, rodeada por todas partes de enemigos domésticos, y sin saber qué hacer con su mutilado y grotesco consejo del imperio, y sigue, por otro lado, la libre expresión del pensamiento humano, desde las venturosas regiones en que no la encadena el fanatismo, alentando á los oprimidos, intimidando á los opresores, y, como dice del sol una célebre oda francesa,

*Versant des torrens de lumiere
Sur ses obscurs blasphemateurs.*

M.

RESULTADOS ECONÓMICOS

DEL SISTEMA POLÍTICO DE INGLATERRA
en sus provincias ultramarinas.

Al tratar de la urgencia con que las circunstancias de la época, la reincorporación de Santo Domingo, la actitud de España respecto á Méjico, y la guerra de los Estados-Unidos, reclaman la pronta concesión de derechos políticos á nuestras provincias ultramarinas, hemos expuesto como modelo del sistema colonial inglés, las constituciones del Canadá y de la isla de Jamaica.

Descritas ambas constituciones se conoce ya todo aquel sistema, puesto que la India forma una region aparte y completamente excepcional, y ahora solo nos falta cumplir nuestra promesa, presentando á nuestros lectores algunos datos estadísticos que sirvan de comprobación práctica á la bondad relativa de la política ultramarina de Inglaterra comparada con la de España.

Es de advertir, sin embargo, que la abolición de la esclavitud de las colonias inglesas en 28 de agosto de 1855 si bajo un punto de vista humanitario tiene mucho de loable, bajo el económico debió producir y produjo una hondísima perturbación. En este concepto aun cuando los datos demuestran una gran disminución en las exportaciones é importaciones de las Antillas inglesas á contar desde aquel año hasta el de 1840, la reacción lenta que se nota despues, demuestra la inmensa fuerza de un régimen político que en un periodo de solo siete á ocho años pone otra vez las condiciones productivas en progresión ascendente en pueblos donde una manumisión repentina y mal realizada de la clase obrera, debiera haberse hecho sentir por espacio de mucho tiempo.

Conviene ademas recordar, que desde 1844 Inglaterra emprendió una serie de rebajas en los derechos de importación del azúcar extranjero hasta nivelarlos con los de la que proviene de las colonias, y siendo este dulce el principal artículo de la producción de las Antillas, al principio debía resentirse mucho de la gran competencia á que se le sujetaba.

Hechas estas indispensables advertencias, hé aquí un estado de las exportaciones de azúcar y melazas verificadas á Inglaterra de la Guayana y sus Antillas, que son las siguientes: Antigua, Barbada, Dominica, Granada, Jamaica, Monserrat, Nevis, San Cristóbal, Santa Lucía, San Vicente, Tabago, Tórtola, Trinidad, Bahamas, Bermudas y las de Demerara y Bermice en la América del Sur.

AÑOS. QUINTALES.

1842.	2.289,005
1843.	2.677,816
1844.	2.263,779
1845.	3.040,492
1846.	2.842,555
1847.	2.538,333
1848.	3.151,031
1849.	3.086,357
1850.	3.222,869
1851.	2.661,513
1852.	3.638,388
1853.	3.213,790
1854.	2.939,078
1855.	3.249,897
1856.	3.217,741
1857.	2.778,711
1858.	3.507,928

Cierto es que solo de las Antillas la exportacion pasó de cuatro millones cuatrocientos mil quintales en 1831; pero atendidas las circunstancias referidas no puede negarse que ha empezado de nuevo la reaccion de un modo notable hácia el aumento de la produccion. En término medio el suministro de azúcar á la Gran Bretaña con anterioridad á los aprendizajes, fué de tres millones escasos de quintales; inmediatamente antes de la emancipacion, tres millones novecientos mil próximamente; bajó hasta dos millones trescientos mil despues de la manumision, y ha vuelto á subir á tres millones.

En la poblacion se nota igual reaccion, y lo mismo en el movimiento comercial y marítimo.

Mucho mas completos son los datos que podemos dar del Canadá, donde ninguna causa tan grave como la manumision repentina de los esclavos ha podido perturbar el progreso producido por un gobierno verdaderamente liberal.

En un opúsculo publicado por el autor de estas líneas en la primavera pasada (1), se inserta el Discurso del lord Russell pronunciado el 9 de Febrero de 1850, y en el cual el eminente estadista inglés, para demostrar prácticamente las ventajas de la política liberal aplicada á las provincias ultramarinas, citó, entre otros muchos, los siguientes datos del Canadá, cuya reproduccion en este lugar es muy conveniente.

Dijo así: «La poblacion de esta colonia en 1816 era de 462,000 almas; en 1833 de 1,099,904; de 1,866,891 en el año 1847; y advirtiéndose que estos datos componen el alto y bajo Canadá, la Nueva Escocia y el Nuevo Brunswick, declaro tener fundamento para creer que la poblacion de aquellas regiones no baja en el día de dos millones de almas.»

Y en efecto, el noble Lord no se equivocaba, puesto que el censo del año siguiente de 1831 arrojó 2,515,867 y en *The American Almanac* de 1857 se eleva á 2,590,408.

«Solo la poblacion del Bajo Canadá, añadió el lord Russell, era en 1784 de 115,000; en 1825 de 425,650 (aumento de 310,650, ó sea un 275 por 100 en cuarenta y un años); en 1851 de 511,922 (aumento de 88,292 en seis años, al respecto de 17 por 100); en 1844 de 690,782 aumento de 178,860 en doce años, al respecto de 26 por 100). La poblacion del alto Canadá era en 1811 de 77,000 habitantes; en 1825 de 158,027 (aumento de 81,027 en catorce años, ó sea un 105 por 100); en 1834 de 254,681 (aumento de 76,654 en seis años, al 42 por 100); en 1842 de 486,055 (incremento de 224,995 en diez años, al respecto de 45 por 100), y en 1818 de 725,292, donde se nota un progreso de 257,257 en seis años, al respecto de 36 por 100. En 1848 de 770,000, en que se ve un incremento de 79,218 almas en cuatro años, al respecto de 12 por 100.»

Un año despues del Discurso, en 1831, la poblacion del bajo Canadá ascendia á 890,261 almas, ó sea en tres años, un aumento de 16 por 100, y la del bajo Canadá á 955,688, ó sea un aumento de 52 por 100.

Al citar estos elocuentes datos, añadimos en nuestro citado opúsculo:

«El aumento enormemente mayor del alto Canadá respecto al bajo es una prueba más de la conveniencia del régimen liberal. En el bajo Canadá fué donde con mayor extension se establecieron por el gobierno del rey de Francia Francisco I los feudos ó señoríos de las tierras, que gravando con arrendamientos é impuestos muy fuertes á los colonos, entorpecian el desarrollo de la poblacion. Suprimida por el gobierno inglés la jurisdiccion señorial, quedan, sin embargo, los derechos de propiedad de los señores. En el alto Canadá las tierras públicas llamadas de la corona, se vendian demasiado caras; pero concedida á la colonia la facultad de discutir sus propias leyes, la Asamblea colonial decretó la rebaja de precios en la venta de las tierras, y la poblacion ha crecido prodigiosamente.»

Despues del lord Russell reunió de este modo los datos relativos al movimiento de la poblacion en el alto y bajo Canadá.

»1825, 581,637; 1851, 746,605; aumento de 164,968 en seis años; 29 por 100; 1842 y 1844, 1,176,857; aumento de 50,254 en diez años; 55 por 100; 1848, 1,495,292; aumento de 310,435 en cuatro años; 28 por 100.»

Y en 1851, 1,842,265, aumento de 548,975; en tres años; 25 por 100.

»Movimiento ascendente de multiplicacion muy notable, y cuyo carácter podrá mejor apreciarse comparándolo con el que ha tenido la poblacion en los Estados-Unidos, segun aparece de los censos oficiales de aquel país en decenios regulares, á saber:

1790,	3,929,827.
1800,	5,305,925; incremento en diez años, 25,01 por 100.
1810,	7,239,814; incremento, 34,45 per 100.
1820,	9,654,506; id. 33,35.
1830,	12,866,020; id. 33,26.
1840,	17,069,453; id. 32,67.»
Y 1850,	23,192,156; incremento, mas de 26 por 100.
1860,	31,676,217; incremento, mas de 36 por 100.

En el presente año ha debido hacerse el último censo del Canadá, y es de esperar un aumento semejante.

Entrando en el examen del comercio de aquellas provincias el Lord, añadió:

«No es menos notable el movimiento de las importaciones mercantiles del Canadá en algunos de los últimos años. Aquellas ascendieron en 1835 á 2,750,082 libras esterlinas, y en 1846 á 4,052,578. Las exportaciones fueron en 1835 de 1,920,605 libras; en 1846 de 5,201,972. Los buques entrantes en 1835, cargaban 1,077,874 toneladas; en 1847 1,464,295; los buques salientes en 1835, cargaron 1,625,327, en 1847, 1,404,654 toneladas.»

Desde 1846, las importaciones en el Canadá han ofrecido el prodigioso desarrollo siguiente:

AÑOS.	LIBRAS ESTERLINAS
1847.....	3.609,692
1848.....	3.191,328
1849.....	3.002,891
1850.....	4.245,517
1851.....	5.858,697
1852.....	5.071,623
1853.....	7.995,359
1854.....	10.132,331
1855.....	9.021,542
1856.....	10.896,006
1857.....	9.857,649
1858.....	7.269,631

En cuanto á las exportaciones en 1859 han pasado de 24.800,000 duros; de modo que el comercio exterior del Canadá tiene poca menos importancia que el de la península española.

El movimiento de la navegacion desde el millon quinientas mil toneladas de 1847 que citó el Lord Russell, ha ascendido en 1858 á 8.506,536 toneladas, y en el año anterior aun mas, puesto que pasó de diez millones de toneladas.

Por último, el Lord Russell terminó así su reseña de los resultados económicos de la libertad política en el Canadá.

»Todo lo cual demuestra evidentemente un incremento notable, así en la poblacion como en la riqueza que todavía confirmará el dato importantísimo de los registros del impuesto local en el alto Canadá, Y así la monta y valor anual de los artículos registrados para la distribucion del impuesto referido en dicha colonia, fueron:

En 1825,	2.256.874 libras esterlinas.
En 1830,	2.850,994 id. id., incremento en cinco años: 672,395 libras.
En 1835,	3.880,994 id. id., incremento: 951,725.
En 1840,	5.607,426 id. id., incremento: 1.726,432.
En 1845,	7.779,917 id. id., incremento: 2.171,491.
En 1847,	8.567,001 id. id., incremento en dos años, 788,084.

No queremos fatigar mas la atencion de nuestros lectores continuando la exposicion de estos datos; aunque podríamos llenar todavía dos ó tres columnas de LA AMÉRICA, con los del mismo Canadá, los de la Australia y otras colonias inglesas.

Lo dicho nos basta para demostrar con el apoyo de un hombre público tan eminente como el Lord Russell, el enlace íntimo que existe entre el sistema político con que se gobiernan las provincias ultramarinas y la prosperidad ó decadencia de la riqueza y de su comercio con el mundo entero y especialmente con la metrópoli.

Las Antillas inglesas, á pesar de la gran perturbacion económica, producida por la manumision algo violenta de sus esclavos, comienzan un periodo de próspera reaccion. En el Canadá donde, sino esclavitud, existia un antagonismo terrible entre la raza francesa del bajo y la inglesa del alto, ha bastado un sistema liberal para hacer desaparecer los profundos disturbios que amenazaban la existencia de aquellas provincias, promoviendo el aumento progresivo de su poblacion y riqueza hasta un punto casi fabuloso.

Si volvemos los ojos á la Australia, encontraremos datos sorprendentes como los ya citados. Trescientas mil libras esterlinas importó esta colonia de Inglaterra, por término medio anual, de 1827 á 51; un millon ciento cincuenta mil de 1842 á 46, y tres millones seiscientos setenta mil en 1858.

Aquí debería concluir estos escritos, enderezados á probar la urgente necesidad de que se discutan y aprueben las leyes especiales, políticas, para nuestras provincias ultramarinas, si otra cuestion no se hubiera suscitado entre los que se ocupan de este importante asunto. Dicese por algunos que las leyes especiales suponen un gobierno provincial casi independiente, y que seria mejor asimilar dichas provincias á la metrópoli. No hay inconveniente, porque es cuestion de secundaria importancia, siempre que á las provincias ultramarinas se les reconozca el derecho de discutir y votar sus leyes y presupuestos, que lo hagan en sus propias localidades, ó mandando diputados á las Cortes generales de la nacion.

Sin embargo, en buenos principios de derecho público y de administracion, desde el individuo aislado hasta el conjunto de todos los habitantes de una nacion, existe una inmensa variedad de grupos sociales que cada uno debe tener en esfera propia de accion. Todo lo que en política alcance y pueda ejecutar la accion del individuo, por el individuo debe hacerse con entera libertad; donde el individuo no alcanza, allí empieza la vida del municipio, á donde este no puede ya mas, comienza la del distrito, luego la de la provincia, y, por último, la del Estado en general. De aquí que una provincia lejana podrá requerir cierto grado mayor de autonomia provincial que otra inmediata al gran centro político metropolitano; pero esto no se opone de manera alguna á que en las cuestiones de interés general aquella provincia tenga legitima representacion para discutir y votarlas.

En nuestro concepto hoy debe empezarse por llamar diputados ultramarinos á las Cortes puesto que el antiguo argumento de la distancia ha desaparecido en gran parte con la navegacion por vapor. Se tarda hoy desde la Habana á Madrid casi los mismos dias que á principios de este siglo se empleaban para venir desde Barcelona.

El argumento que tambien se hacia en otro tiempo de las agitaciones á que daba ocasion el periodo de las elecciones tampoco tiene fuerza. Aplíquese por ahora y hasta que se reforme nuestra ley electoral y nuestra Constitucion que ciertamente no pueden tacharse de radicales ni de contrarias al principio de autoridad segun lo entiende la escuela doctrinaria.

De todos modos, téngase bien presente que aun concediendo que fueran fundados tan pueriles temores, el

asunto ha llegado á un punto en que no puede menos de resolverse y pronto. Las cuestiones americanas se complican de día en día y seria muy doloroso que por una timidez incompresible, por no exponernos á males ilusorios como uno, diéramos lugar á que sobrevinieran como ciento.

La nacion española tiene grandes intereses en América y no pequeños deberes que cumplir. Su base son las Antillas y en ellas debe hallar toda la raza hispano-americana un brillante ejemplo que imitar en vez de un peligro que conjurar.

Malas ó buenas, repúblicas democráticas rodean por todas partes á nuestras provincias americanas; una ley de atraccion impele á esos Estados independientes á la union moral, con la nacion fundadora de su raza y otra ley de atraccion impele á las Antillas hácia la confraternidad con los mismos Estados. Aprovechemos esta doble tendencia y neutralicemos el efecto de la que nos es contraria robusteciéndola con una política liberal la que nos es favorable.

Tal es en estos momentos la gran mision de España en América.

FELIX DE BONA.

UN TRONO EN MÉJICO.

Creemos hacer justicia á los que han emitido y acariaciado la idea de fundar una monarquia en la magnifica conquista de Cortes, suponiéndolos inspirados por el cristiano y benévolo deseo de cimentar el orden público, el imperio de la ley y los beneficios de la civilizacion, en aquel país por tan largo tiempo privado de todas estas condiciones esenciales de toda sociedad humana.

No negamos que la idea es altamente seductora, como apoyada en el espectáculo que presentan en el día las monarquías constitucionales. ¿Quién no desea para los mejicanos la misma ventura de que gozan en la actualidad los ingleses, los piemonteses, los holandeses, los belgas y las naciones de la antigua Escandinavia? Nosotros mismos, aunque novicios en la carrera, aunque contrariados por los errores y por las tendencias anti-liberales de los ministerios que se han sucedido desde la caída del régimen absoluto, ¿no nos vemos libres del yugo de la Irquisicion, de los frailes, de la via reservada y de las demás zarandajas que componian la legislacion instalada por el atroz Felipe II? ¿No estamos en el camino del progreso, que forzosamente ha de ser el resultado de las luces que esparce en la nacion el uso de la palabra hablada y escrita, por mas anatemas que lance *La Regeneracion* contra la primera, y por mas trabas que la ley Necedal imponga á la segunda? A vista de tan feliz experimento ¿quién no ha de desear que se repita en una region donde de la naturaleza ha vertido profusamente sus bienes, colocada entre los dos grandes Océanos, como para servir de vinculo comun á los grandes pueblos dueños de sus costas respectivas; una region donde el cristianismo ha plantado sus banderas; region, en fin, cuya extension, cuyos productos, cuya situacion, cuyas relaciones mercantiles con todos los mercados del mundo la llaman á ocupar un lugar eminente entre todas las que lo pueblan?

Fortificanse estas consideraciones á vista de los desastres en que ha estado envuelto aquel país desde que se separó de la metrópoli. Ni la República unitaria ni la confederada han podido echar raíces en aquel movedido terreno. Menos pudo cimentarse en él la ridícula monarquia de Iturbide, triunfo pasajero de una pueril ambicion, para cuyo afianzamiento no habia ningun elemento preparado, y contra el cual se alzaban de consuno tantos intereses, tantos hábitos y tantas aspiraciones. La inutilidad y las fatales consecuencias de estas repetidas y frustradas tentativas sugieren naturalmente la esperanza de que Méjico se salve por los mismos medios que han empleado para salvarse otras familias humanas. La monarquia constitucional ha sido su panacea. ¿Por qué no ha de tener tan buen éxito este remedio en el Nuevo-Mundo, como lo ha tenido en el antiguo? Manos, pues, á la obra. Lo que sobra en Europa son principes disponibles para iniciar la gran transformacion. Ahí están nuestros infantes; ahí están los principes de Orleans, de Coburgo, de Braganza, y, si quier, los primos y sobrinos del gran hombre del día, además del hijo segundo de la reina Victoria, y aun del mismo Francisco II, cuyo nombre ha salido tambien á colacion en los proyectos que han visto la luz pública. Los mejicanos sensatos y amigos del orden, mas comunes de lo que generalmente se cree, preferirian cualquiera de aquellos nombres al del menos malo de cuantos mandones han dominado en el país desde los tiempos del cura de Dolores hasta los de Juárez.

Por desgracia, no divisamos la mas remota posibilidad de que estos justos y naturales deseos se realicen, al menos antes que pasen algunas generaciones. Un trono en Méjico es, por ahora, en nuestro sentir, una imposibilidad. Estamos en contradiccion con una gran parte del público, y con la mayoría de los escritores que han ventilado la cuestion. Creemos, sin embargo, que no será fácil combatir con éxito las razones en que nos fundamos. Vamos á someterlas al buen juicio de nuestros lectores.

Un trono no es, como dijo Napoleon, una armazon compuesta de cuatro tablas de pino y cuatro varas de terciopelo. Entre todas las instituciones humanas es la que depende de mayor número de condiciones y eventualidades independientes de la voluntad y del poder del hombre. Un trono se apoya sobre todo en esa creacion de la fantasia, en ese oropel deslumbrador que llamamos modernamente *prestigio*, y que es algo mas de lo que la Academia explica en su diccionario. El prestigio no se fija solamente en un hombre, como allí se dice, sino que abraza una dignidad, cualquiera que sea el individuo que la revista; una dinastia, cualquiera que sea el principe

(1) Cuba, Santo Domingo y Puerto-Rico. Librerías de Bailly Baillière y Moro.

que la represente. Tal es la fuerza de este poder, que resiste á la accion del tiempo, á las mas sensatas y aun necesarias innovaciones, y á las revoluciones mas violentas y niveladoras. Ahora bien, el prestigio que debe rodear toda institucion de mando y supremacia depende esencialmente de su antigüedad, *Major e longinquo reverentia*. La historia romana nos ofrece una invencible confirmacion de esta verdad. Para que los romanos pudiesen soportar el yugo de los Césares, no obstante el titulo modesto de general en jefe (*imperator*) que adoptaron, fué preciso que se conservase el consulado, con todo su aparato exterior, con todas las formas electorales que lo constituian. Los tiranos mas sangrientos, los mas desenfrenados déspotas que dominaron en Roma, respetaron una institucion contemporánea de la fundacion de la República. Cayó esta con el imbécil Augústulo; pero no cayó el consulado, y fué preciso que el tiempo lo desgastase, que las ideas y costumbres de Oriente penetrasen en la fundacion de Constantino, que los bárbaros del Norte exterminasen todos los recuerdos, todos los usos, todas las tradiciones que habian sobrevivido á tantas vicisitudes, para que Justiniano borrara de los anales del imperio, un nombre que se asociaba con todas sus glorias y con todas sus prosperidades.

¿Con qué antecedentes históricos y tradicionales se presentaria en Méjico un monarca improvisado? Un solo nombre dinástico figura en la historia de nuestra antigua colonia. Como buenos y leales españoles, rechazamos la idea de que un príncipe español aventure la dignidad de la nacion y la esponga á peligrosas é interminables complicaciones, como fundador de un orden de cosas, en un terreno tan mal dispuesto, como despues veremos, á recibirlo. Y si no es un Borbon el designado, ¿quién es el extranjero que osaria arrostrar la antipatia que, en el hecho solo de serlo, excitaria su advenimiento? ¿No sobran en la historia antigua y en la moderna notables ejemplos de la repugnancia con que los pueblos miran esas superfetaciones que, en manos de la conquista, de la ambicion y de la diplomacia, han dado lugar á tan terribles y sangrientas reacciones? ¿No basta el nombre de *intruso* para autorizar la insubordinacion y la resistencia? A estos peligros se podria hacer frente por medio de la fuerza armada. Dejando aparte la cuestion de derecho, muy acertadamente resuelta en el tratado entre las tres potencias reclamantes, ¿no hemos visto, en tiempos no muy remotos del presente, tronos apoyados en los mas formidables ejércitos que han pisado el suelo de Europa, desvanecerse, como sombras, en menos tiempo que el que se tardó en erigirlos? ¿Cuánto duraron en sus cuatro tablas de pino, el rey José en España, el rey Joaquin en Nápoles, el rey Gerónimo en Westfalia y el rey Luis en Holanda? Los vicios que inficionaron estas efímeras monarquias, inficionaron todas las que se intente llevar al Nuevo Mundo: intrusion y violencia, vicios que corrompen en su origen toda institucion humana: vicios contra los cuales se sublevan los mas nobles instintos del ser racional.

Y cuando hablamos de violencia, entendiendo por esta voz el indispensable uso de la fuerza armada, tengase presente que la que necesitaria la realizacion de un designio como el que estamos combatiendo, excederia los límites que se señalan á este instrumento del poder aun en las naciones modernas de primer orden. Para convencerse de ello basta echar una ojeada en el mapa de aquel pais y en las condiciones especiales de su poblacion, bajo el punto de vista de su distribucion y de los elementos que la componen. En un territorio que abraza 40 grados de longitud occidental y 26 de latitud boreal (1), la república mejicana encierra, además de su magnífica capital, diez ó doce grandes ciudades, populosas, opulentas, abundantes en toda clase de recursos, y que, consideradas bajo todos aspectos, rivalizan en importancia con las mas notables ciudades provinciales del antiguo continente. Lá suntuosa Puebla de los Angeles cuenta de 60 á 70,000 habitantes: Queretaro, 50,000, Guanajuato, poseedora de los mas ricos criaderos argentíferos del mundo, 50,000; Valladolid de Mechoacan, 25,000; Chihuahua, 50,000; Durango, 25,000; San Luis de Potosí, 20,000, y, por no fatigar al lector con guarismos, bástenos decir que aun podriamos nombrar seis ó siete poblaciones no menos considerables bajo todos aspectos que las ya enumeradas.

Pero obsérvese que todas ellas están separadas entre sí y de la capital por grandes, y á veces enormes distancias, y que, en la mayor parte de estos intervalos, los buenos caminos, y los medios de proporcionarse las comodidades de la vida, no son tan comunes como las selvas impenetrables, las serranias nevadas, las pampas arenosas y mal sanas, obstáculos que vencen á fuerza de costumbre los naturales; pero que no podrian arrostrar los nacidos en otros climas, sin exponerse á insufribles privaciones y dolencias mortales. Obsérvese el uso que ha hecho la política de todos aquellos centros de poder y riqueza. Todas las revoluciones se han apoyado en ellos, y todos ellos han servido de abrigo á los cabecillas sublevados contra el gobierno central. En todos ellos se han creado y organizado cuerpos de tropas; se han suministrado armamentos y municiones; se han impuesto tributos y empréstitos forzosos; se han hallado, por fin, elementos suficientes para levantar focos de poder ejecutivo, que han hecho frente y han puesto en terribles apuros al que nominalmente ejercia el primer magistrado de la mal llamada república. Estos no han sido sucesos extraordinarios, ni pasajeras conmociones: han formado parte de las costumbres públicas; han tomado toda la estabilidad de una institucion nacional, y ya era cosa sabida que á las pocas semanas de la instalacion de un general ambicioso en la silla presidencial, tomada por asalto, ó conferida por medio de una eleccion legal ó vi-

cosa, otro general se apoderaria de la capital de una provincia, alzaría en ella el estandarte de la rebelion, y alimentaria por un tiempo indeterminado el fuego de la guerra civil, á costa de sangre y de ruinas. A esto se reduce toda la historia de Méjico, desde que dejó de ser colonia.

Absurda por demás sería la esperanza de que cesase repentinamente un sistema tan arraigado, tan grato á sus fomentadores, por el simple hecho de alzarse un trono en la ciudad de Méjico, aunque lo defendiesen cien mil bayonetas. El doble de este número no bastaría á sofocar las insurrecciones que estallarían por todas partes y que en todas partes se sobrepondrían á los votos de los hombres honrados y anhelosos de poner término á tan larga cadena de infortunios, y no sería, por cierto, digna de envidia la suerte de un monarca condenado á luchar con males de tanta magnitud. ¿Qué haría aquel infeliz sér humano el día en que se alzase un cabecilla en Acapulco y otro en Veracruz, ó uno en las fronteras de los Estados-Unidos y otro en los de Yucatan? Todas las falanges de Xerxes, todos los tesoros de Cresus no bastarían á apagar tantos incendios. Dichoso podria llamarse si su misma persona se preservase de algunas chispas.

Hay otra circunstancia de gran peso que obra en favor de nuestra tesis. Se ha dicho con razon que todo gobierno es un compromiso, porque, para su consolidacion y para el libre ejercicio de sus funciones, es indispensable que se neutralicen, por medio de una sabia distribucion de poderes, los intereses hostiles que se agitan en toda reunion de seres humanos. En ninguna combinacion política es mas apremiante esta necesidad que en la forma monárquica, por la facilidad que ofrece al depositario del poder, de emplearlo en su propio engrandecimiento, y de sacrificar en su provecho el bien general y las libertades públicas. La aristocracia ha sido designada, desde los tiempos de Aristóteles, como el medio mas oportuno, mas fácil y mas natural de mantener en perfecto equilibrio las dos fuerzas rivales. Al leer estas palabras no habrá quien no piense en el acierto maravilloso con que este mecanismo obra en Inglaterra, donde es notorio el irresistible influjo que la Cámara de los Pares ejerce en la legislacion y en el gobierno, en términos que la idea de su abolicion ha sido rechazada con desden por todas las clases respetables, y solo acogida por la fraccion turbulenta y desorganizadora del pueblo.

Si, como hemos dicho, las monarquias no se improvisan, aun es mas difícil la improvisacion de una aristocracia, verdad tan palpable y tan manoseada por todos los escritores de política, tan confirmada por la historia, que creemos inútil demostrarla con ratiocinios, y solo nos limitamos á citar un hecho. Napoleon con todo su irresistible poder, quiso fundar una aristocracia y no pudo. Sus príncipes, sus duques, sus condes y sus barones han vuelto á la masa comun, y el nombre de Mirés se ha ligado con uno de los mas encumbrados del régimen imperial. Quisieramos saber cómo puede realizarse en una sociedad destrozada por la guerra civil, y cuya parte culta y respetable se encuentra como anegada en una inmensa mayoría de proletarios hambrientos, vagabundos y salteadores, lo que no pudo realizarse en una de las naciones mas civilizadas de la tierra y en una época fecunda en hombres eminentes, muchos de los cuales han dejado nombres ilustres, que no borrará el tiempo, de las páginas de la historia.

Podríamos extender estas consideraciones hasta llenar un volúmen, y no se nos alegue el ejemplo del Brasil, porque allí no se fundó de nuevo la monarquía, sino que se trasladó una europea, con la persona de su depositario, con su corte, con sus tradiciones y con su legitimidad y, á despecho de estas ventajas, habria perecido en manos de la república que momentáneamente eclipsó su brillo, á no haberla salvado el génio de D. Pedro, y á no haberle sucedido un hijo digno de continuar su obra y de perpetuar su raza.

Tracen, pues, para Méjico los creadores de utopías, una mas en armonia con las peculiaridades de aquella nacion, y, si no la encuentran, aguarden aquel *Deus ex machina*, que suele poner término por medios imprevistos, á las miserias humanas; que no deja eternizarse el reino del mal, y que alentaba al mas optimista de los poetas, cuando dijo:

Non si male nunc, et olim sic erit.

JACINTO BELTRAN.

El día 1.º del actual á las ocho de la noche, S. M. la Reina, acompañada del Excmo. señor primer secretario de Estado y de los altos funcionarios de palacio, se dignó recibir en audiencia particular al Sr. D. Fermín de Toro, el cual, previamente anunciado por el señor introductor de embajadores, tuvo la honra de poner en las reales manos la carta que le acredita en calidad de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de la república de Venezuela en esta corte. Al verificarlo el Sr. Toro, pronunció el siguiente discurso:

«Señora: Acontecimientos desgraciados, de que no está exento ningún pueblo de la tierra en días de adversidad, ocasionaron la interrupcion de las buenas relaciones que siempre han existido entre el gobierno de Venezuela y el de V. M. Hoy están restablecidas aquellas por un acuerdo que aconsejaban la justicia y la más conveniente, no menos que los vínculos de sangre, de fé y amor que deben unir á todos los españoles, ya se denominen europeos, ya americanos.

Me ha tocado ser uno de los órganos de esta reconciliacion; y al presentarme ante V. M. con el carácter de enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Venezuela, cumplo mi primer deber haciendo manifestacion de los sentimientos de amistad y simpatía que el jefe de la república y el pueblo venezolano profesan á vuestra real persona y á la grande y noble nacion que tan dignamente rige V. M.

Feliz me creeré, señora, si en el desempeño de esta honorífica mision dejo satisfechos los deseos de mi gobierno y logro merecer la aprobacion de V. M. y la de vuestro real esposo, que tan felizmente comparte con V. M. las glorias y los deberes del trono.»

Y S. M. se dignó contestar:

«Señor ministro: Si durante un corto periodo y por aconte-

cimientos sensibles, nacidos de circunstancias que deseo terminen completamente, se han interrumpido las relaciones entre mi gobierno y el de Venezuela, restablecidas ahora, confío en que cada día se irán estrechando mas los vínculos de verdadera amistad que deben unir á los dos pueblos.

Agradezco las protestas de los amistosos sentimientos que me dirigis á la vez que á la nacion española, en nombre del jefe de la república y del pueblo venezolano; sentimientos que yo tambien abrigo y á que corresponde el pueblo español.

No dudo que al cumplir la honrosa mision que se os ha confiado, sabreis granjearos por vuestras recomendables circunstancias mi aprecio y el del rey mi esposo.»

Acto continuo el representante de Venezuela tuvo la honra de ofrecer á S. M. el rey el homenaje de su respeto.

A continuacion insertamos los despachos telegráficos recibidos antes de entrar en prensa nuestro número.

Marsella 4.—Dicen de Roma que ha habido una ruidosa demostracion en el teatro en honor de un actor llamado Sabote, emblemas tricolores y vivas á Victorio Emmanuel; la gendarmeria pontificia hizo algunas prisiones y evacuó en seguida el teatro; los gendarmes franceses impidieron que la demostracion se renovase en la calle. Los reaccionarios en gran número siguen concentrados en Basiliaca y con artilleria; pero son acosados por el general Lachies a.

Turin 4.—El Sr. Muschino ha hablado contra la alianza francesa que no cree sincera. Esto excitó tales murmullos, que el presidente le llamó al orden.

El *Movimiento* de Génova publica una manifestacion de las poblaciones del Tirol italiano á Garibaldi, y la respuesta de éste excitando á los firmantes á esperar y prepararse á conquistar su libertad.

Se desmiente la venida de Garibaldi: hoy se dice que vuelve á Caprera desde Génova.

Algunos creen inminente la caida del ministerio.

Paris 4.—Mañana habrá consejo de ministros en las Tullerías, presidido por el emperador: se dice que se tratará en él de la actitud que debe tomar Francia al estallar la guerra entre Inglaterra y los Estados-Unidos.

Dice *La Patrie* que sabe de una manera positiva que el *San Jacinto*, el *James*, el *Ager*, el *Tempst*, el *Savannah* y el *Susquehama*, tenían orden de Washington para visitar todo buque sospechoso de llevar á bordo los dos enviados del Sur y apoderarse de ellos y de los pliegos, y los seis cruceros citados acechaban la ocasion que ha aprovechado el *San Jacinto*.

Londres 5 por la noche.—Despues de Bolsa han quedado los consolidados ingleses á 90 1/8, con motivo de los rumores alarmantes que circulan.

Turin 6.—El señor Buoncompagni ha dicho en la Cámara, que es necesario ir á Venecia antes de ir á Roma, y que se irá á Venecia cuando Italia tenga 300,000 soldados.

Paris 6.—El conflicto anglo-americano es cada vez mas alarmante.

Turin 6.—Ha concluido despues de tres días la discusion sobre Roma y Nápoles, en que se han hecho fuertes cargos al gobierno. El discurso de Ratazzi no bastó para definir su posicion política.

Paris 6.—*La Patrie* anuncia hoy que el presidente Lincoln no entregará los comisarios del Sur á pesar de las reclamaciones hechas por el gobierno de la Gran Bretaña.

Londres 5.—Se han celebrado numerosos *meetings* pidiendo al gobierno que facilite la venida de algodones.

Turin 5.—El presidente Ratazzi ha dicho en el Parlamento: «Pronto iremos á Roma;» cuyas palabras han producido gran sensacion.

Atenas 4.—Doussios ha sido condenado á muerte.

Turin 5.—Al fin Garibaldi ha venido aquí.

El diputado Ricardi ha propuesto en la Cámara que desde principio del año próximo, el Parlamento tenga su asiento en Nápoles.

Londres 5.—El *Times* dice que el general Scott no reconoce los sentimientos del pueblo inglés, segun se infiere de su carta, porque despues del insulto inferido, lo primero es dar una satisfaccion completa y no perder tiempo en cambiar contestaciones entre los ministros de ambos paises para ver si llega á un arreglo. «Hemos enviado muchos despachos á Washington, dice, no para abrir una discusion, sino para pedir la restitucion de las personas ilegalmente capturadas. Cuando estas personas nos hayan sido restituidas, entonces tendremos un placer en discutir con los anglo-americanos la cuestion de derecho internacional.»

La *Gaceta oficial* publica un decreto de la reina prohibiendo la exportacion de armas, municiones y artículos de guerra.

Se asegura que la nota pasada por Inglaterra á los Estados-Unidos es mesurada en los términos, pero inflexible en su conclusion, y pide únicamente que los dos presos sean puestos en libertad. Si Washington no accede, lord Lyons saldrá de la capital con todos los miembros de la legacion. Se hacen activamente preparativos de guerra, pues se duda que Lincoln acceda á lo que se pide.

Noticias del Sur dicen que todo el algodón está dispuesto para su exportacion á Europa, tan luego como sea posible.

Paris 5.—Las últimas noticias de Santo Domingo anuncian que sigue reinando allí la mas completa tranquilidad.

En Veracruz no se cree que vayan allí las tres escuadras reunidas.

Omer-Bajá ha conseguido nuevos triunfos en el Montenegro.

Paris 7.—Las noticias recibidas de New-York, son cada vez mas importantes. Parece que habiéndose sometido á una comision de magistrados anglo-americanos la cuestion de la captura de los comisarios ingleses, han declarado legal su captura.

Los buques federales están bombardeando á Pansacola. Las noticias de Méjico son tambien de suma gravedad. Los generales Marquez, Zuloaga y Mejia, que con mas de 4,000 hombres ocupan á Cuernavaca, se aproximan á Méjico.

Londres 7.—Acaban de llegar graves noticias de Nueva-York que alcanzan al 23. Los abogados consultados por el gobierno anglo-americano han declarado legal la prision de los comisarios del Sur. En Nueva-York habia grande agitacion y entusiasmo á la salida del vapor.

Turin 7.—Anoche el baron Ciasoli ha declarado en la Cámara de los diputados que no es cierto que Francia sea enemiga de Italia: que podria probar lo contrario; que Francia prestará su concurso para la represion de los facciosos: que el arreglo de la cuestion romana lo hará Italia de acuerdo con Francia y sin violencia; y que el gobierno italiano tendrá para el mes de marzo 300,000 soldados y una escuadra con doble número de buques que los que hoy posee Austria.

El secretario de la redaccion, EUGENIO DE OYARRIA.

(1) La península española comprende apenas 7 grados de latitud y 10 de longitud.

ESTUDIOS SOBRE ITALIA.

FLORENCIA.

Bosquejo general de su historia.

ARTÍCULO SEGUNDO.

La primera ocasion en que el nuevo magistrado llamó al pueblo á las armas, fué para derribar la casa de un noble llamado Galli, el cual residia en Francia, donde dió muerte á un ciudadano de Florencia. Este hecho bárbaro prueba cuál era el espíritu de las ordenanzas de justicia, de lo que se formará tambien idea citando otro hecho no menos atroz. Un hombre condenado, por delito comun, á que le cortáran la mano derecha, pidió y obtuvo del magistrado perder el pié en lugar de la mano.

Desde la época de las visperas sicilianas ocurridas de 1282 á 1500, en la que se efectuaron las variaciones que acabo de referir, el comercio de Florencia se acrecentó en gran manera, y con la opulencia de los ciudadanos, nació el lujo, la afición á las fiestas y regocijos y el deseo y los medios de construir monumentos y edificios públicos.

Cuentan los historiadores que en el año de 1285 se celebró con tanta pompa la fiesta de San Juan, patrono de Florencia, que durante dos meses que se prolongaron los festejos, hubo mesas dispuestas de día y de noche para regalo del pueblo y de cuantos extranjeros acudían á disfrutar la pródiga hospitalidad de la Señoría.

Hemos llegado á la época del mayor auge y prosperidad de la Florencia republicana, y para dar idea de cuál era el poderío y adelanto social á que en el siglo XIII llegó aquella ciudad célebre, nos contentaremos con citar los interesantes pormenores que nos suministra el historiador Villani.

Los ingresos de la República ascendieron el año 1500 á 500,000 florines de oro, ó sean 720,000 duros; los gastos fijos ó permanentes, como sueldos de magistrados y cargos del gobierno, no excedían de 40,000 florines ó 85,000 duros. Estos guarismos podrán parecer cortos; pero ha de tenerse en cuenta que el valor de la moneda era doble ó triple en aquellos tiempos, y que los gastos de la guerra no se comprendían entre los ordinarios de la República. Pero los pormenores siguientes acaban de dar una idea del grado de bienestar de que gozaban los florentinos.

Sus escuelas públicas daban la instruccion elemental á 10,000 niños de ambos sexos.

Escuelas especiales de aritmética, enseñaban el cálculo, tan necesario para un pueblo de comerciantes y de banqueros, á 1,200 niños; y cuatro escuelas que podremos llamar de enseñanza superior recibían de 500 á 600 estudiantes de filosofía.

Habia en Florencia y sus alrededores:

- 110 conventos y abadías de hombres,
- 80 conventos de monjas,
- 40 casas de hermandades de regulares, y
- 50 id. de id. hospitalarias con 1,000 camas para los pobres.

200 fábricas de diferentes clases de tegidos empleaban 50,000 operarios; el número de establecimientos de banca llegaba á 80, y le acuñaban todos los años 400,000 florines de oro y 20,000 libras de moneda de plata.

Tal era el estado de Florencia á fines del siglo XIII, en los años de calma y prosperidad que precedieron la recrudescencia de sus discordias civiles.

Por algun tiempo las dos encarnizadas facciones tomaron otro nombre, pero conservando los mismos odios y rivalidades. Dieron á ello ocasion las turbulencias de Pistoya, ciudad de Toscana. La familia Cancellieri era la principal de la poblacion. Sucedió que Láuro, hijo de Mescer Guillermo Cancellieri, y Geri, hijo de Mescer Bertarca Cancellieri, tuvieron una disputa en el juego, de cuyas resultas el primero lijó levemente al segundo. Aflijo Mescer Guillermo de una ocurrencia que podía enemistar á la familia, obligó á su hijo á que fuese á pedir perdón al padre del herido. Mas el rencoroso Bertarca, lejos de dejarse calmar por este paso de sumision, no solo insultó á Láuro, sino que haciéndolo agarrar por sus criados, le cortó la mano sobre una piqueta, diciéndole: *Di á tu padre que las heridas se curan con el acero y no con vanas palabras.* Mescer Guillermo, exasperado con este acto de crueldad, hizo tomar las armas á todos sus deudos y amigos, y como su contrario hiciera lo mismo, y corriese la sangre en abundancia, Florencia tuvo que intervenir para atajar el mal. El primer ascendente de los Cancellieri tuvo dos mujeres, una de ellas llamada Blanca, por lo que los descendientes de ésta se llamaron blancos y por oposicion negros los hijos de la otra mujer.

Sucedió que los primeros buscaron el apoyo de la poderosa familia de los Cerchi de Florencia, al paso que los negros se pusieron bajo la proteccion de los Donatis, y siendo aquella familia gibelina y esta güelfa, la querrela de blancos y negros renovó los odios y los rencores de las dos antiguas facciones.

Hubo combate en las calles y reyertas diarias entre las familias de ambos partidos; y como el objeto era apoderarse exclusivamente del poder, los que lo conseguían se apresuraban á perseguir á los vencidos y á desterrarlos. El gran poeta Dante, que vivía por estos tiempos, pertenecía á la familia blanca ó gibelina, y se atribuyó á sus consejos el destierro de Mescer Corso Donato, jefe de los negros. Pero la venida á Florencia de Carlos de Valois, hijo de Felipe III de Francia, ansiada por el Papa para apaciguar á Florencia, fué favorable á los güelfos, y de sus resultas quedaron estos mandando, y desterrados y proscriptos los gibelinos, entre ellos el Dante, que habia sido magistrado é individuo del gobierno de los blancos. Con el Dante fué tambien desterrado Petrarca di Parenza, padre del poeta Petrarca, que tanto vuelo debía dar á la literatura italiana.

No fuera posible, sin extendernos demasiado, entrar en pormenores sobre las continuas mudanzas que en la legislacion, en el gobierno y en el número y atribuciones de los magistrados hizo el partido vencedor, dividido él mismo y supeditado por las exigencias de la plebe y por los ambiciosos. La reforma mas digna de mención por la analogía que presenta con las instituciones de nuestro tiempo, fué la creacion verificada en 1523 de dos asambleas populares, una compuesta de 500 ciudadanos de la clase media (*popolani*), y otra de 250, compuesta de nobles y de ricos mercaderes, y á los que debían sucesivamente someterse, para ser válidos, todos los acuerdos de la Señoría, ó magistrados que componían el poder ejecutivo. Pero este Congreso y este Senado duraron poco. Las guerras con las vecinas repúblicas de Pisa y de Luca traían apurados á los florentinos. En particular la última habia llegado á adquirir un poder temible bajo el gobierno del célebre Castruccio Castracane, génio extraordinario, guerrero consumado, y uno de los hombres mas grandes de su siglo. El pueblo florentino, lleno de imaginacion, superior en las artes, hábil en el comercio, y que siempre se ha distinguido por sus dotes intelectuales, ha carecido en todo tiempo del génio de la guerra, y aunque valiente, nunca supo sacar políticamente fruto de su sangre, derramada con profusion. En las continuas guerras á que lo condujo la necesidad de su defensa, no menos que las costumbres de la época, siempre acudió á los extranjeros en cuesta de caudillos militares.

Por aquel tiempo se hallaba á la cabeza del ejército florentino un catalán, D. Raimundo de Cardona, que se dejó batir por Castruccio; entonces Florencia impetró la proteccion de Carlos, duque de Calabria, y éste envió en representacion suya á un aventurero francés, pobre como Job, llamado Gauthier de Brienne, y que se titulaba duque de Atenas.

Los florentinos, cansados de la tiranía de los grandes, acogieron á Gauthier con entusiasmo, y le confiaron la Señoría por diez años. Pero creciendo el entusiasmo del pueblo por su nuevo señor, lo declararon soberano por vida, no obstante la noble y patriótica oposicion de los magistrados, que vanamente representaron el peligro que corria la libertad. Estos prudentes temores no tardó la experiencia en acreditarlos, pues el francés se entregó sin freno y sin pudor á los mas monstruosos excesos, haciendo correr la sangre de los mas ilustres ciudadanos, y tratando á la libre y democrática Florencia con la dureza y brutalidad con que hubiera gobernado un miserable feudo poblado de vasallos acostumbrados á obedecer y sufrir.

Los grandes, los *popolani* y la plebe se unieron en vista de las demasias del duque, y tramaron conspiraciones que supo desconcertar la vigilancia de éste; pero, por último, una general insurreccion, á cuya cabeza figuraron las principales familias de Florencia, puso fin á la tiranía del francés, no sin cometer horribles venganzas sobre los satélites de éste, á los que el pueblo hizo pedazos.

Estas agitaciones, guerras y disturbios, no impidieron el fomento de las artes ni amortiguaron el celo de los florentinos por hermosear su ciudad. Por aquellos años dió el célebre pintor y arquitecto Giotto principio á la obra del primoroso *Campaniglio* ó torre que adorna la plaza de la catedral, y este templo, cuya construccion, decretada años antes, sufría atraso, fué confiada al arte ó gremio de la lana ó de los pañeros, asignando al propio tiempo varios arbitrios para la obra.

La constante accion del principio democrático ó güelfo, que con cortos intervalos predominó en Florencia desde el siglo XII, llegó á producir todos sus efectos á mediados del siglo XIV, y en 1345 ya la influencia de la nobleza ó del partido gibelino habia desaparecido enteramente.

A la aristocracia de los pergaminos que por tantos años ensangrentó el suelo de la Toscana, le habia sustituido la inevitable aristocracia entre los pueblos mercaderes del escritorio y del mostrador, y en sus frecuentes insurrecciones la plebe sin acordarse de los nobles, gritaba: *muoia il popol grasso* (mueran los plebeyos ricos).

La desaparicion de la influencia de la nobleza, consumada de hecho, se consignó tambien en la ley, y una nueva clasificacion de los derechos de los ciudadanos nos dividió en *popolani grassi* (plebeyos ricos), *mediani* (de la clase media) y *artifici minuti* (jornaleros ó proletarios). Y como si no hubiera parecido bastante para satisfacer la exageracion republicana abolir todos los privilegios y distinciones de la nobleza, una ley permitió á los individuos de esta clase el que pudieran ser inscriptos entre los ciudadanos plebeyos, y en calidad de tales ser admisibles á los oficios de la República; pero sujetos á la pena de volver á ser declarados nobles, esto es, *parias*, si ofendían á algun plebeyo, ó si se hacían indignos del favor popular.

Pero lo que asombra, dando al propio tiempo triste idea del estado á que habia llegado la nobleza florentina, es que las familias mas ilustres se sujetaron á tan humillantes condiciones y se declararon á sí mismas indignas de la consideracion que hubieran merecido si siguieran el noble ejemplo del Dante, que desterrado prefirió morir en Ravena, lejos de su patria y en la desgracia, á volver á ella aceptando el perdón de sus enemigos. Hé aquí un fragmento de su respuesta á la carta de un pariente suyo que le ofrecía le sería alzado el destierro: *«Si no hay otros medios para que yo vuelva á Florencia, nunca mas pondré los pies en ella. No quiero que se diga que compro la vuelta á mi suelo natal, haciéndome indigno de mi patria y degradándome á los ojos del pueblo de Florencia.»* Sentimiento elevado y digno que redime las flaquezas que pudo tener el grande hombre considerado como individuo de una bandería.

El ascendente de la plebe condujo á la promulgacion de leyes santuarías. Por ellas se redujo el gasto de los magistrados que vivían en el palacio de la República y eran costeados por el Tesoro público. Para asegurar el cumplimiento de la sobriedad impuesta á los individuos

de la Señoría, fueron nombrados dos religiosos con el cargo de despenseros y mayordomos de palacio. El cuidado de vigilar y restringir el gasto interior de los ciudadanos, se confió á magistrados especiales; se prohibieron los trajes de oro y plata, y llevando la reforma á las costumbres se impuso á las rameras un traje particular, obligándoselas á llevar guantes y un adorno en la cabeza del que pendía una campanilla. Lo atrasado de las ideas de la época no permitió á la austeridad republicana distinguir lo eficaz de semejantes medios, pues harto sabido es que no alcanzan otros que los puramente morales á corregir los vicios que nacen de la corrupcion ó del extravío. No obstante, el génio florentino, aunque débil y voluble en punto á legislacion, adivinó empujado por su celo democrático, y no obstante las preocupaciones religiosas de aquel siglo, uno de los principios mas luminosos de la ciencia moderna, la separacion é independencia del Estado respecto á la Iglesia en materias civiles, y aun arrojó Florencia una interdiccion del Papa por haber sujetado á los eclesiásticos á la jurisdiccion de los magistrados.

Hemos llegado á una época calamitosa en la historia de Florencia, la de la invasion de la terrible peste que, venida del Asia, asoló la Europa entera en el siglo XIV. Florencia perdió en ella 80,000 de sus habitantes, habiendo buscado asilo en sus muros gran parte de la poblacion agricola, menesterosa de auxilio y de asistencia médica. Los efectos de aquella gran calamidad, el espectáculo de las singulares escenas que presentó, es, por decirlo así, familiar á los amantes de la literatura que han leído ó pueden leer en Boccaccio la descripcion que de ella hace. En su Decameron se ven los ejemplos de la depravacion, de la perversidad y libertinaje á que se deja arrastrar la humana naturaleza, cuando como abandonada por la mano de Dios, toca el exceso de las calamidades terrestres. Mas al lado de aquellos desórdenes, la caridad cristiana ofreció un cuadro consolador. Los diferentes hospicios de Florencia recibieron mas de un millon de duros, equivalentes á dos millones y medio de nuestra actual moneda, de limosnas para auxilios de los pobres enfermos, y entonces se fundó tambien la cofradía llamada de la Misericordia que todavia subsiste, y que por su excelencia merece ser conocida. Compónese de 52 hermanos, á saber: 10 preladados, 20 sacerdotes, 14 caballeros ó nobles y 28 artistas. Además 103 jornaleros, de los cuales 13 se hallan constantemente de servicio. El instituto de esta compañía es el de dedicarse al socorro de los enfermos, á cuyo efecto se halla siempre de guardia de día y de noche una seccion en la capilla que poseen, situada en la plaza de la catedral. Allí, cubiertos con una túnica y el rostro con una careta, tanto para no ser conocidos como para que no haya preferencias de clase, acuden donde quiera que un poble reclama sus auxilios, y bien lo trasportan á los hospitales, bien le dispensan en sus propias casas los cuidados que su estado requiere, cuidados que se extienden desde la asistencia hasta el funeral.

Antes de entrar en la reseña del último periodo de la era republicana, volvamos la vista atrás, y procuraremos descubrir qué significado moral tenían los dos grandes partidos que dividieron á Italia durante la Edad media, qué lucha de principios ocultaban los odios y pasiones que alimentaron la larga querrela entre gibelinos y güelfos.

La doctrina y el sistema de estos últimos que vemos brillar en Florencia en todo su esplendor, si no en catedras y en escuelas, en la serie de hechos que presenta el gobierno de la República, en el que casi siempre dominaron, descubre que la faccion güelfa, si bien animada del génio turbulento, suspicaz y celoso de la democracia, no tuvo la inteligencia de sus indispensables condiciones, careció de las virtudes que atemperan y compensan las pequenezes de un pueblo rey, y sobre todo, desconoció el espíritu dogmático y legislador, sin el que no es posible que las Repúblicas vivan y prosperen.

En cuanto á la teoría gibelina, no será necesario apelar á deducciones para conocerla. Este partido ha abundado en escritores, y el mas célebre y competente de todos, el gran Dante, ha dejado una obra filosófica, un tratado de política, el libro titulado de la *Monarquía*, en el que consignó los principios de su partido, formulados por la vigorosa pluma del mas eminente hombre del siglo.

Dante, con quien empieza la era del Renacimiento, génio universal y enciclopédico, en su inspiracion científica, volvió naturalmente la vista atrás y pidió á la historia del género humano cuenta de lo que habian producido los siglos anteriores. La imágen mas grande que en ella encontró el filósofo político, fué la extension de la grande unidad romana, la asimilacion que el imperio hizo de todos los pueblos de la tierra para sujetarlos á las mismas leyes, á un comun y central poder. Este hecho histórico cautivó la admiracion del Dante y lo condujo á deducir: 1.º que la monarquía es el gobierno natural de las sociedades; 2.º que el pueblo romano, representado por Augusto y sus sucesores, adquirió por disposicion de la Providencia, el señorío del mundo; 3.º que los emperadores de la Alemania, sucesores de los Césares, eran los legítimos herederos de aquella autoridad; 4.º que este poder, instituido por Dios, cuya voluntad se comprobaba por la consumacion del hecho histórico, era independiente de los Papas.

No es de este lugar hacer la crítica de cómo desempeña el Dante en su libro la inmensa tarea que se propuso; basta á nuestro propósito consignar la doctrina teórica del partido gibelino, para oponerla al sistema güelfo, cuya teoría se reducía al predominio de una democracia ilimitada y de todo punto irrealizable, no solo en razon á la exageracion del mismo principio, sino tambien por haber carecido siempre de una organizacion bastante sabia para haber coordinado los intereses de la sociedad en términos que estos hubieran podido desarrollarse y consolidarse bajo aquella forma de gobierno.

Entre las innumerables mudanzas que sobrevinieron en Florencia á fines del siglo XIV, merece particular mención el establecimiento de los *capitanes de partido*; magistratura civil confiada á los jefes del partido güelfo, con el intento aparente de dispensar protección á los ciudadanos adheridos á la República, pero con el práctico y determinado fin de oprimir á los adherentes á la facción contraria. Los adelantos hechos por la ilustración, y la mayor dulzura introducida en las costumbres no permitían matar ni perseguir con crueldades y por meras diferencias de opiniones á los contrarios políticos, pero subió de punto la intolerancia de los güelfos para excluir á sus adversarios de toda participación en los empleos y honores de la República, y á fin de satisfacer su saña inventaron el declarar gibelinos ó sospechosos de serlo, no solo á los descendientes de aquellos, sino á cuantos acusaban de ser afectos á los principios é intereses de la facción contraria. La calificación de *aminoniti* bastaba para incapacitar á un ciudadano en el ejercicio de sus derechos políticos, y una vez abierta la puerta á estas exclusiones, la enemistad y la venganza las extendieron á cuantas personas no eran del agrado de los capitanes de partido y de sus parciales.

Las demasías y abusos de autoridad de éstos llegaron á producir general disgusto, y como los ciudadanos fulminados de *aminonistion* se encontraban en mayoría, no les fué difícil derribar la odiosa tiranía de los capitanes. Pero para llevar á cabo esta reforma fué preciso apelar, según costumbre, á la insurrección del pueblo, y este, que había crecido en audacia y en insolencia, se dejó arrastrar á deplorables excesos, quemando, destruyendo y saqueando las casas de los ricos. Por último, la mas infima plebe se apoderó del mando supremo y elevó á la dignidad de Gonfalonero de Justicia á Miguel Lando, simple tejedor y uno de los caudillos de la última sublevación. La anarquía por entonces reinaba en Florencia, el estravio á que se dejó arrostrar la plebe triunfante la condujo á excluir de los cargos públicos á los *popolani* ó individuos de los gremios ricos, del mismo modo que en los siglos anteriores éstos habían excluido á los nobles. Pero Miguel Lando, aunque hombre sin educación y salido de la hez del populacho, se mostró digno de su elevación y supo comprimir por la fuerza los desórdenes de la multitud que lo había ensalzado. Al concluir el tiempo de su magistratura temporal, el tejedor había restituido el orden en Florencia y hecho prevalecer en ella el imperio de la ley.

La habilidad y la firmeza de este hombre singular inspiraron al pueblo de Florencia un noble temor, el de que la clase de donde había salido no fuese capaz de suministrarle un sucesor digno; y llevado por este sentimiento honroso, el pueblo excluyó del cargo de Gonfalonero al individuo de la plebe que la suerte designó para suceder á Miguel Lando.

Hemos llegado á la época en que la democracia florentina, vencida por sus propios excesos y desacreditada por su injusticia y sus turbulencias, sucumbió ante el escollo en que se estrellan todos los principios exclusivos y exagerados.

La clase media, tratada por la plebe como lo fué la nobleza, operó su reacción y no tardó en volver á adquirir la influencia de que la había privado la última revolución, conocida en la historia por la de los *Ciampi*, nombre que se daba en Florencia á los jornaleros de las manufacturas de lana.

ANDRÉS BORRERO.

LAS ISLAS CANARIAS Y EL VALLE DE LA OROTAVA.

I.

No hace muchos dias que por el correo de Francia recibimos un folleto de unas cuarenta ó cincuenta páginas de impresion. Registrámosle con curiosidad y leímos al extremo de la portada—al Sr. D. Benigno Carballo—*hommage de l'auteur*, y mas abajo, en abultados caracteres: *Les Isles Canaries et la Vallée d'Orotava*. Leímos el folleto con inquieta curiosidad, y nos sentimos animados del mas vivo interés.

- 1.º Porque hemos nacido en aquellas islas.
- 2.º Porque las Canarias son poco conocidas.
- 3.º Porque nos place que plumas extranjeras se ocupen de ellas.

Antes de entrar en el exámen del escrito en cuestion, permitámos el lector algunas palabras acerca de los fundamentos de nuestro vivo interés.

Pocas cosas nos son tan queridas como aquellas que se refieren al país en donde hemos nacido y recibido nuestra educación, ó, al menos, una parte de nuestra educación. Es una fuerza irresistible la que nos lleva hácia el suelo natal, y un lazo de tal manera fuerte el que á él nos une, que llega á ser casi indisoluble. Acabábase de llegar de las Islas Canarias, cuando recibimos el folleto del escritor francés, y los recuerdos de la familia, de los amigos y de tantos objetos carísimos como dejábase á las espaldas, despertaron de tropel y vinieron á revestir el escrito que teníamos delante de la vista, de una importancia grande, y á excitar con la mayor viveza hácia él nuestra curiosidad.

Nosotros, que conocíamos ó creíamos conocer las Canarias, que acabábase de sentir la influencia de su suave clima y de su hermoso, quebrado y pintoresco suelo; nosotros, que habíamos recorrido sus sitios amenos, sitios en aquel país frecuentes y curiosos, que habíamos consagrado muchos dias á examinar y conocer las celebridades naturales que las islas atlánticas encierran, que habíamos seguido el movimiento creciente de su comercio y de su agricultura, y que teníamos exacta y cabal idea de la cultura y de las costumbres hospitalarias de sus habitantes, que sabíamos lo que habían sido y lo que eran, los progresos que habían hecho y los que

probablemente podrian realizar; nosotros, repetimos, no pudimos menos de recibir la impresion de la complacencia, al caer en nuestras manos un escrito en que se hace á las Canarias una parte de la justicia á que son acreedoras.

Sentíamos al mismo tiempo los efectos de la novedad. Los escritores españoles no se ocupan nunca de este país: situado á poco mas de doscientas leguas de Cádiz, ó sea á la distancia que marcan tres dias y horas de navegación al vapor, las Canarias son apenas conocidas por los españoles, y su nombre no figura sino en ciertos actos oficiales, como el nombramiento de empleados, el cobro de contribuciones, la entrada y salida de correos.

Y sin embargo, hay en aquel país mas de un motivo para que pueda ser objeto de estudio y observación. La benignidad de su clima y las condiciones de su suelo lo hacen á propósito para el cultivo de la mayor parte de las plantas y vejetales del viejo y del nuevo Continente; allí se ensaya en la actualidad la producción y elaboración del tabaco, y los resultados son de tal modo favorables, que en algunos casos pueden compararse á los obtenidos en Cuba; allí el algodón crece con la misma lozanía que en los Estados Unidos del Sur y en las Antillas, debiendo y pudiendo ser en la actual situación de Europa utilizada esta circunstancia; allí el cultivo del nopal y la cria de la *grana* ó *cochinilla*, ha logrado un éxito brillante; allí el almendro, la caña de azúcar, el gusano de seda, y tantas y tantas otras cosas se manifiestan al estudio y observación del arte y de la ciencia agricultora.

La misma suavidad del clima, la belleza del territorio, la salubridad y variedad de los alimentos y el carácter de los habitantes hacen de las Canarias una residencia agradable; y, sin embargo, ninguna familia española visita aquel país por recreo y placer; ningún enfermo vá á buscar en él su restablecimiento, y á nadie se le ha ocurrido pensar que la temporada del verano, por ejemplo, pudiera ser en las islas tanto ó mas agradable que en los Pirineos, en las Provincias Vascongadas, en Asturias y en tantos otros puntos por donde se extienden y diseminan los que emigran en esta estación del seno de nuestras grandes capitales. Es mas celebrada en la Península la Madera que la isla de Tenerife, y es seguro que mas veces ha sido la primera asunto á la pluma de nuestros escritores, que la segunda, no obstante las ventajas, en muchos conceptos, de la una sobre la otra.

En medio de este olvido, en cierto modo culpable, en que viven para la sociedad española, aquellas islas, que son una parte de la misma, claro está que debia sorprendernos agradablemente encontrar un escritor, que intenta sacarlas de este olvido y darlas á conocer, siquiera sea solamente bajo un punto de vista determinado. Y ya que tan solo olvido é indiferencia deben á los que escriben en España, gustámos y plácenos sobremanera que aquellos que están menos obligados, sean, no obstante, los primeros que, después de haberlas visitado, trasmitan á la prensa sus observaciones.

Tales son las causas de nuestro interés.

Las Canarias han sido extrañas al estudio y observación de los españoles; ni como naturalistas, ni como historiadores, ni siquiera como viajeros que pintan y narran la impresion del momento, se han ocupado de ellas. Los milagros de vegetación de este suelo privilegiado, las curiosidades que ofrece su constitución geológica, la variedad de sus climas en medio de la suavidad que los caracteriza, y las condiciones del suelo, yacen como ignoradas y desconocidas para la Península. *Tenerife* con su hermoso Pico, su encantado Valle, sus feraces llanuras y sus lindas poblaciones; *Canaria* ó *Gran Canaria* con sus pintorescas montañas, sus productivos campos y sus abundantes aguas; la *Palma*, la isla de la *Palma* con su hermosísima Sierra, sus poblados montes, su nunca bastante celebrada *Caldera*, sus inmensos barrancos y su sublime fragosidad; *Lanzarote* y *Fuerteventura* con sus montañas de arena y su fisonomía moruna; la *Comera* y el *Hierro*, pequeñas, pero curiosas islas tambien, no son apenas conocidas mas que por los nombres que llevan en los libros de geografía, nombres á veces confundidos y equivocados. Ningun escritor ha hablado de los cantos populares de algunas de estas islas, que serian gran novedad en la historia de la literatura española; ninguno de la rareza de ciertos trages de campesinos y campesinas, de ciertas costumbres que recuerdan, unas veces á España, otras la vecina costa africana, y algunas á los primitivos pobladores de las Afortunadas; ninguno, de las momias de guanches, y de los restos y vestigios de estos sencillos naturales encontrados en las cuevas de los barrancos. Y, sin embargo, todo esto está á las puertas de la Península.

La historia mas completa de la conquista de Canarias se debe á un escritor de aquel país; un distinguido naturalista, cónsul de Francia, y residente en Tenerife hace muchos años, ha dado alguna vez, con singular acierto, ocupación á su talento y á su pluma, á propósito de las islas; y viajeros ingleses ó franceses, por lo comun, que han pasado por ellas muy de prisa, les han consagrado alguna que otra página en sus narraciones de viaje; pero estos viajeros ni pudieron conocerlas ni estudiarlas bien, ni visitaron mas que una parte pequeña de las mismas, ni por tanto supieron pintar mas que la impresion del primer momento.

II.

Las Islas Canarias y el Valle de la Orotava, á que consagramos estas líneas, no es un escrito que tenga por objeto estudiar el archipiélago canariense bajo todos los aspectos y con la extensión y detalles que acabamos de indicar. Su autor, *Mr. Gabriel de Belcastel*, se propone un objeto indicado á continuación del título de su escrito, —*au point de vue, dice, higiénique et médical*.—Estudia, pues, el archipiélago canariense desde el punto de vista de la higiene y de la medicina, proponiéndose demostrar, que no hay país en el mundo mas apropiado que este

para la curación y restablecimiento de los que padecen enfermedades del pecho, y para realizar este fin habla de temperatura, de humedad y de variaciones atmosféricas. La demostración es completa, y el escritor francés llena su objeto satisfactoriamente.

Antes de entrar en sus especiales apreciaciones, *Mr. Belcastel* escribe algunas páginas, como por via de preliminar. Detengámonos en ellas algunos instantes, pues mucho lo merecen la belleza del estilo y la verdad de las descripciones.

El autor ha visitado á Niza, á Roma, á Nápoles y á Palermo: sus sentidos se han recreado, y su imaginación se ha extasiado en la contemplación de sus bellezas. Ha visitado asimismo la isla de la Madera, tan frecuentada por los ingleses. Ninguno de estos puntos le satisface: á su propósito, á su punto de vista higiénico, cuadra mas la Madera que los anteriores; pero lo que llena sus deseos, lo que responde á todas las exigencias de la higiene, son las islas Canarias, y en las Canarias el *Valle de la Orotava*. Es aquí donde el autor encuentra *«long séjour dans un climat doux, égal et sans brumes ni frimas, où la séve ne meure jamais, où les pluies sont rares, les vents et les orages à peine connus... où régnent un éternel printemps»*.

Después de algunos párrafos consagrados á la situación geográfica de estas islas, á su derivación probable del continente africano, á la belleza y feracidad del suelo, producto de la naturaleza en mayor grado y de la mano del hombre en menor grado; después de haber descrito bellamente el cultivo del nopal y la cria de la *cochinilla*, el autor conduce al viajero por la mano desde Santa Cruz de Tenerife, capital de la isla de su nombre y de toda la provincia, hasta el Valle de Orotava. Es una magnífica cabalgata, en una distancia de siete y media á ocho leguas, que nuestros lectores deben hacer con nosotros y con *Mr. Belcastel*, seguros de que es muy difícil que en país alguno encuentren nada que sea superior, ni que ofrezca mayor encanto á los sentidos y á la imaginación.

Es Santa Cruz una ciudad alegre, viva y animada, centro de relaciones comerciales, escala en la navegación entre Europa y América. Desde esta capital, que es nuestro punto de partida, subimos la costa árida y desnuda que conduce á la ciudad de la Laguna, á una altura de 600 metros y como á una legua y cuarto de distancia. La ciudad está rodeada por una serie de montañas ó pequeñas colinas, y ocupa el centro de una llanura fértil y bien cultivada; el aire es puro y fresco, los dias claros y serenos alternan con los brumosos y de niebla. Es una de las mejores residencias para la estación del verano; pero no satisface por entero á *M. Belcastel*, quien no hace á esta población completa justicia, sin duda por no encontrar allí las condiciones del objeto que busca.

Sigamos adelante.

Por espacio de un par de horas á lo menos, continuamos atravesando la llanura, tapizada de verde en invierno, cubierta de doradas espigas en la primavera, y un espectáculo curioso viene á entretener nuestros sentidos. Caminamos á corta distancia de la costa, y al Nordeste de la isla: el terreno desciende á nuestra derecha, á la izquierda se extiende la llanura, interrumpida por ligeras ondulaciones y accidentes del terreno, y á nuestros pies la mar se estrella contra la isla y nos envía su monótono y triste quejido en alas de una brisa suave. ¡Qué contraste admirable es el que forma en este punto la tierra y la mar! Reparad los accidentes del terreno, un poco de inclinación que crece hasta llegar á la costa, y la mar tropical con su sonrisa calma y su profundo azul. Mirando desde la altura á que nos encontramos, nos parece mas inmensa y sublime, y nos encanta la franja plateada con que guarnece quince leguas de costa que tenemos á la vista.

Vamos dejando la llanura, las pendientes de nuestra derecha van creciendo, y el cultivo termina en los confines de las sierras, que á su vez se elevan hasta ocultarse en las nubes. Pero detengámonos un momento para saludar, suspendidos de admiración, al *pico de Tenerife*, al *Teyde*, cuya cabeza se envuelve por lo comun en una blanca toca, pero que hoy, por fortuna nuestra, se destaca claro, entero y en sus magníficas proporciones delante de nuestros ojos. Caminamos entre el cielo, el mar y las montañas, y llegamos al pueblo de la *Victoria*, nombre tomado de la que los españoles alcanzaron sobre los sencillos y valientes *guanches*, acaudillados por *Bencomo*. *Mr. Belcastel* le descansa aquí algunos instantes, nosotros haremos otro tanto: parece que la armonía del cuadro se presenta en toda su pompa, y un grito de admiración se le escapa involuntariamente del pecho.

La *Victoria* lo merece, pero el momento crítico no es este, la grata sorpresa no ha llegado aún; continuemos nuestro camino, y al llegar hácia un extremo en que aquel tuerce hácia la izquierda, detengamos nuestros caballos y miremos; miremos y admiremos, porque hay mucho que mirar y que admirar.

El *Valle de la Orotava* abre sus alas para recibirnos; con sus ricas vestiduras, con sus lujosos atavíos embelesa nuestros sentidos, extasia nuestra razón, y de tal manera estamos sorprendidos, que no encontramos palabras con que encarecer su belleza riente. La vista contempla sus magníficas y felices proporciones, y el corazón las siente.

Si sois poetas, viajeros, aquí teneis rico pasto á vuestra fantasía: cantad el *Valle* y cantad el *Teyde*; los dos están á vuestra admiración. Si sois pintores, sacad vuestros lápices ó vuestros pinceles y no perdáis momento. No recordeis la *Suiza* ni la *Italia*, que no encontrareis nada parecido, nada tan bello y encantador. Si sois meros curiosos, *des purs amateurs*, como dirían los franceses, pasada la primera impresion, recoged el espíritu, mirad con orden, abarcad primero el conjunto y observad después las partes que lo forman; reparad el *Pico* y sus anchas faldas, contemplad las vertientes del *Valle*, sus proporciones é inclinación; notad los accidentes del terreno, la pintoresca situación de la *Villa*, que lleva

tambien el nombre de *Orotava*; penetrad en sus jardines, coged sus flores, percibid sus aromas.

Y si quereis, viajeros, seguir nuestro consejo, acompañadnos un poco mas lejos. Mr. Belcastel no nos sigue ya, pues se queda en la *Villa*, en donde ha encontrado lo que buscaba. Nosotros bajaremos al *Puerto de la Orotava*,—una media legua mas de camino,—y nos embarcaremos en una lancha, y nos iremos á bordo de alguno de los buques del pais anclados en la bahía, y desde allí, columpiados por la mar, volveremos á contemplar el *Valle*. Este es el punto preferible para mirarlo. Y si todavía aceptais los consejos, embarcaos dos veces, la una al caer de la tarde, y la otra al amanecer, pues cada uno de estos dos momentos imprime al paisaje distinta fisonomía.

Para que se vea que no exageramos en la descripción, ni el sentimiento de amor patrio nos hace ver mas de lo justo y verdadero, trasladamos á continuación un párrafo del folleto de Mr. Belcastel.

«Pasada una hora, dice despues de hablar de la *Victoria*, al dar un rodeo inesperado, se despliega á nuestra vista el valle encantador de la *Orotava*, cuyo nombre es tan dulce al oído como bellas á la vista sus proporciones; él reúne al prestigio de la naturaleza que acabo de describir, el encanto especial é inexplicable de los valles, verdadero recogimiento del espíritu y lazo del corazón. Aquí, si el génio y el oro del hombre lo quisieran, podría estar el jardín del mundo mejor que en el valle del Etna. Es la *Orotava* el medio, entre la flora del Norte y la del Mediodía, en el cual la mayor parte de las plantas del globo, dándose entre sí la mano, podrían presentar en un espacio proporcionado á la extensión de la mirada, un magnífico resumen de la creación.»

Este poder de vida que se manifiesta en el *Valle*, procede, segun Mr. Belcastel, de que el termómetro no desciende abajo de 10 grados, ni sube arriba de 28.18 en todo el año. Tal es el secreto de este admirable clima.

III.

Hecho el preliminar, que mas que preliminar es la mitad del escrito en cuestion, el autor entra á demostrar su tesis, que resume en estas dos proposiciones:

—El mejor remedio contra las enfermedades de los pulmones ó de la larinje es el clima, un clima igual y suave.

—De todos los climas conocidos y preconizados hasta ahora el mejor es el del *Valle de la Orotava*, en la isla de Tenerife.

«Yo añado, dice el autor, con perfecta convicción, que de diez enfermos que se trasladasen aquí en condiciones razonables, ocho al menos encontrarían un alivio inesperado, si es que no encontraban la curación completa; que aun en los casos más graves, sustraer el enfermo á toda causa exterior de agravación, es ganar meses y años, y algunas veces salvar la vida, porque es dar tiempo á que la naturaleza haga un esfuerzo feliz, que tal vez pueda tener reservado.»

El autor hace sus demostraciones con termómetro en mano. Este no pasa en sus extremos de 10 y de 28,18 grados; el término medio de todo el año es 20,2, siendo así que dicho término medio es en Londres 10,2, en París 10,8, en Pau 13,5, en Niza 15,2, en Roma 15,9, en la Madera 15,8. La *Orotava* es, pues, bajo este punto de vista, tan superior á Niza, como Niza á Londres, y veinte grados de temperatura, que le corresponden, es la situación mas adecuada á sanos, enfermos, hombres, animales y plantas.

Entre el mes mas cálido y el mas frio no hay en la *Orotava* mas que 7,9 grados de diferencia, en tanto que la Madera señala 8,5, Niza 16,1, etc., pues no podemos reproducir todos los cálculos: lo cual demuestra la extrema suavidad de la temperatura que oscila entre dos medios suaves tambien. Del verano al invierno en Londres, París, Pau, Roma, Niza, Algeria, la transición es mucho mas brusca que en la Madera, y mucho mas aún que en la *Orotava*.

Mr. Belcastel busca asimismo el término medio de la temperatura en los cinco meses de invierno, asentando, entre otras cosas, que el grado medio correspondiente al mes mas fuerte es en la *Orotava* 16,7, que corresponde á la temperatura de Junio en Londres, y á la de Abril en Niza y Roma.

Esto por lo que toca á la suavidad de la temperatura; pero el autor pasa mas adelante y entra en apreciaciones acerca de la fiijeza de la misma, determinando las variaciones de un mes á otro, de un día á otro día y de una hora á otra hora; concluyendo de todo esto que el *Valle de la Orotava* tiene tambien en cuanto á este punto una superioridad, respecto de todos los climas conocidos, que no es fácil explicar.

No podemos seguir paso á paso á Mr. Belcastel en todos sus cálculos y apreciaciones, y bástenos decir, para acabar de dar al lector una idea exacta de su trabajo, que continúa, entrando en pormenores y detalles, su estudio respecto de los otros dos elementos necesarios, en union del anterior, para conocer y apreciar los climas; á saber, la humedad y vicisitudes de la atmósfera.

La conclusion final es la superioridad del *Valle de la Orotava*.

El sentimiento del entusiasmo palpita en todas las páginas del notabilísimo trabajo de Mr. Belcastel. No es él en verdad tan solo el médico que estudia bajo el rigor de las oscilaciones del termómetro y de las cifras aritméticas las condiciones de un clima; es ademas de esto el hombre de corazón que sabe sentir lo que es bello y grande y dar á su estilo el mismo calor del sentimiento. Pocas veces *Tenerife* y el *Valle de la Orotava* han sido apreciados con tanta verdad y justicia como lo hace este distinguido escritor. Su estilo tiene el aroma de las imágenes, de las comparaciones y metáforas con que loazona y atavia. Es ademas curioso observador, que señala las costumbres, la cultura y civilización de los hijos de Tenerife, y levantando alguna vez el pensamiento á mas altura, se

lamenta y condele de la conducta indiferente y del abandono culpable en que el gobierno español ha tenido y tiene, aunque en menor grado que hasta ahora, un pais tan digno de sus especiales atenciones.

«Es acaso, dice hablando de Tenerife, una playa inhospitalaria ocupada por groseros y rudos habitantes? Ninguna tierra, ninguna sociedad, quizás, están mas de corazón abiertas al ser en otro tiempo sagrado, que se llama extranjero.»

Y mas adelante: «No es posible encontrar, sin sentirse poseído de vivísima y grata sorpresa, al salir del mediodía de Europa, moralidad en las familias, seguridad perfecta en las relaciones sociales, lengua francesa é inglesa, sobre todo, corrientemente entendidas, benévolas y graciosas maneras, espíritu clarísimo y capaz para todas las cosas (*à tout saisir*), educación en una palabra muy superior á los medios aparentes.»

Mr. Belcastel escita el celo del gobierno español hácia estas islas, tan privilegiadas por la naturaleza como descuidadas por el hombre, para que se construyan buenos caminos, puertos de comercio y militares; para que sean realizadas grandes empresas de aguas y de riegos, seguro, dice, de que si se muestra generoso con ellas, verá nacer otras Antillas á sesenta horas de Cádiz (1).

Dos palabras mas para concluir este artículo.

Les Iles Canaries et la Vallée d'Orotava nos ha dejado, con su lectura, una gratísima impresión. Nacidos y educados en aquel pais, rico para nosotros en recuerdos y en esperanzas, conocedores además de lo que es, de lo que vale y de lo mucho mas que puede valer, nos sentimos poseídos de satisfacción al verlo ensalzado y apreciado por una pluma extranjera. Mr. Belcastel es hombre de talento, pero es tambien hombre de corazón; ha sabido estudiar las *Canarias* bajo un punto de vista higiénico, pero ha sabido asimismo sentir las y trazar con un rasgo de su pluma el cuadro bello de *Tenerife*. Se lo agradecemos sobre el corazón, y sobre el corazón tambien se lo agradecen los isleños. Ojalá el escritor francés hubiera visitado las demás islas, pues hubiera encontrado en ellas mucho que observar y aplaudir.

¡La Palma, si, la isla de la Palma! La nombramos porque es nuestra patria, y es tal vez el único nombre que puede ponerse al lado del de *Valle de la Orotava*. Quien quiera dulzura de clima, suavidad é igualdad de temperatura que recurra tambien á ella. Quien desee sentir emociones que hacen la felicidad del alma, emociones como las que despiertan el *Teyde* y la *Orotava*, que vaya allí. Quien haya soñado encontrar, dentro de un brevísimo cuadro, un gran contraste de bellezas varias y diversas, que atraviese el estrecho brazo de mar que la separa del *Puerto de la Orotava*,—cinco ó seis horas tan solo de navegación al vapor, diez ó doce en barcos de cabotaje—que visite la linda y alegre ciudad de *Santa Cruz*, capital de la isla, el bellísimo pueblo de los *Llanos*, y los deliciosos jardines *Argual* y *Tersacorte*; que estudie la constitución geológica de aquella roca, suspendida en medio de las aguas y acariciada siempre por las brisas. Quien desee sentir al lado de la sensación dulce de bellas colinas, de pintorescas sierras y de sitios amenos, la impresión sublime de una naturaleza gigante, como no se encuentra en Suiza ni en ningun pais de Europa, que viaje á la *Palma*. Esta isla lo encierra todo; colinas, llanuras, valles, precipicios, sierras que se esconden en las nubes; árboles seculares, plantas aromáticas, flores.... Quien, mas objetivo y utilitario, aspire á encontrar un pueblo activo, emprendedor, impresionable, hospitalario y generoso, que haga hácia esta isla su itinerario. Ningun extranjero ha visitado sus playas que no conserve el recuerdo de la hospitalidad palmense: ningun peninsular, militar ó empleado, ha pisado su suelo, que no haya sido colmado de atenciones delicadísimas.

Y, no obstante, ha sido la mas olvidada: si alguna vez se ha intentado hacer algo en su favor, todo se ha quedado en proyectos. ¡Oh! Valemos poco y podemos poco, pero si nuestra pluma puede ser útil en la prensa á esta isla querida, si el estudio de las cuestiones que le interesan, si la publicación en libros y en impresos de cuanto á ella atañe y se refiere, tienen algun valor, nosotros la consagraremos desde esta capital de España, en donde vivimos, nuestros solícitos afanes. Hemos empezado á hacerlo ya, pero lo haremos aun en mas vasta escala. La palabra y la pluma son los instrumentos de nuestra actividad, y estos están al servicio de los legítimos intereses de la isla de la *Palma*, y tambien de los de las demás islas Canarias.

BENIGNO CARRALLO WANGÜEMERT.

TRANSILVANIA.

ARTÍCULO SEGUNDO.

Hemos dicho que Transilvania no tiene historia antigua. En efecto, lo único que sabemos de la situación de aquel pais en el intervalo de 1000 á 1520, es que era una provincia del reino de Hungría. A esta época se refieren la conquista de los hunos y la partición del territorio en siete jefes bárbaros, los cuales fundaron un régimen puramente militar, sostenido por la rapiña y la violencia. Entonces fué cuando los transilvanos se convirtieron al cristianismo por los piadosos esfuerzos de San Esteban. El único hombre célebre de este periodo, fué Juan Huniade, vencedor de los turcos, cuando despues de la

(1) No queremos ni podemos omitir la mención honrosa y lisonjera que este escritor hace del Sr. D. Victor Perez, médico de gran reputación y propietario en el Puerto de la Orotava. El autor hace justicia á su vasta instrucción, á sus sentimientos de generosidad y filantropía: circunstancias que hacen de este caballero un modelo perfecto de inteligencia y de bondad. Y decimos que no queremos ni podemos omitir la calificación que le dá Mr. Belcastel, porque el Sr. Perez es uno de los amigos mas queridos que tenemos en Canarias, y porque por propia experiencia sabemos que cuanto se diga es poco para dar una idea de sus merecimientos.

toma de Constantinopla por Mahomet II, la Europa consternada aguardaba la repetición de los desastres del siglo IV.

Luis II era rey de Hungría en 1526. Sus guerras con los turcos fueron largas y sangrientas. Pereció en una de ellas con las armas en la mano, y allí pereció tambien la libertad de Hungría, pero Transilvania recobró la suya, gracias al heroísmo de Juan Zapolja, quien, despues de haberse refugiado en las montañas con sus compatriotas y los restos del ejército húngaro vencido, reunió bastantes fuerzas para declararse soberano, mientras los bajás otomanos dominaban en una larga extensión del Danubio. Sucedióle, con el título de sultan-príncipe de Transilvania, su hijo Juan Segismundo, bajo la tutela de su madre Isabel. En él empieza una larga serie de monarcas nacionales, que termina en la abdicación de Miguel Apafy. Este periodo dura ciento setenta y cinco años, en los cuales la historia de los dos paises se mezcla de tal modo, que la critica mas investigadora no acierta á señalar los puntos en que se separan. Los turcos y los imperiales se disputaron con encarnizamiento la posesión de aquel desdichado pais. La paz de Carlowitz arrojó para siempre á los turcos del reino de Hungría, despues de haber lucido dos veces la media luna ante los muros de Viena. Durante esta larga lucha, interrumpida apenas por treguas de corta duración, los príncipes transilvanos se vieron frecuentemente obligados á ponerse bajo la protección de Austria, unas veces, y otras de la Turquía. Sucedió á veces que estos dos rivales se dividían los partidos de la nación, y hostilizándose estos entre sí, cada cual en pro de su emperador respectivo, aumentaban con los horrores de la guerra civil, los desastres de la ocupación extranjera. Los anales contemporáneos no hablan mas que de ciudades incendiadas, poblaciones enteras pasadas á cuchillo, ó llevadas en cautiverio á los montes de Bulgaria. Como si no bastasen tantas desdichas para consumir la ruina de la nación, los tártaros solían penetrar por las fronteras de Moldavia, y en sus irrupciones atacaban las aldeas y alquerías, arrasaban los campos y las sementeras, degollaban á los hombres y se llevaban consigo á las mujeres y á los jóvenes.

De estas diversas relaciones surgieron intereses y costumbres las mas incoherentes y extrañas, muchas de ellas impregnadas de la mas profunda inmoralidad, que tales son comunmente las consecuencias de las invasiones y de las conquistas. La mayor parte de los cautivos de ambos sexos que los turcos hacían eran conducidos á Constantinopla: las mujeres para poblar los serrallos de los bajás, los hombres para el servicio doméstico. Algunos de estos últimos lograban congraciarse con sus amos, y, adoptados y favorecidos por ellos, volvían á su antigua patria, revestidos de cargos militares que ejercían con excesivo rigor. Así fué como, por espacio de mucho tiempo, las costumbres públicas de los transilvanos, presentaban una confusa amalgama de hábitos feroces y groseros, y de modales corteses y gozes refinados, importados de la corte de Versalles, por los nobles transilvanos, que se habían refugiado bajo la hospitalidad francesa, en medio de los sangrientos disturbios de que su patria estaba siendo teatro.

Revelanse estos contrastes en la siguiente narrativa, extractada por Mr. Langdorff de un historiador transilvano desconocido en el resto de Europa. El conde Bethlen Niklos, estaba locamente enamorado de la princesa Barcksay, y, apenas informado del asesinato de su marido, montó á caballo y voló á ofrecer su mano á la bella viuda. Bien sabia que era preciso no perder tiempo con una dama de su condicion, porque ya, en su primer viudedad, el conde, que había tardado tres meses en venir desde París, donde lo había cogido la noticia de aquel suceso, se la encontró casada con el príncipe. En la ocasion presente el conde creyó que podría anteponerse á todo pretendiente, porque la distancia entre su castillo y el de Guerghein, donde la princesa residía, no era mas que de veinte leguas francesas.

«Acompañábame en esta expedición, dice el conde en sus Memorias, un gentil-hombre, vecino mio, llamado Patko, muy adicto á nuestra familia. No quisimos llevar escolta, en lo cual cometimos una gran imprudencia como muy en breve lo echamos de ver, bien á nuestra costa; porque, al entrar en una enrucijada, dimos con una partida de tártaros, que ya hacían sus correrías en aquella comarca. En un instante nos rodearon por todas partes, en términos de no poder hallar salida. Los bárbaros, despues de habernos atado á nuestros caballos, nos condujeron á una selva espesísima, donde habían resuelto pasar la noche. Los seguimos con grandes sentimientos de los males que probablemente nos estaban reservados. Cuando llegamos á la guarida, nos ataron espalda con espalda, con fuertes cuerdas, que nos causaban agudos dolores en los brazos, y ademas, con otras, nos trabaron las piernas, en términos de sernos imposible hacer el menor movimiento. Los tártaros mataron y asaron un ternero, y, despues de haberlo devorado, se agruparon de cuclillas en torno de la hoguera, y quedaron profundamente dormidos. Este espectáculo, unido á la lobreguez de la noche y al horror de nuestra situación, nos había obligado á no desplegar los labios, y apenas nos daba lugar á pensar lo que iba á ser de nosotros. Patko, que conocía mejor que yo el carácter de los tártaros, cuyo prisionero había sido por espacio de tres años, rompió al fin el silencio, y me dijo: «Estos bárbaros no despertarán en cuatro ó cinco horas, y, si yo tuviera un cuchillo, pronto estaríamos en libertad. Tengo dos, pero están ocultos debajo de mis botines, y, con estas ataduras, me es imposible sacarlos.» Hice yo entonces un esfuerzo supremo, y logré poner los cuchillos en sus manos. Con ellos cortó las cuerdas, y quedaron libres nuestros miembros. Terminada esta operación, creí yo que no tardaríamos en ponernos en fuga, pero habiendo visto una espada larga que los tártaros llevan siempre debajo de un muslo cuando cabalgan, Patko se apoderó de ella, y la clavó, hasta la empuñadura, en el cuerpo

de uno de nuestros enemigos. Ya no pensamos sino en alejarnos con la mayor prontitud posible de aquel sitio, favorecidos por una noche hermosa de luna, y aguijoneados por el deseo de salvar nuestras vidas. Nuestra retirada empezó bajo prósperos auspicios, habiendo logrado llegar en breve tiempo a una llanura, donde pudimos orientarnos: pero apenas habíamos andado una legua, cuando oímos el ruido que los tártaros hacían al salir del bosque. Llegó entonces á lo sumo nuestro pavor, con tanto mayor motivo, cuanto que nos hallábamos en un lugar descubierto y todavía muy lejos de los árboles y malezas en que podríamos ocultarnos. La única esperanza de seguridad que se nos ofrecía, era una laguna á cuya margen habíamos llegado casualmente. A ella nos arrojamos, metiéndonos en el agua, sin dejar fuera de ella mas que las cabezas, y procurando ocultarlas entre los juncos que guarnecían las orillas, y, con tanto acierto lo hicimos, que no nos descubrieron nuestros perseguidores, cuando vinieron á dar agua á sus caballos, no lejos de donde nos escondíamos. Cuando se hubieron retirado, salimos de nuestro húmedo asilo, yo, por mi parte, tan entumecido y gafo, que apenas podía tenerme en pie. Mas el miedo es un poderoso estimulante, y, sacando fuerzas de flaqueza, pude con mil trabajos seguir los pasos de mi amigo, caminando á ciegas, sin saber á dónde ni cómo terminaría nuestra peregrinación. Por fortuna, al rayar el día, descubrimos las torres del castillo de Bethlem, perteneciente á uno de mis parientes mas cercanos. Apenas me acogió su techo hospitalario, cuando caí enfermo de una fiebre violenta. Allí supe que la condesa habitaba en una casa de campo situada mas allá de la frontera de Hungría, y mi fiel amigo se encargó de llevarle una carta mia, y de traerme la respuesta, la cual estuvo muy lejos de satisfacerme. En ella me hablaba de su amistad, y yo, en la mia, no le hablaba mas que de mi amor, lo cual, lejos de enfriar el que ella me había inspirado, lo que hizo fué enardecerlo. Empapado en estas tristes reflexiones, cada día tomaba nuevas fuerzas mi enfermedad, á pesar del esmero con que me asistía Patko, quien era médico tan hábil como diligente mensajero. Quiso la suerte que se descubriesen en la bodega del castillo algunos barriles de vino de Radevol, el mejor de Transilvania, y que no cede en lo generoso y aromático al famoso de Tokay. Patko me administró desde luego una copa de este licor precioso, con lo cual conocí que mis fuerzas renacían. Mi médico aumentaba de día en día la dosis, hasta que al cabo de seis semanas pude dejar la cama, muy débil todavía, pero con la esperanza de un restablecimiento total, gracias á tan agradable remedio.

El conde lo consiguió despues de seis meses de padecimientos físicos y morales, durante los cuales no tuvo noticia alguna de la princesa. Esta conducta le pareció cruel, y poco digna de una señora: mas no tardó en adquirir un triste desengaño. La princesa, cuya suerte, si hubiera caído en manos de los bárbaros, habría sido peor que la de su amante, se había refugiado en una fortaleza propia de un magnate, primo de Bethlem. Era joven, apuesto y fogoso en sus pasiones; enamoróse de su huésped; fué correspondido y la princesa no tardó en salir del estado de viudez, que empezaba ya á serle enfadoso. La noticia de este enlace llenó de consternación á Bethlem; conoció que el vino de Radevol no lo curaría de su pasión como lo había curado de su fiebre, se decidió por un remedio heroico y creyó poder ahogar sus pesares en las distracciones de París. De tal modo lo consiguió que, al cabo de pocos meses lo vemos casado con una prima suya, de quien exigió que adoptase las modas y los usos de las damas francesas.

Hemos referido este episodio, suprimiendo muchos incidentes del original, en confirmación de lo que llevamos dicho sobre la extraña miscelánea de costumbres bárbaras y cultas que predominaban en la sociedad transilvana. Muy en breve vencieron las primeras á efecto del poder y de la vecindad de los turcos. La organización política y civil de la nación llegó á ser lo que fueron despues Valaquia y Moldavia. Los turcos eran los amos, y, aunque la nación tenía el derecho de elegir el príncipe que había de regirla, este derecho era puramente nominal, atento á que la elección no podía tener efecto sin la aprobación del diván de Constantinopla, del cual era indispensable obtener el firman de instalación. Este documento costaba una buena suma al candidato. La instalación se hacia con gran ceremonia. El bajá de Andrinópolis ó el de Buda entregaba al elegido un manto de púrpura, un estandarte y una maza de hierro. El príncipe hacia su entrada solemne en Karlsbourg unas veces, y otras en Hermansstadt, montado en un caballo ricamente enjaezado. Precedialo una escolta compuesta de genizaros, de los miembros de la dieta que habían votado en su elección y de otros personajes, y lo seguían cien caballos de mano conducidos por gallardos palafreneros. A los discordes ecos de los clarines turcos, respondían los tambores franceses, y los repiques de las iglesias, como si protestasen contra la intrusión otomana, y quisiesen mantener vivas las esperanzas de la emancipación. Mas este barniz de poder ocultaba una penosa y degradante realidad. Apenas había tomado posesión de su soberanía el nuevo príncipe, cuando empezaban á molestarlo las mas duras exacciones. Además del tributo anual que pagaba al sultan, reclamaban su generosidad los personajes turcos que lo habían protegido en Constantinopla, y los miembros de la dieta que le dieron sus votos en las elecciones. El tributo anual era exorbitante y muy superior al que debía alimentar las arcas del Estado y servir al pago de las obligaciones públicas. A la manera de lo que se practicaba en Hungría, la nobleza debía estar exenta de toda contribución, privilegio que el príncipe afianzaba con su juramento en el acto de la instalación: pero los turcos no se cuidaban de escrúpulos constitucionales, y, cuando no satisfacía su codicia lo que podían sacar del bolsillo de los pecheros, se obligaba á los nobles á llenar el vacío. En 1671 la dieta se vió obli-

gada á imponerles un empréstito forzoso. Poco antes se había exigido el tributo seis veces en el mismo año.

Semejante estado de cosas debía producir frecuentes conflictos, violentas reacciones y deplorables escenas de sangre y destrucción. Las familias mas ricas é influyentes de la aristocracia residían en sus casas solariegas, muchas de ellas situadas en los mas ásperos distritos montañosos, y todas bien fortificadas y guarnecidas. Cuando las tropas del príncipe, escasas y mal disciplinadas no bastaban á obligar por fuerza á los nobles al pago de las obligaciones que se les imponían, los bajaes enviaban destacamentos turcos, los cuales, aventurándose imprudentemente en aquellas selvas escabrosas y enmarañadas, caían en manos de emboscadas bien apercebidas. De muchas de estas fuerzas no volvió un solo hombre á sus hogares. El gobierno turco pedía satisfacción, y el príncipe acallaba con oro sus reclamaciones.

Extraña contradicción del espíritu humano! Esa época de luchas apasionadas, de calamidades sin número, de pruritos destructores es la que, entre todas las que consignan los anales de Transilvania, goza de mas popularidad entre los naturales; la que mas lisonjea su orgullo: es el tema favorito de sus tradiciones, de sus canciones y de sus leyendas. No hay residencia de gran señor que no ostente en su armería una espada de Bathory, una coraza de Tekely ó un puñal de Gabor, héroes de aquellas turbulentas epopeyas. Sus retratos, groseramente grabados é iluminados, adornan las paredes de las chozas, y el célebre himno nacional de Rakocy, compuesto hace cuatro siglos, resuena con tanta frecuencia y se canta con no menos entusiasmo en los valles de Transilvania, que el *ranz des vaches* en los de Suiza.

Los historiadores alemanes, tan minuciosos investigadores de los mas recónditos secretos de la antigüedad, han encontrado en los anales transilvanos una mina inagotable de aventuras románticas y de caracteres originales. «En ellos, dice Mr. Langsdorff, se retrazan con su verdadero colorido las pasiones ardientes, las costumbres extrañas, las luchas de raza, que tan vivamente excitaban el interés y la curiosidad de la Europa, cuando las prensas de Holanda multiplicaban sin cesar los manifiestos, las protestas y las reclamaciones de los descontentos húngaros y transilvanos.» Esta efervescencia de opiniones y quejas, esta enardecida polémica, cuyas consecuencias no previeron los repúblicos contemporáneos y en que tomaron parte conjuntamente la religión, la humanidad y la política, fué precursora de la incorporación de Transilvania con los otros dominios del imperio austriaco.

Conviene detenerse en el exámen de esta transición, para juzgar con acierto de la causa que se ventila actualmente en las orillas del Danubio. Por otra parte, no carece de interés la biografía de Apafy, último príncipe transilvano, cuyo reinado puede considerarse como un fiel retrato de la conducta política de sus predecesores, esto es, una mezcla de aspiraciones ambiciosas, de alianzas tan pronto firmadas como rotas, de incansables vacilaciones y de medidas ineficaces y precipitadas: efecto inevitable de la situación geográfica del país. De la larga lucha empeñada entre la Puerta y el Austria, debía resultar su conversión en provincia austriaca ó en bajalato turco. Una nación cristiana no podía vacilar entre el Evangelio y el Koran.

JOSÉ JOAQUÍN DE MORA.

Con el título que al pie de estas líneas verán nuestros lectores, y formando un volumen de 600 páginas, se ha publicado en Santiago de Chile un libro dirigido al estudio de los actos de la administración que en aquella república acaba de terminar por la espiración del período presidencial del Sr. D. Manuel Montt, y la elección hecha para el cargo en la persona del ciudadano DON JOSÉ JOAQUÍN PÉREZ. Es la historia completa del gobierno del primero, bajo el punto de vista de su política interior y exterior: por consiguiente, es la historia de todas las cuitas y amarguras por que ha pasado en Chile el principio democrático durante un largo decenio. Es más: es una protesta de la opinión, razonada y sabia, para llenar el vacío del juicio de residencia á que indudablemente se ha hecho acreedor el gobierno que concluye, y que no habría podido tener lugar en buenas reglas de justicia, debiendo ser ventilado ante una Cámara de senadores, toda hechura del Sr. Montt. Ante una ley obstruida no quedaba mas arbitrio que una argumentación franca y unas pruebas irrecusables. Si el Senado de Chile no tiene voz para condenar á un gobierno que no ha señalado su carrera sino por las calamidades que ha sembrado sobre el país, la historia, que está hablando incansablemente, prestará su eco imprecadero á la fama de esas calamidades, y perpetuará á la par de ellas el nombre de aquel gobierno. Así como así, es, pues, el libro de que damos cuenta una sentencia en toda forma, pronunciada contra los diez años del gobierno de D. Manuel Montt. Lo recomendamos á los que gusten de la lectura, y en particular á los que gusten de la democracia, por todos estos estilos: como historia, porque es completísimo en la enumeración de los pormenores y muy acertado en la manera de distribuirlos, para que aparezca clara y limpia la luz de la apreciación; como protesta, porque es un acto de moralidad, que puede servir de enseñanza á otros pueblos y á otros gobiernos; como sentencia, finalmente, porque es una reparación del derecho, que el espíritu de justicia no puede menos de agradecer y que el patriotismo no debe nunca olvidar.

Insertamos en seguida el capítulo que sirve de introducción á dicho libro para que valga, no solamente como confirmación de la idea general que hemos dado acer-

ca de su contexto, sino como muestra de la limpieza y elevación de estilo en que se halla concebido.

CUADRO HISTÓRICO

DE LA ADMINISTRACION MONTT, ESCRITO SEGUN SUS PROPIOS DOCUMENTOS.

No tratamos de hacer la historia general de la república durante el gobierno de los diez años que trascurren desde el 18 de setiembre de 1851 hasta el advenimiento del Sr. Pérez á la presidencia, sino solamente de presentar un cuadro de los hechos administrativos y políticos de ese gobierno, tales como aparecen en sus propios documentos oficiales y en su prensa. Son demasiado elocuentes por sí solos esos hechos, son muy serias las lecciones de experiencia que en ellos se contienen, y por esto es necesario que la historia contemporánea se apresure á consignarlos en toda su verdad, antes que el trascurso del tiempo haga difícil su estudio ó dé alguna autoridad á las versiones y explicaciones apasionadas con que traten de desfigurarlos sus autores, ó los que como estos están interesados en que la posteridad no los comprenda en toda su deformidad.

El historiador futuro hallará hecha en este cuadro una parte de su tarea de investigación, y podrá apreciar la verdad del juicio de los contemporáneos, sin necesidad de estudios prolijos. El nuevo presidente de la república hallará tambien aquí un alto ejemplo de dolor y de desengaño, que debe tener siempre muy presente para no burlar las esperanzas de su patria. Es cierto que el historiador contemporáneo puede ser apasionado; pero precisamente queremos evitar este escollo, citándonos á recorrer los hechos tales como aparecen en los documentos públicos, y tales cuales la opinión pública los ha reconocido y apreciado.

Falta de patriotismo, de capacidad y de voluntad para comprender y producir el bien, falta de elevación y generosidad para tratar los negocios públicos y á los hombres, mucho egoísmo y gran apego á los intereses personales, gran hipocresía para salvar las apariencias, habilidad de leguleyo para engañar con las fórmulas y para explotar la ignorancia y el sórdido interés de los adeptos: hé aqui las dolos de la administración, cuyo cuadro se ofrece á la historia y al ejemplo del nuevo gobierno.

Es cierto que en la América española son frecuentes los hechos que revelan una alarmante inmoralidad, porque en pueblos generalmente ignorantes, sin experiencia y sin hábitos morales ni costumbres republicanas, no es extraño que sus gobiernos sean despóticos y viciosos; pero todavía en ninguna república hispano-americana se había organizado tan fuertemente como en Chile durante estos diez años un poder mas corruptor ni de influencia mas letal y funesta. El bárbaro y sangriento despotismo de algunos Caigulas americanos, ha podido agotar todos los espíritus activos de la sociedad, pero eso mismo ha hecho nacer en el pueblo la idea y la necesidad de una ley y de un poder regulador y justiciero. El estrafalario arbitrio de otros ambiciosos, sus dilapidaciones y sus caprichos extravagantes han podido escandalizar á las naciones, pero eso mismo ha despertado las aspiraciones por tener un poder moral y decente. Mas nunca gobierno alguno de América había ensayado con mejor éxito un sistema tan completo y tan bien sostenido de engaño y de falsía, como el que acaba de bajar en Chile: aparentando un fiel respeto á la Constitución y á las leyes, las ha tergiversado á su arbitrio, adaptándolas, por medio de una falaz interpretación, á sus actos; y cuando la interpretación no ha bastado, se ha creado leyes nuevas que den á su política el prestigio de la legalidad, aunque para ello haya sido necesario erijir en principios de jurisprudencia el sofisma y el absurdo: aparentando adhesión á las fórmulas, se ha apoderado por medio de la coacción y del engaño del sufragio popular para dar á su poder un origen aparentemente constitucional, cuando en realidad no tenía otro que el del interés y del egoísmo de sus secuaces: fingiendo un ardiente amor por el orden y la tranquilidad, se ha creído autorizado para derrochar el erario, para organizar una fuerza poderosa contra la nación, para violar todas las garantías individuales y para mantenerse en perpétua lucha contra los que no eran sus devotos: aspirando á distraer la atención engañosamente de las usurpaciones que hacia y de sus ataques al derecho público, se consagró á fomentar las empresas industriales sin plan, embarcando los tesoros públicos en especulaciones aventuradas y en préstamos riesgosos que le atraían adeptos, y que empeñaban en su estabilidad á los especuladores y agiotistas; y finalmente, deseoso en todo caso de salvar las apariencias, se apoderó de la prensa periódica, costeando publicaciones dependientes y persiguiendo las independientes, para tener quien explicase sus actos de un modo favorable, y quien presentase á sus prohombres como los estadistas mas hábiles, mas desinteresados y mas sabios del mundo, y á Chile como la república modelo de la América española.

Este plan gubernativo, basado en la falacia y sostenido por medio de las fórmulas, ha convertido el poder público en un centro de corrupción, y cuyo abrigo han surgido muchos intereses antisociales y se han levantado una multitud de especuladores políticos, que sin patriotismo y sin capacidad, solo apoyan un orden semejante, porque de él y del error sacan su ganancia y su bienestar. Hé aqui lo que caracteriza al gobierno que termina, y lo que lo distingue de los demas gobiernos arbitrarios que se han enseñoreado de esta América desgraciada. Aquellos no han dejado raíces profundas, y su acción deletérea y corruptora ha dejado de sentirse, ó por lo menos ha comenzado á desaparecer, en cuanto ha podido constituirse el poder legítimo: pero el sistema hipócrita que ha podido infiltrarse en las instituciones, que ha creado costumbres é intereses antisociales, que ha habituado por largo tiempo al pueblo á mirar las instituciones republicanas como una farsa y la libertad individual como un premio de la sumisión ó de la indiferencia; el sistema que lo ha pervertido y prostituido todo, hombres y cosas, leyes y autoridad, y que ha hecho del sofisma la razon de estado, ese sistema está destinado á perpetuarse, si los hombres de patriotismo lo dejan desarrollarse y no lo combaten con energía, para hacer imperar la verdad y la justicia en las instituciones, en la sociedad y en el poder.

Pero la justicia histórica ha de ser cumplida: la administración Montt no es la única responsable de tan funesto sistema. El tiene su origen en la Constitución de 1833, y en la política conservadora iniciada y sostenida por esa Constitución y las administraciones anteriores á la del Sr. Montt: aquellas lo plantearon, esta lo llevó hasta sus últimos resultados; aquellas lo practicaron en cuanto les era útil para sostenerse; esta hizo de él su vida, su fundamento, su porvenir; aquellas lo relajaban siempre que les era dable consagrarse con patriotismo y desinterés á gobernar la república, sin verse precisadas á luchar con sus adversarios; pero esta no hizo jamas una tregua, y antes bien en plena paz, se dedicó á cultivarlo y á fortificarlo como el único sistema de buen gobierno.

Y los antecedentes históricos, así como las cualidades personales de los hombres de esta administración traían tal resultado. D. Manuel Montt había sido miembro de las administraciones que precedieron a la suya, y allí había aprendido a practicar ese sistema de política, y a tener miedo a las revoluciones.

En la administración Bulnes había sido Montt ministro de Estado con los señores Irarrázabal, Renjifo y Aldunate, y había combatido, ó por lo menos desaprobado siempre la política flexible y conciliadora de sus colegas, de quienes se diferenciaba mucho por sus antecedentes y su carácter. Hombre de entendimiento despejado, de fácil comprensión, de una precisión nada común para apreciar las cuestiones, y sobre todo, de un carácter enérgico y obstinado, sacaba de estas prendas, más que de su escasa inventiva y sus limitados conocimientos, los recursos que le eran necesarios para expedirse en su puesto. Educado en el Instituto nacional cuando los estudios se hacían todavía sin método, y estaban reducidos a los elementos del latín, de la filosofía y del derecho civil, se había distinguido allí más por su conducta sin tacha que por sus luces, y desde muy temprano había principiado a ocupar los primeros empleos de aquel establecimiento. Su carácter severo, reservado, sombrío y obstinado se disciplinó y desarrolló en aquel magisterio tan propio para desquiciar al hombre de su juventud y trasportarlo prematuramente a la edad proveya. Montt no había sido joven, ni había tenido ninguna de aquellas aficiones que muestran lozanía de espíritu, imaginación y sentimientos delicados. Siempre encerrado en el Instituto hasta que fué ministro de Estado, abstraído de la sociedad, reducido a pocas relaciones, era natural que llevara al gobierno y a los negocios públicos todas las prendas que le habían valido su elevación como escolar, y su costumbre de tratarlo todo con una voluntad firme y con el orgullo de maestro.

Así también era muy natural que este nuevo hombre de Estado hallase que lo justo y conveniente era responder con la fuerza á las demandas del pueblo, y tratar con todo el rigor de la ley á los opositores del gobierno, á los que aspiraban á cambiar el sistema gubernativo.

Tal era la táctica del colegio, y tal debía ser la política de los gobiernos. Por eso D. Manuel Montt, desde que por primera vez en 1841 formó parte del ministerio, se había distinguido siempre por su energía para sostener y aplicar la política restrictiva y las medidas de rigor en todas circunstancias, y se había hecho notar por su perseverancia en el sistema exclusivo y absoluto del gobierno pelucon, sin admitir las relajaciones de este sistema, ni las transacciones de política á que se inclinaban sus colegas del primer ministerio de la administración Bulnes.

Esa política de transacción recibió todo su desarrollo en el segundo período de aquella administración, cuando entregado el ministerio á distintos hombres, dejó de figurar Montt al lado del general Bulnes. Pero aquel ex-ministro, aunque estaba fuera del poder, no podía conformarse con que se debilitara y relajara la política absolutista del partido, y como si estuviera seguro de volver á conquistar su puesto en el gobierno, levantó y sostuvo una oposición bien calculada al ministerio conciliador, hasta que sublevó contra él á todo el partido pelucon y lo hizo dimitir. Mas la política de conciliación había hecho lugar á algunos hombres desligados de todo compromiso de partido, y el gabinete que la había puesto en práctica dejaba su puesto al mismo tiempo que esos hombres entraban á tomar parte en el Congreso de 1849.

La Cámara de diputados se estrena entonces derogando la ley de imprenta dictada por Montt y su adjunto Varas en 1846, atacando la política mezquina del partido dominante, proclamando otra política mas liberal, sancionando por una gran mayoría el principio de que el ejecutivo no debe intervenir en las elecciones populares, y reglamentando las declaraciones de estado de sitio, y el uso de las facultades extraordinarias para dar á la nación las garantías que le faltan contra los abusos y los ataques del poder. A poco tiempo esta reacción parlamentaria contra la política restrictiva es comprendida por la nación y el movimiento reaccionario cunde y se propaga con rapidez. La mayoría de la Cámara de diputados es el centro de esa reacción, y al abrigo de su oposición al ministerio se organizan los liberales, se disciplina la prensa independiente, se afilian en la nueva causa todos los pueblos; y en un año mas era general la conflagración contra el sistema de la política conservadora, y hasta los artesanos por primera vez en Chile se organizan y se regimentan para prestar su apoyo á la nueva causa.

El partido pelucon se alarma, comprende el conflicto en que se ve su predominio, y, por consiguiente, declara que está en peligro el orden público, que la revolución es inminente, que el populacho amenaza destruirlo todo, gobierno, gobernantes, bienes y personas. El pánico se apodera de todo el partido dominante y del gobierno mismo, y D. Manuel Montt sopla y atiza el terror y fecunda el miedo con su palabra en la Cámara, en el gabinete, en los tribunales, en los estrados, y en los paseos: es el apóstol del orden y el héroe del miedo á la revolución.

Hé aquí el viejo partido pelucon, dueño del poder público y afianzado con hondas raíces en la organización política y aun en la sociedad, en lucha abierta con el partido nuevo, que apenas principiaba á disciplinarse, que no contaba mas fuerza que la que le allegaba el atractivo que para el pueblo tenían las nuevas doctrinas liberales que aclamaba y la reforma que demandaba. Las elecciones de presidente se acercan: el partido dominante naturalmente es conducido por sus circunstancias á poner su salvación en manos del hombre que tantas pruebas le había dado de energía en el ejercicio del poder absoluto, de osadía contra los perturbadores del orden de gobierno que había sostenido por veinte años ese partido, y que mejor que ninguno representaba su odio contra las reformas y su miedo á las revoluciones: Montt es aclamado candidato, y el nuevo partido liberal comprende en toda su extensión el peligro en que esa proclamación pone sus esperanzas y sus principios, aunque el candidato no contaba con la opinión de la nación. Sus partidarios se calculaban entonces en mil doscientos, mas ó menos, entre empleados públicos, clero, pelucones y hombres aspirantes ó necesitados. Un impreso de la época, apreciaba esta candidatura de este modo: «Hemos demostrado, decía, con las memorias y boletines de las leyes que el país no debe á D. Manuel Montt ni una sola reforma, ni un solo bien, y que este en todos sus puestos se ha limitado á dar curso á lo muy urgente de la administración... D. Manuel Montt ha empleado sus diez años de gobierno, y de influencias políticas del modo siguiente: 1.º En ensanchar las atribuciones del poder ejecutivo y multiplicar los empleos rentados de que dispone.—2.º En elevar á esos empleos hombres dóciles, sin principios, sin méritos que por necesidad se mantienen fieles al que los llevó y sacó de la oscuridad.—3.º En halagar al clero por medio de concesiones que ensanchan su poder y por la satisfacción de sus deseos, tal como el del restablecimiento de los jesuitas.—4.º En halagar á los ricos que tienen influencia en el gobierno solo por su riqueza, y no por méritos personales.—5.º En mantener todos los negocios públicos estacio-

narios á fin de lisongear el espíritu retrógrado de los que temen las reformas y huyen de la luz. Por esto son partidarios de su candidatura los empleados, los clérigos políticos, los pelucones y los especuladores.» Pero esa pequeña fuerza estaba apoyada en el poder, en el oro y en la autoridad del gobierno.

La actitud resuelta y amenazante que este y su partido toman para resistir y para triunfar á toda costa precipita los acontecimientos, y su triunfo en las elecciones es la señal de combate que echa á la república toda en la guerra civil. El representante de los odios y del miedo del partido pelucon sube al supremo poder, merced á los recursos de que dispone el gobierno y á la fuerza del ejército, siempre pronto á combatir al pueblo y á ahogar en fuego las aspiraciones de libertad y de justicia de la nación: pero la sangre de cuatro mil víctimas derramada en Santiago, Valparaíso, Illapel, Petorca, Serena, San Felipe, Parral, Los Guindos, Longomilla y Copiapó viene á ennegrecer aquel triunfo del odio y á sepultar las esperanzas y la libertad de la República.

Una vez dueño del poder, D. Manuel Montt, debía naturalmente ser lógico con sus antecedentes y con las causas de su elevación. El partido pelucon se tranquiliza con el tiempo, ya no vé á ese fantasma amenazante del pueblo alzarse contra el orden querido que le asegura su dominación, ya no teme las reformas que pueden cercenarle su predominio, y se entrega alegre y contento á disfrutar de la paz y del bien estar sin peligros que debe á su posición y á su prepotencia. Pero se olvidaba de que había puesto el poder omnimodo en el representante de sus odios y de su miedo, en el hombre que hacia consistir toda su filosofía política, toda su ciencia gubernativa y toda su gloria de estadista en prevenir y en enfrenar las revoluciones, sofocando toda aspiración democrática que contrariase la omnipotencia del gobierno, y persiguiendo de muerte á todos los hombres que no se le rindieran pidiéndole perdón, á todos los pueblos que no se sometieran á la tutela del gobierno. Hé aquí el origen de un cisma en el seno del partido dominante: mas tarde tomará valia la doctrina de que las revoluciones se evitan mejor con la concordia y con la libertad que con la resistencia y la opresión: pero como el jefe supremo no se ha elevado á nombre de esa doctrina, sino á nombre del odio y del miedo, él la combatirá en todas circunstancias y chocará con su partido mismo para ser consecuente con sus antecedentes.

Y así fué en efecto: esos antecedentes desarrollaron con una fuerza irresistible, hasta estos últimos momentos de la administración Montt, sus perniciosos resultados. En vano el partido triunfante en 1851 reasumió su actitud pacífica y llena de confianza; en vano Chile atravesó complacido y risueño la época mas floreciente en industria y bienestar que jamás ha tenido durante su independencia; en vano todos los chilenos, hasta los mismos que habían sido vencidos y perseguidos, olvidaban sus reyertas, apagaban sus rencores y se entregaban gustosos y resignados á la situación tranquila y preñada de esperanzas y de bienestar que esa época había creado: el gobierno de D. Manuel Montt no quería ni podía aprovechar ese olvido y esa disposición saludable para declinar de sus odios y deponer su miedo; pues no tenía ni voluntad ni capacidad para administrar en paz, sino para luchar y combatir. Siempre dispuesto á perseguir á sus adversarios, porque no tenía bastante generosidad para perdonarlos, solamente toleraba á los que le pedían favor y dejaba de hostilizar á los que inermes y acorralados se sometían á llevar una vida de proscripción y oscuridad en su propia patria. Este choque entre la política de la administración y la de su partido estalló al fin de una manera espléndida, cuando los amigos del gobierno reclamaban la amnistía y este la rechazaba como contraria á su sistema; y así llegó el momento en que la lógica del odio y del miedo llevó al gobierno al estremo asombroso de enagenarse á sus propios amigos, al mismo tiempo que conservaba y cultivaba la aversión de sus enemigos.

En un escrito de ese tiempo se describía aquella rara situación en estos términos: «Con el patriotismo, decía, han desaparecido también la lealtad, el valor y el desinterés que antes eran proverbiales en Chile. Todo eso ha huido del corazón de los hombres públicos, y ha ido á asilarse allá en esa sociedad que no comprende nuestras riñas indignas y nuestras ridículas peripecias políticas. Solo así se explica el fenómeno de la existencia de un gobierno que, habiendo atravesado la época mas floreciente de Chile, ha llegado á la mitad de su carrera, para encontrarse sin los amigos que lo elevaron y teniendo siempre al frente á los adversarios que lo rechazaron; y esto sin siquiera haber sacado partido de esa época feliz para ennoblecir la autoridad, ni para hacerla amar, ni para afianzarla en los intereses, ya que no en la opinión de todos. Parece que el gobierno no hubiese querido aceptar las bendiciones que la Providencia derramaba sobre el país despues de la terrible crisis de 1851: el cansancio de la política, la necesidad del trabajo, el aliciente de las riquezas pusieron el olvido de lo pasado en nuestros corazones; y solamente el gobierno no olvidó ni ha olvidado todavía en 1857. Siempre sañudo con sus adversarios, ha preferido darles por favor lo que les debía de justicia, y siempre omnipotente y voluntarioso, ha chocado hasta las susceptibilidades de sus propios amigos. ¿No es esta la verdad? ¿qué idea grande se ha realizado, qué pensamiento noble ha aparecido, qué empresa útil se ha iniciado, que no haya fracasado en la mitad de su camino por la influencia de pasiones y de intereses que están muy lejos del patriotismo? Cuando no se busca el apoyo de la autoridad en la concordia de todos los intereses y de todas las opiniones, no hay patriotismo: lo que hay entonces son pasiones estrechas é intereses exclusivos; y cuando las transacciones políticas llevan este sello desgraciado, las revoluciones que sobrevienen son tambien mezquinas y apasionadas. La patria no gana en estas peripecias, y el menor mal que puede temer de ellas es el entronizamiento de un despotismo que alterne la ferocidad con el ridículo, de un despotismo, no como el de los Napoleones, sino como el de los Calígulas y Rosas...»

La realidad de esas apreciaciones ha sido dolorosamente confirmada por la administración Montt. Llegó un día en que el partido pelucon, que la había elevado, para impedir las reformas y combatir la revolución, y el partido liberal que la había rechazado para hacer triunfar sus principios, se hallaron ambos proscriptos y perseguidos por el gobierno; y este se vió reducido á disimular su aislamiento, buscando apoyo en los especuladores políticos y en los que por incuria, por hábito ó por indiferencia habían quedado al lado del gobierno, y en algunos que por aversión á este ó aquel de los partidos opositores se hicieron gobiernistas. Las pasiones y los intereses mezquinos surgieron á flote, y la revolución estalló mas dolorosa, mas apasionada y mas anárquica que antes.

Aquí principia una nueva faz de la administración Montt, que se caracteriza por su empeño en salvar las apariencias, presentándose, no ya como el gobierno del odio, de la persecución y del atraso, sino como un gobierno nacional, que defendía los principios y el progreso contra los pelucones, y el orden y la paz contra los liberales. Su divisa fué desde entonces la *libertad en el orden*, y el presidente declaraba en sus men-

sajes de apertura de las sesiones del Congreso, que «huía de las exageradas ideas de los que imaginan que puede con fruto impulsarse el adelantamiento de un pueblo, sin tomar en cuenta su estado y los elementos que lo constituyen, así como de las de aquellos que, desconociendo el movimiento de progreso á que todos los pueblos obedecen, solo ven los peligros de las innovaciones, y sin buscar los medios de hacerlas efectivas, dejan con indolente inercia que el curso del tiempo obre por cambios violentos lo que debía ser resultado natural de ese impulso de perfección dirigido con prudencia.»

Así aparecía la administración colocada oficialmente en el justo medio de los dos partidos que la combatían, y formulaba la política del círculo que se había formado con el apellido de *partido nacional* en aquellos términos calumniosos y vagos. Calumniosos, por que en la realidad los liberales jamás imaginaron impulsar el adelantamiento de Chile sin tomar en cuenta su estado y los elementos que lo constituyen, pues todos sus proyectos de reformas, tales como aparecen auténticos, lejos de contener ideas exageradas, se hacen notar por su moderación, y en vez de desatender el estado actual del país, lo consultan conociéndole perfectamente, para adaptar á él las reformas, y concordar con sus elementos los principios de la filosofía. Calumniosos, porque los conservadores precisamente se separaban de la administración y le negaban su apoyo, porque adjurando sus antiguos temores y reconociendo ya el movimiento de progreso á que obedecía el pueblo, pedían la conciliación y buscaban los medios de satisfacer á la nación, haciendo efectivas las reformas que demandaba, ceñidas únicamente á reclamar justicia y decencia en la administración, y excentralización del poder y garantías individuales. Vagos en fin porque ese término medio, de suyo engañoso é hipócrita en que se colocaba el gobierno, quedaba encomendado á su propia prudencia, sin ofrecer la menor garantía de que serían consultadas las aspiraciones del país, ni respetados los intereses generales. *Libertad en el orden* era la enseña de la nueva política, pero sin perjuicio de sacrificar la libertad, las garantías individuales, todos los derechos del ciudadano á la conservación del orden, porque orden en el lenguaje oficial de la administración Montt no ha significado otra cosa que sumisión ciega de parte de la nación al orden de cosas que mantiene la supremacía del ejecutivo y la prepotencia de los que se han vinculado en el poder.

Y á la verdad que la administración no ha probado con su política y sus actos que entendiéndose de otro modo su fórmula oficial. Los adeptos han repetido ese programa, y su prensa lo ha parafraseado de mil modos, mientras que centenares de chilenos eran perseguidos, desterrados ó aprisionados; mientras que se levantaba el patibulo político en muchas plazas; mientras que la opinión carecía de órganos y el gobierno monopolizaba la imprenta; mientras que se investía al presidente de facultades extraordinarias y se usurpaba á los pueblos su sufragio, y se sancionaban leyes absurdas, y se corrompía al ejército, y se derrochaban los fondos públicos, y se prostituía todo, en fin, y se arruinaba el país con empresas descabelladas y con un agiotaje inmoral. Tal era el significado de la libertad en el orden en el último período de la administración.

Sin embargo, con la misma impropiedad y desvergüenza con que se llamaban *nacionales* los que pretendían formar ese nuevo partido al rededor del gobierno, se aclamaban tambien *liberales*, olvidando que si habían chocado con los pelucones era porque estos deseaban que el gobierno fuese mas moderado en la práctica de la política conservadora, que restringiese menos, que resistiese menos, que fuera menos absoluto, mas generoso con sus adversarios, mas patriótico; olvidando que el gobierno tenía su evangelio en las leyes y decretos en que el partido conservador había formulado su política, y en los que cada día promulgaba de nuevo para dar á esta política mayor ensanche; olvidando que ese gobierno resistía á todo trance la reforma de la Constitución de 33, dictada para asegurar el orden por medio de las restricciones de la libertad individual y de la centralización de los poderes públicos en el ejecutivo; olvidando que ese gobierno, elevado para defender el orden como fin social, lo hacia consistir en la obediencia pasiva, sacrificándole la libertad, la justicia y aun la decencia; olvidando, en fin, que ese gobierno proclamaba el principio de autoridad, lo defendía y lo imponía, no como principio de justicia, sino como el derecho de mandar y sojuzgar arbitrariamente á la sociedad.

En esta situación, el gobierno de Montt da nuevas y mas irrecusables pruebas de su incapacidad y de su mala voluntad. Ya que se declaraba enemigo de los partidos liberal y conservador, no se apresuraba á conquistar la gloria á que estos aspiraban, planteando ciertas reformas y realizando infinitas mejoras de fácil ejecución: esta vez como antes tenía á sus órdenes las cámaras, disponía de un poder ilimitado, de un tesoro abundante, de un ejército devoto y pronto á lanzarse sobre el pueblo inerte; jamás ha existido en Chile un gobierno mas fuerte, mas poderoso, ni con mas elementos para hacer el bien, ni con mas seguridad de ser aplaudido, apoyado y glorificado en sus actos patrióticos; y sin embargo, ese gobierno se encierra en sus odios, se encastilla en su miedo á la revolución, se ciñe al despacho diario y urgente de la administración, y no pasa mas allá sino para dictar una ley que fortifique y ensanche su poder, ó para derrochar los fondos públicos en algunas de esas empresas descabelladas con que trata de deslumbrar á los incautos y de aparentar que se afana por los intereses materiales. Siempre consecuente con su origen y con su misión, este gobierno se empeña por legislar su arbitrariedad, por tener leyes que autorizan el ejercicio del poder arbitrario y absoluto; y firme en su propósito de salvar las apariencias, para disimular su incapacidad, solo aspira á tener siempre en expectativa alguna gran farsa en obras públicas ó de alta política, y á hacerse dueño de la prensa, costeándola y entregándola á estudiantes famélicos que lo ensalcen, lo defiendan y lo presenten ante las naciones como el gobierno mas sabio, mas justiciero, mas liberal y mas grande en bondades que haya existido en América.

De repente la crisis industrial, causada por la pérdida de los elementos que produjeron poco antes nuestro estado floreciente, radicada y desarrollada por la incuria, imprevision y descierdos del gobierno, y precipitada por la proclamación de la candidatura Varas, y la ley de responsabilidad civil viene á pronunciarse de una manera demasiado grave en los prohombres del círculo que lo apoyaba, y á mostrar con la evidencia mas irrecusable que esos hombres de estado, esos legisladores, esos entusiastas sostenedores de la administración Montt, habían regido sus propios negocios con tanto desarray y tanta incapacidad, que ni siquiera sabían el alcance de su responsabilidad ni tenían libros de cuentas, mientras que se habían atrevido á regir el Estado y apoyar con su voto al gobierno de la proscripción y de las facultades extraordinarias. Reducida así la administración al apoyo de los hombres que figuraban en último término, trata de buscar su salvación y de asegurar su porvenir en el mando, elevando á D. Antonio Varas, copia y trasunto de D. Manuel Montt, á cuyo lado, como ministro y como amigo, había servido toda su vida á la causa del despotismo, del miedo y del odio. Pero esta vez la elevación de un

hombre tal, es decir, la continuación en el mando del candidato de S51, con otro nombre, no significaba ninguna idea ni representaba otro interés que el de un puñado de empleados y de especuladores políticos. La estúpida doctrina de evitar las revoluciones con la resistencia y el despotismo, ya no tenía sino uno que otro desorientado partidario. La nación miró con desden semejante tentativa, é hizo oír una sola voz,—la de *Conciliación*.—El gobierno de Montt tuvo que someterse, temiendo ahora mas que nunca la revolución, porque dudaba de su poder para refrenarla.

Así acaba su período esta administración, habiendo dado multiplicadas pruebas de su incapacidad; pero probando una gran verdad y haciendo un gran bien: esa gran verdad es la de que las revoluciones no se comprimen con la resistencia que las provoca y les da un carácter atroz, sino con la sabiduría que concilia y la justicia que satisface; y aquel gran bien consiste en haber desacreditado la política restrictiva poniendo en evidencia sus defectos. A este propósito decía en 1858 un escrito independiente: «Lo que ha caído bajo la administración Montt, no es el partido pelucon, sino la política absolutista y restrictiva de este partido.» La grande obra de esta administración consiste en haber llevado á su colmo el descrédito de esa política, aplicándola con tanta exageración, que ha relajado todos los resortes de la administración, dejando al Estado en una impotencia completa para producir el bien, en una nulidad que alarma y que produce los fenómenos de la situación actual.»

Pasemos ahora á presentar en toda su desnudez la marcha de esa administración, para apoyar esta mirada general que hemos echado sobre ella. Los hechos van á justificar esta apreciación, y como esos hechos son testigos irrecusables, á ellos encomendamos la defensa del juicio imparcial de la historia contemporánea que trazamos.

PLATON, LEIBNITZ Y HEGEL.

LEIBNITZ Y HEGEL.

IV.

No es mi intento rebajar ni en un ápice la gigantesca estatura que mide el eminente filósofo, que cierra el gran período del siglo XVII; pocos nombres habrá en la historia de la filosofía que puedan colocarse junto al de Leibnitz, y pocos le excederán en riqueza de invención, en profundidad de miras y en tendencias humanas y armónicas. Pero uno de esos pocos nombres es el de Hegel, y quizá fué mal consejo para los que deseaban restaurar la influencia Leibniziana provocar ese paralelo, á todas luces inconveniente para la gloria del filósofo del Hannover. Justo será añadir que en mi sentir, M. Vera, llevado de su entusiasta adoración á Hegel, ó resentido por las exageraciones de Mr. Saisset, se muestra agresivo, y por lo tanto injusto respecto á Leibnitz, porque, en mi sentir, no es bien descuidar las diferentes épocas en que vivieron Leibnitz y Hegel, y por lo tanto, lo diferente de los problemas que preocupaban en cada una de ellas la inteligencia humana. Leibnitz, cerrando la escuela cartesiana, y encendiendo consus tareas un nuevo faro que debía iluminar á la indagación filosófica al finalizar aquel período, no puede parangonarse con el discípulo de Schelling, que resume todas las tendencias del movimiento que inicia Kant, bajo un criterio altísimo, organizando la ciencia y resolviendo problemas no sospechados en los días de Leibnitz.

Cierto es que las temerarias afirmaciones de Mr. Saisset al decir que Schelling no es mas que un Kantiano, transformado en Spinoza, que la dialéctica de Hegel es una pura creación fantástica, y que la filosofía alemana, en general, es cosa de escasa ó ninguna importancia, son afirmaciones bastantes á exaltar el ánimo del hombre estudioso, tanto mas cuanto no se puede suponer peque de ignorancia el distinguido profesor de la Sorbona de Francia. Mr. Saisset reconoce á su pesar y tícidamente confiesa, que la novísima escuela ecléctica si abandona las ideas que plagió de los sistemas alemanes, y devuelve á la escuela escocesa los puntos cardinales de su refutación del materialismo, queda reducida su obra á unos cuantos libros de indagaciones mas eruditas que propiamente históricas, y á algunas páginas bien escritas sobre el carácter de la moral y de la psicología; pero el mundo metafísico ha sido para ella siempre cielo cerrado, en el que nunca pudo esparcir su prestado espíritu.

Esta falta de sentido metafísico engendra en los escritores franceses este y otros juicios sobre la filosofía alemana, que exige para ser juzgada algo mas que la observación de los hechos de conciencias, y los adornos retóricos sobre la metafísica con que procuran ocultar su carencia de principios los discípulos de Mr. Cousin.

Con estos antecedentes podrá comprenderse fácilmente que en manos de Mr. Saisset, el paralelo es un ariete que se dirige contra Hegel, en tanto que en manos de Mr. Vera es ocasión continua de ataques á Leibnitz. Lo inculcable es que, cometida la imprudencia de colocar frente á frente los dos nombres y en actitud hostil, el combate debía ser de corta duración y funesto para Leibnitz.

Leibnitz no buscó como Spinoza la verdad en solitaria meditación, sino que siempre en el seno de la sociedad, y tomando parte activa y principal en los sucesos y en las controversias, su espíritu recibió mas que el de otros filósofos de su edad, la influencia del carácter, de las controversias, de necesidades y aspiraciones de su siglo. De aquí que los defectos generales de su siglo aparezcan en su obra; y aquel deseo de conseguir efectos, de deslumbrar con falso brillo, unido á una prudencia tímida y puerilmente cuidadosa de salvar las apariencias, se enlaza con una admirable penetración, con grandiosos intentos, y un ardiente deseo de descubrir hechos y leyes. Este carácter domina en los trabajos de Leibnitz: jamás lucha con su siglo, siempre busca la conciliación, ó por lo menos la tregua en los campos rivales, y este espíritu que adquirió en sus tareas diplomáticas, aparece también en sus estudios filosóficos. Bajo este punto de vista que no esconde el ilustre historiador Ritter, examina Mr. Vera las principales hipótesis y soluciones que ofrecen sus libros y apunta que la controversia entre católicos y protestantes, ni es protestante ni católica, pero busca siempre un mundo intermedio en el que puedan vivir protestantes y católicos, pero que ni católicos ni protestantes aceptaron. La timidez de su espíritu resalta en la Teodicea, en la cual los problemas nunca se exponen en toda su extensión ni se resuelven de una manera clara y terminante.

A este carácter de la época y del hombre, debe añadirse que Leibnitz se ocupó pocas veces detenida y separadamente de filosofía, de manera que su sistema se forma con largos intervalos, con ocasión de una correspondencia, ó del juicio de un libro, más bajo un punto de vista crítico que por una especulación ordenada y metódica. La extensión de sus conocimientos, su inquieta actividad que le arrastraba de las matemáticas á los archivos y de aquí á la teología ó á las ciencias

naturales, fué causa de que sus meditaciones no aparecieran como sucesivas manifestaciones de un principio primero y universalmente reconocido, sino como pensamientos sueltos, hijos del momento y de la inspiración.

El mismo reconoce que su misión no era otra que indicar vías é impulsar á otros por ellas, y en mas de una ocasión se condele de que sus estudios filosóficos fueran solo fruto de momentos robados á trabajos mas enojosos.

La excelencia de Leibnitz reside en las matemáticas y aun en este punto puede citarse también á Hegel. Ciertamente que Hegel no ha descubierto el cálculo infinitesimal, pero al tratar de resolver que se sea el infinito matemático, advierte que los matemáticos lo ignoran, porque al decir es el infinitamente pequeño y el infinitamente grande, es preciso que añadan cuál es la relación entre estos dos infinitos que se atraen mutuamente. Newton, según afirma M. Biot y habia ya dicho Hegel, no expone en su pureza la teoría matemática de lo infinito, y llevado del deseo de abrir el camino para llegar á la filosofía del infinito matemático, hizo observar que, como las matemáticas tienen por objeto la cuantidad, y la cuantidad en la filosofía hegeliana no es mas que una propiedad, ó sea un momento de las cosas, como matemáticas, como ciencia particular, deben abandonar la indagación del absoluto matemático á la ciencia que conoce la verdad absoluta. Bajo esta idea construye Hegel las matemáticas, como una parte de la lógica, y estudiando bajo esta relación el infinito matemático, descubre que el infinito matemático ni es la cantidad ni la cualidad, sino que es una relación á la vez cuantitativa y cualitativa. El infinito matemático para Hegel es una relación que une el elemento fijo y cualitativo, con el elemento variable y cuantitativo; pero por lo mismo que los une, se distingue de ellos porque contiene al uno y al otro. La forma pura y universal de esta relación es la potencia ó sea la elevación á la potencia.

Un ilustre matemático, M. Herman Schwarz, ha consagrado un trabajo especial á esta parte de la filosofía de Hegel, y aunque contrario al filósofo de Berlin, concluye diciendo «que el análisis de lo infinito concuerda completamente con los principios deducidos por Hegel en su Lógica con tanta abundancia de profundos pensamientos y con tanta energía dialéctica.»

Si bajo el punto de vista matemático no queda oscurecido el nombre de Hegel por el de Leibnitz no hay para qué decir, dadas las anteriores observaciones sobre el carácter general de las especulaciones de Leibnitz, cuánta es la ventaja que saca Hegel al autor de la monadología.

El punto cardinal de la concepción Leibniziana, que pone de relieve Mr. Saisset y que ocupa principalmente á M. Nourisson, es la *monadología*. Mr. Saisset no titubea en llamar al Leibnizianismo, un cartesianismo en progreso y el mismo Leibnitz al anunciar su descubrimiento, encabezando sus *Nuevos Ensayos*, rasgaba un cuadro pomposo de las ventajas y dichas que procura á la filosofía su invento. La definitiva exposición de los principios de la monadología, se encuentran en los dos escritos publicados en 1714, en la *Monadología* y en los *Principios de la naturaleza y de la gracia, fundados en la razón*.

Leibnitz, al mirar las contradicciones que aparecían entre la física cartesiana y sus principios metafísicos, acometió la reforma de la doctrina cartesiana, sosteniendo con acierto que toda la naturaleza está llena de fuerza de vida y de almas, y como Pitágoras, añadía, que no se aniquilaba ninguna de estas almas. Las unidades son la verdadera fuente de los seres, y de toda su fuerza, y de todos sus sentidos; y todo esto no es otra cosa que lo que llamamos almas. Para Leibnitz la fuerza constituye la sustancia de las cosas. En la psicología y en moral, lo mismo que en la física encuentra Leibnitz comprobaciones de su aserto. Donde existe el ser, hay vida; donde hay vida, hay sustancias; donde hay sustancias, hay fuerzas. La fuerza llena el universo con la inagotable variedad de sus formas.

Para explicar Leibnitz como las monadas fuerzas por todas partes difundidas, desiguales por sus grados, por sus perfecciones y por la gradación de sus especies, componen el universo, añade como complemento de la monadología la ley de continuidad, según la cual, si bien el universo está poblado de monadas, ó, por mejor decir, las monadas constituyen el universo, no existen dos monadas exactamente iguales, y no hay entre ellas solución de continuidad, no hay *hiatus*, no falta ningún anillo en la inmensa cadena que enlaza todas las monadas, lo cual se prueba por el principio de la razón suficiente, que es el arma lógica de Leibnitz.

La monadología de Leibnitz expresa su tentativa para sistematizar el conocimiento y no es lícito negar que su dinamismo es un verdadero progreso sobre las teorías mecánicas de los cartesianos. Los hegelianos acusan á Leibnitz porque no hace otra cosa que reemplazar, al principio mecánico el dinámico, olvidando que en los cuerpos existen estados y relaciones mecánicas. Reemplazar un principio por otro, equivale á suprimir el problema en vez de resolverlo, es mutilar los seres, en vez de presentarlos en todas sus relaciones. La solución estriba en demostrar la coexistencia de ambos principios, señalando el puesto que cada uno de ellos ocupa en el conjunto de los seres.

La ley de continuidad que establece Leibnitz, es un principio que puede ser tachado de spinozista, porque la continuidad implica, ó la unidad del ser ó la unidad de sustancia. Leibnitz salva esta dificultad, presentando una excepción de la ley de continuidad por lo que respecta á la unión del alma y el cuerpo, en donde encuentra un *hiatus* que no llena la ley de continuidad. Este vacío lo llena Leibnitz con la famosa teoría de la *armonía preestablecida*, teoría que no pasa del rango de una hipótesis ingeniosa que elude pero no resuelve la dificultad, porque Leibnitz no inquiere que se sea esta armonía, ni indaga tampoco si supone esa armonía la unidad de sustancia que se procuraba evitar.

De la misma manera elude Leibnitz la gran cuestión que surge al querer fijar las relaciones entre la monada finita y la monada infinita. Todas las monadas creadas se originan de Dios, que es la unidad primitiva y la sustancia simple y originaria, y nacen por *fulguración*.—La dificultad subsiste, porque la palabra *fulguración* carece de valor y sentido filosófico. Además, la distinción real entre el alma y el cuerpo anteriormente establecida por Leibnitz, puede ser contradicha, con auxilio de esta doctrina, porque si Dios es la sustancia primitiva y originaria, y la unidad por lo tanto sustancial de todas las monadas, el cuerpo y el alma deben participar de esta sustancia, y entonces su relación se explicará por esa participación que tienen de la sustancia divina, no por la armonía preestablecida.

Se advierte á primera vista que la ley de continuidad fué un ingenioso arbitrio para completar la monadología, y que la *armonía* fué un aditamento improvisado por Leibnitz para completar su teoría. Si examinamos atentamente su concepción de la fuerza, al advertir que reproduce Leibnitz la palabra *entelechia*, se alcanza que solo sabemos, que la fuerza es un *quid* oculto que reside entre la potencia y el acto, lo que no ofrece gran luz para conocer lo que es la fuerza. Decir que la monada es la fuerza, es dejar en tinieblas otras propiedades de los seres, porque con igual verdad podía decirse que la mona-

da era la sustancia, ó la forma. Lo que exige la filosofía es que se demuestre racionalmente que la fuerza, la sustancia, la forma, son elementos componentes de las cosas. Sustituir la fuerza á la sustancia no es huir del espinorismo, porque si las *monadas* son fuerzas, como fuerzas no son mas que partes de una sola y misma fuerza, lo que obliga á Leibnitz á reunir las en la armonía preestablecida, y á identificarlas en la monada de las monadas.

Pero si las excelencias de Leibnitz no se encuentran ni en la teodicia ni en las teorías metafísicas enumeradas, las descubren los escritores franceses ya citados en su tendencia conciliadora y en aquella indulgencia general con que acoge Leibnitz las doctrinas mas opuestas; pero esta tendencia más era hija del carácter del hombre que de un principio armónico que permitiera á Leibnitz considerar las escuelas filosóficas como momentos parciales de la gran elaboración del pensamiento humano, y falto del principio superior del sistema, que debía encadenar todo el sistema de la historia de la filosofía en torno del principio real de la ciencia, cayó en un eclecticismo mal definido si se quiere, y que sus discípulos formularon, y que es el precedente del eclecticismo que con una obstinación inconcebible pretenden defender los dispersos restos de la escuela fundada por Cousin.

Este sentido oculto que palpita en los escritos de Mr. Saisset, Franck y otros, lo declara terminantemente Mr. Nourisson, al terminar un libro sobre Leibnitz, diciendo:—«Nosotros quisieramos contribuir á divulgar esta gran filosofía de Leibnitz, que honra al espíritu humano, porque no es otra cosa que una poderosa derivación del cartesianismo... Leibnitz cierra el siglo XVII, al cual es forzoso acudir otra vez, porque allí se encuentran las vivas fuentes en donde debe vigorizarse de nuevo la razón.»

Nosotros, ante esta terminante profesión de fé, ante este ridículo empeño de encerrar en un férreo paréntesis el siglo XVIII y el movimiento iniciado por sus autores, preguntáramos únicamente:—¿Cuáles son las soluciones filosóficas que debemos copiar de ese siglo XVII? Rechazais el cartesianismo suslituyendo, á la eterna verdad del principio cartesiano, la idea de la fuerza á que llegó Leibnitz por la observación del mundo físico, á la preponderancia del pensamiento, que es fuerza y ademas pensamiento, la concepción de la fuerza pura de Leibnitz; rechazais á Malenbranche, maldecis á Spinoza, de manera que el siglo XVII se reduce á la contradicción teodicia de Leibnitz y á sus hipótesis de la ley de continuidad y de la armonía preestablecida. ¿Y es eso lo que osais presentar á la generación avezada á las magnificencias creadoras de Hegel y de Krausser? ¿Con qué principio exhumado del siglo XVII podreis satisfacer esta necesidad de conocimiento sistemático, y este anhelo de realidad en el conocimiento, que aqueja á esta generación?—¿Cómo explicareis la oposición del mundo de la naturaleza y del espíritu, regidos por principios que se oponen?—¿Cómo la filosofía del espíritu y la filosofía de la naturaleza aparecerán como momentos de lo absoluto, cómo sostiene Hegel, ó cómo demostrareis que la naturaleza y el espíritu son en un principio superior, y bajo este principio superior, como demuestra Krausser?

Aun cuando supongamos que las soluciones Hegeliana y Krausista, las dos mas altas que encierra la filosofía contemporánea, no fueran satisfactorias bajo el punto de vista racional, único criterio en filosofía, no por eso quedaría á salvo la tendencia de los últimos eclécticos.—¿Es ó no cierto que el carácter de la filosofía hoy es su sistematización, que el único medio de abrazar en un conjunto orgánico el mundo, es ver bajo un principio real y primero, la esencia y la relación de todos los seres?—¿Es ó no cierto que el espíritu humano gravita hácia una síntesis que ponga fin al dualismo que canchera á la ciencia desde Sócrates?—¿Es ó no cierto que esa síntesis la busca, no en una abstracción sino en una realidad, porque solo en la realidad y no en las abstracciones debe cimentarse el conocimiento cuyas leyes son las leyes del ser real?—¿Es ó no cierto que las ciencias naturales indagán hoy con particular cuidado cuanto se refiere á sus principios filosóficos y busca el enlace de las ciencias naturales con la ciencia en general?—¿Es ó no cierto que las ciencias morales y políticas se transforman invocando principios metafísicos,—y que hasta la sociedad estudia sus instituciones y su porvenir á la luz de principios generales que la filosofía le presta?

Pues si todo es cierto, porque son hechos que nos asedian, y aunque nos acogojan—¿ha de dar la ciencia un mentís al entendimiento humano, tornando á predicar lo que ya ha consumido la humanidad en su carrera?—¿Hemos de hacer mas hondo el abismo que separa á la vida de la ciencia?—¿Es posible siquiera semejante tarea? Instintivamente condena la conciencia humana semejante estravio.

El carácter de la ciencia no nace de la ciencia sola, sino que la vida, el desarrollo histórico ayudan á grabarlo con irresistible buril en su seno. Los problemas se resuelven despues que se plantean, y cuando existen problemas planteados, la ciencia debe resolverlos bajo pena de la vida, es decir, so la pena de que la humanidad la escarneza y se arroje en brazos del escepticismo.

Los problemas que hoy agitan á la humanidad, y que iniciaron Kant en la ciencia y la revolución francesa en la vida, tienen entre otras, dos principales soluciones en la filosofía moderna: la Hegeliana y la Kausista. Estas dos soluciones análogas en muchos puntos, radicalmente distintas en otros, presiden hoy á la árdua tarea de dotar de almas, es decir, de principios á las ciencias particulares. Contra estas dos soluciones, se invocan los hombres que hemos visto, y se procura excitar el sentimiento patrio tachándolas de *alemanas*, como si la verdad tuviera patria en la tierra, y no fuera patrimonio común y general en la humanidad; como si las ideas, al arraigar en una nación, no tomarán muy luego la fisonomía y peculiar carácter de aquel pueblo.

Expondremos en nuestro próximo artículo las impugnaciones directas que se hacen á ambas escuelas, advirtiendo cuál de dichas escuelas es la que en nuestra humilde opinión reúne mayor verdad y es fuente de mas fecundas deducciones.

F. DE PAULA CAÑALEJAS.

OJEADA SOBRE LAS ARTES.

ARTICULO TERCERO.

Despues de haber estudiado ligeramente el arte en los primeros tiempos; despues de haber intentado demostrar sus progresos sobre los pueblos primitivos, tenemos que venir á fijarnos en su mas real monumento que es la Grecia.

Grecia es la verdadera patria de las artes; en su seno todo se perfecciona, toda idea artística crece y se levanta poderosa como el árbol que en su propio clima se mece cubierto de flores; el pueblo griego formado por antiguas razas salidas del Asia, del Africa y de la Europa, se sienta á los pies del Helicon y ocupa la historia del mundo desde los Macedonios hasta Alejandro.

Su arquitectura, tenía, por lo tanto, que reflejar en algo las obras de los demás pueblos; hijo de ellos, heredero de su historia, no podía menos de ser heredero de sus artes.

Pero el genio, que no se hereda; el genio, fuente sublime de todas las creaciones artísticas, nació con este pueblo, se levantó sobre su cuna envolviéndolo en sublimes resplandores, y le dió el germen de un nuevo arte, que había de ahogar en su luz al antiguo y que andando el tiempo se había de levantar sobre la tierra como un astro de todos los siglos.

En vano sería pintar el desarrollo de la arquitectura griega; ella recibe como un mar gigante todos los rios de ideas que desembocan en su seno; el pueblo artista y guerrero recorre la tierra y va encontrando por todas partes ideas que perfeccionar; vé el túmulo etrusco y lo comprende; admira el obelisco egipcio y lo deja caer con valentía sobre las plazas de Atenas; adivina el pórtico en la entrada de las pagodas indias, y lo hace adelantarse en la fachada de sus templos.

Pero al tomar todas estas frases de los demás libros, va formando pensamientos propios; corrigiendo, ó creando, hace aparecer un arte puramente nacional.

En sus obras no se encuentra la fría aglomeración de los templos indios, ni la terrible severidad de los egipcios; ha imitado en algo las construcciones de estos pueblos, pero esprimiéndolas hasta hacerles arrojar gota á gota la esencia de hermosura que en sí contuvieran.

Los primeros templos de la Grecia eran sencillos; el cuadrilongo, el triángulo y algunas veces el círculo fueron sus formas; la bóveda era plana; los adornos escasos; el pórtico se hacía mayor que el templo para que el pueblo mirase desde él los sacrificios; el interior se componía de una sola nave estrecha en cuyo fondo se colocaba el tálamo en que descansaba la estátua: las columnas eran regulares pero sin valentía; el triángulo se alzaba sobre el pórtico ostentando en relieves, pasajes históricos, dioses, hojas, fieras, etc.

Los altares (antes de la guerra de Troya), unos tenían la figura de un cono truncado sobre el cual se colocaba la piedra que había de sostener al fuego; otros eran de tierra y estaban cubiertos de yerbas y verbena; poco á poco los adornos se fueron introduciendo; se hicieron festones de piedra; el símbolo apareció sobre el altar, y empezó á dar expresión á la idea que no había podido levantarse sobre la tierra; el Águila se irguió sobre el ara simbolizando á Júpiter; la paloma se reclino en el mármol en que se adoraba á Vénus, y la espiga y el olivo sombraron la frente de Ceres.

Después la riqueza llegó á su punto; por que entre los griegos el altar no era solamente la mesa para el sacrificio; era el símbolo religioso, ante el cual se celebraban los actos mas importantes de la vida pública; así que teniendo dos significaciones la política y la religiosa, los altares se agigantaron, se embellecieron, tomaron diferentes formas, hasta que el templo los guardó en su seno imprimiéndoles el mismo pensamiento, que el genio del artista había dejado sobre su frente.

La misma es la historia de los sepulcros; el punto de partida pequeño é insignificante viene creciendo, multiplicándose hasta formar la línea que asombra por su grandeza.

El primer sepulcro griego es la fosa; sobre la fosa se levanta la piedra como una queja de la vida á la muerte; á esta piedra se une otra, á esta, otra sucesivamente, formando un lecho cuya sábana de mármol se levanta como el lienzo blanco sobre un altar.

Después el túmulo cubre al cadáver; el obelisco se alza sobre el túmulo, la pirámide dirige su punta al cielo, y las columnas se agolpan al rededor del sepulcro sosteniendo la bóveda sobre sus capiteles.

Los sepulcros no tienen forma fija en ningún país; la arquitectura no ha podido imponer leyes al dolor; solo las tumbas de los grandes hombres se rigen por las reglas del arte, porque los hombres que han llenado una época pertenecen al mundo, y este, al levantarse un sepulcro, no escribe en él una queja, ni una plegaria, sino que reproduce un pasaje de la historia para que quede consignado en el libro de las generaciones.

Después se comprendió que la muerte necesitaba un asilo seguro; se vió que los sepulcros aislados se borraban de la superficie de la tierra, y las tumbas se unieron en un punto dado; sobre ellas se alzaron bóvedas; el muro rodeó y dió forma á aquel recinto con sus brazos de piedra, y la ciudad de la muerte apareció con sus calles de tumbas, regadas por el llanto de la desesperación.

La idea de los cementerios pertenece á los griegos; ellos por primera vez almacenan las tumbas y las reúnen en un círculo seguro; pero hay una triste particularidad en esto; á pesar de que el cristianismo representa la idea, y el politeísmo la naturaleza, los cementerios griegos se parecen á nuestros cementerios; la fosa, el nicho, el sepulcro, es decir, la miseria, la pequeñez, la grandeza, están igualmente expresadas en ambos; los griegos al establecer estas diferencias, obraban con acuerdo de su religión que levantaba un muro entre las clases; que daba una parte del alma del esclavo, al señor que era su despoja; pero entre nosotros, en el seno de la religión cristiana, nuestros cementerios no tienen explicación; la igualdad que predicó Jesucristo, lora sobre la fosa del pobre, y se cubre los ojos por no ver al orgullo sentado sobre el túmulo del poderoso; los griegos al separar los cadáveres cumplían con un deber de su conciencia; nosotros al hacer esto mismo, pisoteamos una hoja del Evangelio.

Los edificios particulares también tuvieron una forma fija en los tiempos primitivos del gran pueblo; pero no es este el punto en que debemos considerar al arte griego; por eso volviendo la hoja del capítulo de los primeros tiempos, nos encontramos en el verdadero periodo de su grandeza.

Cuando los Dorios entraron en Grecia la llevaron el elemento capital de su arquitectura; la columna lisa sin pedestal, terminando en un triple capitel; la bóveda plana y el pórtico triangular forman la base de este arte.

La pureza de las columnas se comunicó á todos los detalles de las construcciones; las ideas artísticas giraron alrededor de ellas, como mariposas fascinadas por el fuego del genio, y al quemarse las alas las sacudieron dulcemente, dejando caer sobre los edificios chispas brillantes de pureza y armonía; la elegancia y la belleza se fijaron; el arquitecto hizo descansar la bóveda sobre las columnas dóricas colocadas en forma de círculo, y creó el templo monóptero; las puso dobles en el pórtico y le dió suntuosidad; las fué extendiendo hasta abrazar el edificio, y vió realizado el templo periptero.

La columna, sumisa al genio, se encontró en todas partes; en los foros, en los pórticos, en los palacios; creció; se multiplicó, y entonces aparecieron sobre los dominios de los griegos, el Partenon en Atenas, el templo de Baco en Teo, el de Juno en Agrigento; soberbios resplandores de aquella aurora artística cuyos reflejos bañan aún los grupos de columnas que se levantan sobre las ruinas como esqueletos de una decoración sublime.

Pero no era esto bastante; la imaginación del pueblo estaba en continuo movimiento; era preciso crear más, era necesario que el arte llegase á su apogeo; que la decoración variase, y el arte jónico apareció con sus formas suaves, sus columnas

puras y redondas, sus capiteles rizados y sus bóvedas arqueadas; era un adelanto, un verdadero adelanto; las obras adquirieron mas variedad sin perder su grandeza; la columna se le vantó sobre el pedestal para llegar á la bóveda, como la idea se une á la idea para llegar hasta Dios; el adorno sonrió dulcemente en los capiteles, en las paredes de los templos; en los triángulos que coronaban el pórtico; era un rayo de sol que venia á bañar con su luz los severos contornos del arte dorico.

Hemos pintado la innovaciones que el arte jónico introdujo en algunos edificios, pero esta regla no fué general.

Los griegos admitieron la dulzura de las formas, la ligera decoración, la suavidad en los contornos, pero sin unir esto con la rectitud, la gravedad, y la fuerza; aceptaron los dos órdenes por delicado al uno, por reflexivo al otro, pero el orden dórico siguió siendo la base del arte nacional.

Mas aun quedaban nuevas ideas, nuevas combinaciones; la imaginación de los pueblos grandes nunca se agota, porque mientras hay grandeza, hay nacionalidad, mientras hay nacionalidad hay patria, mientras hay patria hay arte.

En Corinto nació un tercer orden hermano de los anteriores; pero mas sencillo, mas dulce, mas apasionado: su invención se atribuye á Calímaco (350 años antes de Jesucristo); su modelo está en los jardines; porque el orden Corintio es el orden de las flores; la hoja de acanto es la que dá forma al capitel; esta idea parece tomada de los capiteles egipcios adornados por la flor del lotus: la bóveda se ensancha y se corona de flores; en los templos el óvalo es la figura mas usual; algunos pórticos tienen dobles hileras de columnas estriadas; en las puertas se miran pilastras coronadas por la hoja de acanto.

Este orden no fué muy aceptado en Grecia, porque, como ya hemos dicho, los griegos tenían ya estudiado y aprendido el que mas se adaptaba á sus usos y á su imaginación; el orden dórico siguió, pues, triunfante de las revoluciones artísticas, que le quisieron imponer como ley, el pedestal jónico por base de la columna, y la hoja corintia sobre el capitel, macizo y suntuoso.

Sin embargo de esto, muchas veces los tres órdenes se unían formando bellísimas creaciones; en el templo de Minerva Alea en Tegea, el pórtico tiene columnas jónicas, el interior es dórico, y sostiene columnas corintias.

La gravedad y la hermosura nada perdían con estas combinaciones; la belleza no puede ofender á la belleza; unas veces la hoja de acanto se colocaba graciosamente en la columna jónica como una flor en la cabeza de una jóven; otras el pedestal corintio sostenía á la columna dórica, y la impulsaba hasta la bóveda que el mismo orden había llenado de flores; en algunas obras se vé al arco crecer sobre los capiteles dóricos, y en otras la bóveda se aplana sobre las columnas corintias; pero nada se perdía con estas combinaciones; la mano del artista sabía colocar aquellas hijas de diferentes libros, pero que podían unirse en brillantes periodos porque estaban escritas en el idioma del genio.

Muchas veces las formas de los templos estaban en armonía con el dios á quien se dedicaban; para Júpiter se empleaban las formas macizas del orden dórico; para Apolo y Baco las alegres del jónico, y para Vénus el orden corintio.

Innumerables fueron los templos que cubrieron á la Grecia en este brillante periodo; el genio creaba; el pueblo comprendía, y los edificios se escapaban del alma del uno á las manos del otro, que los colocaba sobre las plazas, en los montes, en las colinas.

Toda la historia se fijaba en piedra; el martillo era la pluma, y el pueblo escribía sin descanso lo que el arquitecto le dictaba; producto de aquella fiebre incansante son los templos de Diana en Efeso; Apolo en Delfos; Júpiter en Olimpia; Vénus en Pafos; el Partenon en Atenas, y otros mil que sería prolijo enumerar.

Los edificios civiles también se reformaron, ateniéndose á las mismas reglas de gravedad y buen gusto que imponían sus leyes á los templos; las casas, en general, se hicieron de piedra, con ventanas lisas y adornos de barro, figurando pilastras, y coronando el edificio; se levantaron foros ó soberbias plazas rodeadas por un pórtico en donde se celebraban los mercados del pueblo. Los teatros y los circos se multiplicaron; pero en donde el arte griego se mostró mas gigante, fué en las termas y en los gimnasios.

Los gimnasios no solo servían para facilitar el desarrollo material, sino que eran centros de placer; en ellos había escuelas de baile; salas llenas de vapores perfumados, aposentos para untarse el cuerpo con aceites olorosos: todo esto almacenado en un solo edificio, como una ciudad dentro de otra; pero sin confusión, sin pesadez; cada salon tenía un reflejo del objeto á que se destinaba; en el gimnasio, propiamente dicho, había figuras hercúleas amenazándose, luchando, postradas en el suelo, triunfantes, ó vencidas; en las salas de los perfumes, estatuas de mujeres que se levantaban sonriendo sobre gasas de humo; en el baño alegorías de rios, torrentes y mares; aquellos edificios eran el templo de la molición; el placer bajo una forma de piedra; la lujuria representada por el arte, con sus insinuantes sonrisas y sus trémulos suspiros.

Las termas eran edificios de mas magnitud; bajo un solo muro había baños, teatros, bibliotecas, habitaciones para el servicio público, soberbios vestíbulos, salas de descanso, etc. Eran la expansión de aquella idea mezquina que aclamaba á las formas como el supremo ideal del arte, y que brindaba al cuerpo los dones de la vida, sin aventurarse á descubrir el cielo que envuelve la eternidad.

Aquella religión tenía que escaparse del templo y ensancharse en edificios de aquel género; el alma, encogida y como esclava del cuerpo, no podía lanzarse á las regiones de lo infinito; de ahí que los baños en Grecia fueron mas grandes que los templos; porque el placer se comprendía, se expresaba con barro por el barro, pero la idea divina estaba oscurificada tras de aquellas estatuas de dioses, que nada decían, que nada aclaraban á los ojos de los mortales.

Es verdad que la arquitectura llegó á ser un idioma en Grecia; pero fué el idioma de su religión y de sus costumbres; es cierto que se ve una idea en la frente de la estátua; pero atrevidos á arrancar el velo que la cubre, y vereis un pensamiento de amor, de odio, de venganza; siempre el cuerpo, nunca el espíritu: siempre el pensamiento volviendo los ojos á la materia.

Comparad la mas hermosa Vénus de Fidias con una Virgen de Murillo, y comprendereis que el arte griego es infinitamente mas pequeño que el arte cristiano, porque aquel no puede dejar un alma en sus creaciones.

Poned el Partenon al lado de la Iglesia de San Pedro, y observareis que el templo primero cabe en la cúpula del segundo, como el mundo cabe en la idea; como la creación cabe en lo infinito.

No hablaremos de los diferentes órdenes que pretendieron invadir el campo de la belleza, en los tiempos posteriores á la creación del orden corintio; pequeños torrentes en que se desecian algunas partículas de genio, apenas se hicieron notar en aquel profundo océano de belleza.

En vano fué que algunos artistas pretendiesen exagerar los detalles, aglomerar incidentes, confundir las ideas, borrando

la primitiva del edificio; la triste gloria de un renacimiento monstruoso, estaba legado á siglos mas civilizados; el mal gusto no pudo corromper la purísima atmósfera de inspiración en que se bañaban los monumentos de Atenas y de Corinto.

Pero, aunque no somos suficientemente ilustrados para fijar esta cuestión, vamos á exponer de un modo superficial nuestra opinión sobre la arquitectura de adorno, madre del espartoso renacimiento de la Edad media.

La arquitectura de adorno, es una consecuencia lógica de la arquitectura; es la exuberancia del árbol que arroja la savia por todas partes, es una plétora de vida que produce la muerte de los frutos en esperanza.

El edificio nace desnudo; la piedra, el muro, la pared, son sus primeras formas; va creciendo, y se va desarrollando bajo el hábito del genio; andando el tiempo, adquiere una forma completa, capaz de guardar una idea; pero no se detiene; es necesario seguir adelante, no es posible pararse un momento, porque la sociedad empuja al arte, y las ideas se van multiplicando, y las formas adquiriendo variedad; y así vemos que á la columna se le añade el pedestal; á la bóveda la cúpula; á la fachada el pórtico; después el pórtico crece y rodea al templo; se arriesgan combinaciones, y nuevas columnas abrazan á las primeras; ya no es posible extenderse mas en el exterior; en el interior se aumentan las naves; los nichos, las pilastras, las cornisas, salen ó se introducen en la pared; el altar se adelanta, ocupa el centro y varía por instantes de forma; vienen nuevos siglos, y con ellos nuevas ideas religiosas, y á su lado nuevas ideas artísticas; los órdenes se unen, se agracion ó se desvirtúan, se levantan torres, cúpulas, minaretes, las bóvedas crecen sin descanso; los encajes orientales sujetos en la cruz del templo cristiano, se deslizan por las paredes; es verdad que en esta aglomeración de órdenes, la idea madre reside en la esencia del edificio, pero las formas varían; el arquitecto necesita crear, y copia ó inventa, según el capricho ó la inspiración; y esta escala del arte está fija en el mundo desde la piedra levantada del celta, hasta la aguja de Strasburgo.

Sin embargo, hasta aquí la arquitectura de adorno se ha contenido en sus justos límites; ha comprendido su misión y se ha fijado en la ojiva recortando la piedra; ha escrito periodos de religión ó de historia en los pedestales y en los relieves cuadrados de la pilastra; ha agrupado las estatuas sobre los pórticos y ha decorado suntuosamente los sepulcros; hasta aquí es un vestido de oro que ha cobijado al monumento sin aplastar su espíritu; no es un manto, es una gasa que deja ver las ideas, sonriendo entre sus pliegues.

Pero llega un momento en que estéticamente no es posible ir mas allá; se necesita un brazo de hierro para poner un dique á la ola de la destrucción que se levanta; el brazo no existe, y entonces el mar se desborda arrojando á borbotones, según las religiones y los países, mitos, ángeles, columnas rodeadas de hojas, flores, fieras, figuras de todas clases, todo en confusión, todo en desconcierto, y entonces la belleza muere estrellada contra el ángulo del edificio, perseguida hasta su punto mas alto por la inundación, que lleva en su revuelta corriente todo lo que es belleza, armonía, unidad.

Llegado á este desbordamiento, excusado es decir que desechamos el adorno; pero, contenido en sus justos límites, lo creamos una belleza, y en algunos pueblos una necesidad.

La arquitectura de adorno es en muchas ocasiones la luz que ilumina á la idea impresa en el edificio; así la vemos en el Partenon enseñando en bajos relieves la civilización antigua; la vemos en los arcos de Tito y de Trajano, reproduciendo el hecho que el arco no puede mas que recordar; la vemos en los templos cristianos, cantando en los coros, en los retablos, en los pedestales los grandes hechos de nuestra religión: es un libro dentro de otro; un epílogo de una obra; un signo ortográfico concretando un periodo.

Se me dirá que hay grandes ideas, expresadas con suntuosa sencillez; que hay pensamientos tan bien expuestos en el arte que no necesitan explicación; que en la cúpula de San Pedro, por ejemplo, está escrita la idea de Dios en un solo periodo, sin detalles; pero no todas las almas pueden leer en lo sublime, no todos los ojos pueden fijarse en el sol, y las artes deben ser mas que populares, universales; deben tener diferentes alfabetos para hacerse legibles á todos los idiomas.

Si la arquitectura no se daña con el adorno, dejad á este ocupar un puesto en el edificio; de este modo el libro podrá estudiarse de dos maneras; el alma sublime y elevada leerá en el conjunto; el alma pobre y oscura en los detalles.

BERNARDO LOPEZ GARCIA.

AL AMOR DE LA LUMBRE.

I.

Son las doce de la noche: el viento norte azota los vidrios de mi ventana, donde se estrellan infinitas de copos de nieve, semejantes á blancas mariposas seducidas por la luz de mi bugia.

He asistido en el teatro á la representación de una comedia insulsa, insulsamente representada, y el hastío se ha apoderado de mi corazón: el sueño huye de mis párpados. Cojo un libro, leo algunas páginas; pero la vaguedad de mi pensamiento me impide enterarme; mis ojos descienden las letras, mas mi imaginación no completa las frases... Quiero escribir; pero ¿de qué? No tengo ideas, y aunque las tuviese me sería imposible coordinarlas. Nada conozco mas horrible que estos momentos de perplejidad del alma en los que ni teme ni desea, ni siente ni goza. Nunca he comprendido la vida sin las emociones; poco me importa que sean dolorosas ó gratas: el dolor como el placer tiene su encanto, su poesía, y una sucesión continuada de diversos sentimientos, destruye la monotonía, que es la muerte del espíritu. Yo quiero llorar hoy, para reír mañana, para que el goce de la satisfacción presente, sea mayor con el recuerdo de la pena sufrida. Si pudiéramos á nuestro antojo arrancar algunas páginas del libro de lo pasado, no sería yo quien profanase las que me recuerdan mis sufrimientos. Un gran poeta ha dicho que á veces una sola lágrima contiene mas poesía que cuantos poemas han escrito los hombres. ¡No renegaré yo del poema de mi vida, siquiera porque sus mas sentidos cantos están dictados por esa voz misteriosa á que llamamos destino!

¿Pero qué hacer? Dentro y fuera de mi casa reina un silencio imponente; la noche avanza peregrina; los gemidos del viento son menos frecuentes, mas débiles y mas tristes; la nieve sigue cayendo en menudos copos que apenas tocan el suelo y descienden pausados como los átomos en el aire, para no interrumpir el silencio solemne en que se recoge la naturaleza. Mi alma es hoy compañera del mundo en ese letargo; el frío entumece mis miembros.

La luz de mi bugia se extingue en desiguales oscilaciones; el combustible se acaba, y la luz, oculta en la concavidad del candelero, se alza por intervalos como los fuegos fatuos de un cementerio ó las llamas siniestras de que se valían los mágicos para sus maleficios. Esa luz asemeja la agonía de un mori-

bundo; sus débiles y momentáneos resplandores iluminan confusamente los muebles de mi habitación y los revisten de formas fantásticas y terribles. Me parecen brujas que danzan en uno de sus sábados infernales. Muera esa luz que recuerda la agonía; el resplandor del fuego de la chimenea alumbrará el letargo de mi espíritu.

Sin levantarme del sillón que ocupaba, apagué de un soplo la moribunda luz de la bugía y fijé mis ojos en la chimenea que era entonces mi único asilo, y que también parecía querer abandonarme. Una llama azulada, tenue y pequeña, pugnaba en vano por adherirse á los negros despojos de un tronco de encina, y corría por las carbonizadas grietas, extinguiéndose unas veces y reviviendo otras, pero sin iluminar nunca la estancia; algunas espirantes brasas medio cubiertas de ceniza, se destacaban en la oscuridad como los puntos de oro en los paños funerales.

El ángel de la tristeza batía sobre mi frente sus negras alas y revestía con el crespon de su lúnebre ropaje cuantos objetos me rodeaban. En los últimos fulgores de aquel fuego, como en las desiguales oscilaciones de la luz de mi bugía, vi una imagen de la muerte, y decidido á desvanecer aquellas visiones espantosas, animé la lumbre del hogar. Muy pronto cien llamas pequeñas se alzaron en diversos puntos y corrieron veloces á confundirse en una sola donde se reflejaban todos los colores del Arco Iris; gimió la leña, las cenizas tomaron una tinta cárdena, y en el centro de la chimenea se cruzaron mil chispas brillantes como en un día de sol las gotas que desprenden de sus alas los pájaros marinos cuando secan sus plumas en las riberas. A la oscuridad del aposento sucedió una luz vivísima que por instantes cambiaba de colores. El alegre chisporroteo de la lumbre resonaba en mis oídos como el rumor del ángel de la tristeza al alejarse.

La nieve continuaba cayendo; el viento había recobrado otra vez el imperio de la noche y bramaba altivo como el león en el desierto. La naturaleza parecía despertar de su letargo y yo quise imitarla. Acercué mi sillón á la lumbre y recostándome muellemente, seguí con mirada de complacencia los diversos giros de la llama.

El frío abandonó mis miembros: una sensación de bienestar desconocido se apoderó de mi espíritu y bendije el invierno y el insomnio. Aquella chimenea enojada me recordó mil escenas de felicidad doméstica: en presencia de aquella lumbre bienhechora olvidé que vivía en Madrid, sin padres, sin hermanos, sin amigos. Así la vida pasada como la futura cruzaron ante mis ojos tranquilas y dulces como los sueños infantiles, bellas y seductoras como un juramento de amor en los labios de una virgen. Sucesivamente fui siendo niño, joven y anciano y hallando en mi camino quien me meciese en la cuna, quien creyese en mis ilusiones ó quien honrase mis canas.

Cerré los ojos y en aquella oscuridad profunda, vi destacarse algunos glóbulos luminosos de mil colores, que en vano querían buscarse en la naturaleza, y que para distinguirlas no hay palabras en ningún idioma. Variaban de luz y de tamaño cada vez que en ellos fijaba la atención, y se reproducían como las arenas en las playas. Yo los veía crecer, presentar en cada giro un prisma más brillante; mas no por eso hacia la oscuridad menos densa: su disco se desvanecía sin resplandor hasta perderse en las tinieblas, ó si puede decirse así, eran las tinieblas mismas revestidas de colorido; reminiscencias del fuego que vagaban entre las pupilas y los párpados.

Aquellos glóbulos de luz sin brillo, sin color y sin transparencia, tomaban formas de monstruos ó de hombres. Ya eran seres informes extraños al mundo conocido; ya rostros divinos que me sonreían y que dilataban sus labios y sus facciones hasta hacerlos horribles; ejéritos de fantasmas que, sin mas lenguaje que la acción, sin mas sarcasmo que sus continuas metamorfosis, vagaban en mi presencia burlándose de mi afán por distinguirlas. Y cuando quería prorumpir en una carejada para triunfar de su bafa, volvían á las tinieblas de donde salieron, y como al silbato del maquinista cambia la decoración de un teatro, así cambiaban las vistas de aquel cosmorama misterioso.

Después de los fantasmas aparecieron ciudades sin habitantes vagando en el vacío; prados sin verdura; arroyos sin corrientes; cimas de montañas; rocas descarnadas y bosques talados; todo desprendido del eje universal, poblando sin ningún eslabon que los uniera, la región inmensa del pensamiento. Así soñé el mundo en su última hora, cuando á la voz de Dios los muertos abandonasen sus tumbas y el universo se deshiciese en átomos para ir á confundirse entre la nada.

Abri los ojos, y la brillante llama de la chimenea disipó aquellas visiones que habían puesto mi imaginación en un estado muy próximo al delirio. Lo que á mi vista se ofrecía no era ya fuego: las moléculas de aquel elemento ardiente se habían animado; su alegre chisporroteo era para mí un idioma inteligible. Estaba demente, pero mi momentánea demencia era inefable y embriagadora como los sudores del árabe que se duerme con el hastiñg para visitar el Eden.

De pronto la llama perdió su fuerza y se iba debilitando por instantes. Yo seguí inmóvil en mi asiento y resguardado del frío. Por seguir esos sueños encantados descendí la lumbre, y cuando reparé en ella, apenas era un despojo. Para animarla corrí á la mesa, tomé á la ventura algunos papeles, y les arrojé en la moribunda llama, que creció hasta perderse en el cañón de la chimenea. Muy pronto el fuego rechazó el papel convertido en negra ceniza, cuyas ligeras partículas llegaban hasta mis pies impulsadas por la fuerza repulsora de la lumbre.

Una de ellas me llamó la atención porque tenía la forma de un libro, cuyas hojas no pudo desunir el fuego, apesar de reducir las á pavesas: varias ráfagas brillantes cruzaban de aquí para allá, pero respetando siempre algunas líneas rojas que parecían letras. Redoblé mi atención, y lei claros y distintos estos dos nombres:

«MAGDALENA Y SANDOVAL.»

Aquellas letras de fuego, fijadas momentáneamente en un puñado de cenizas, me recordaron la mano prodigiosa que en el festín de Baltasar escribió el terrible aviso. Había arrojado á la lumbre uno de mis queridos recenteros; los trozos de papel en que yo había apuntado la felicidad de dos de mis mejores amigos, dulce episodio en que me cupo una parte activa. La historia de aquella enamorada pareja se presentó á mi imaginación, y deseando recrearme con ella, fui recordando uno por uno todos sus detalles.

II.

En un ignorado café de uno de los mas apartados barrios de la villa, hace dos años que mi amigo Enrique Sandoval y yo nos hallábamos fumando un cigarro después de apurar las tazas que nos habían servido.

Era una noche de invierno, pero templada y serena. Nos disponíamos á marchar, cuando una mendiga, joven y con un niño en brazos, se acercó á nuestra mesa y nos pidió limosna. Engreídos en nuestra animada conversación, apenas levantamos los ojos, y con voz indiferente contestamos con esa frase obligada *perdone Vd. por Dios.* La mendiga exhaló un suspi-

ro, que á mi me pareció escapado del alma; en este instante vino á cobrar el mozo del café, y mi amigo Enrique para pagarlo, extendió en la mesa algunas monedas de cinco francos. Miré á la mendiga: una gruesa lágrima asomaba á sus ojos, y se alejó de la mesa con paso débil y vacilante.

—¿Vamos? me preguntó Sandoval.—Espera un instante: estoy observando una cosa. Enrique, para dar tregua á mi observación, púsose á jugar distraído con la ceniza de su cigarro, y yo seguí con mirada curiosa los pasos de la mendiga. Fuese acercando uno por uno á los escasos concurrentes al café, y haciéndoles la misma demanda que á nosotros; unos la daban igual contestación, otros algunas monedas de cobre. En uno de los espejos del salón se retrató la figura de aquella infeliz, y entonces pude observarla á mi antojo.

Era una joven como de veinte á veinte y dos años, rostro hermoso, aunque demacrado, y facciones distinguidas. Los ojos hundidos eran de un negro azabache, y sus arqueadas cejas parecían palmas funerarias colocadas sobre la tumba de la hermosura. En sus delicados labios no había matiz, y sus mejillas llevaban impresa la huella de una larga y penosa enfermedad.

Lo que empezó por curiosidad llegó á ser interés, y seguí con ojos ávidos los mas leves movimientos de la mendiga. Yo no veía en ella una de esas infelices que implorando un día y otro la caridad pública, llegan á hacerse una costumbre de la mendicidad, y con rostro y acento tranquilos confían sus miserias al primer transeunte. La lágrima que brotó de sus párpados al oír la helada fórmula *perdone Vd. por Dios*, frase que algunas veces es la síntesis de la caridad humana; la indignación que reveló su semblante al ver que había un hombre que enseñaba su dinero y negaba un socorro á la pobreza, y mas que nada, su ninguna insistencia para obtener la limosna, me hizo creer que aquella infeliz era víctima de una gran desgracia, y acudía á la mendicidad por la primera vez en su vida. La pobreza, como el crimen, tiene su cinismo. Si es horrible ver á una mujer que sucesivamente se despoja de la inocencia y del pudor, de esas galas con que la naturaleza quiso revestirla para formar la parte poética de la vida del hombre, y haciendo una torpe mercancía del amor, que es su esencia, pasa sus horas en impuras bacanales; si nos llena de indignación ver que un hombre reniega del trabajo y busca su sustento en el pillaje, en el robo ó en el asesinato, no daña menos al espíritu quien, prescindiendo de su dignidad, sagrado deber que Dios y el mundo nos imponen, hace gala de su desnudez y lujo de sus miserias para convertir en criminal industria las lágrimas y los padecimientos. La dolorosa costumbre de ver pulular en las calles esos fanfarrones de la pobreza, ha hecho que nuestros oídos no sepan distinguir el verdadero acento del dolor, y nuestros ojos confundían el llanto del corazón con el que solo asoma á los párpados para corroborar una mentira. La pobre del café no pertenecía á esa raza desgraciada de la humanidad, y nosotros fuimos injustos al rechazarla groseramente. Seguí observándola; sus vestidos eran miserables, pero aseados. La multitud de amargas consideraciones que á no dudar se agolpaban á su mente y fatigaban su trabajado espíritu, no eran bastantes á impedir que de vez en cuando mirase con maternal solicitud al niño que llevaba en los brazos, y exhalase un suspiro contemplando su escuálido rostro. Aquel inocente debía ser su hijo, quizás próximo á morir de hambre.

Un remordimiento se apoderó de mi corazón: había tenido á mi lado el sufrimiento, y yo volví el rostro para no verle; había implorado mi caridad, y yo no le di ni una palabra de consuelo. Iba á levantarme de la silla para reparar mi indiferencia, pero me asaltó una idea y me contuve: mi socorro á la miseria solo podía ser momentáneo; Sandoval era rico, honrado y generoso, y en mas de una ocasión había dado pruebas de su caridad sublime, practicándola de muy distinto modo que la practica el vulgo. Decidí interesarle en la suerte de la mendiga. Esta se disponía á abandonar el café.—Ahí viene la pobre de hace poco, le dije á mi amigo; al principio no reparé en ella; pero después me he fijado y la conozco: es una verdadera necesitada. En este instante la pobre pasaba por nuestro lado: Sandoval se acercó á ella y le puso en la mano una moneda, no con tanto disimulo que su acción fuese para mí desapercibida.

—Mil gracias, caballero, en mi nombre y en el de este niño. Esta manera de demostrar su gratitud una mendiga, completamente extraña á las fórmulas que esas infelices tienen adoptadas, me afirmó mas y mas en la idea de que no pedía limosna sino á costa del inmenso sacrificio de su vergüenza. Constante en el propósito de que Sandoval se interesase en la suerte de aquella mujer, á quien suponía al borde de un abismo, porque siempre la estremada pobreza fué mala amiga y peor consejera, fragué en mi mente, para contársela á mi amigo, una fábula en que la mendiga fuese heroína interesante. Salimos á la calle: la desconocida iba ya algo distante de nosotros: encaminé nuestros pasos en la misma dirección.—¿Tienes algo que hacer esta noche? pregunté á Sandoval.—No.—¿Quieres que paseemos? La noche convidaba.—No tengo inconveniente.—¿Diste limosna á la pobre?—Sí: me distes que era una verdadera necesitada.—No lo sabes bien.—¿Luego la conoces á fondo?—Bastante: si no fuera por temor de entristecerle te contaría su historia, que no carece de interés.—Puedes hacerlo; así como así no sabemos en qué pasar la noche.—Pues vamos por este lado, si te es igual.

Me agarré del brazo de mi amigo, y tomando la misma dirección que la joven, arreglé nuestro andar de modo que no la perdiésemos de vista, ni ella notase que la íbamos siguiendo.—Se trata de una familia respetable, dije, y no estrañarás que oculte los verdaderos nombres de mis héroes, así como el lugar de la acción.

—Es muy justo, me contestó Enrique. Yo mismo iba á suplicártelo, para que así tu historia se asemejase mas á una novela.

—Si has visitado alguna vez las frondosas márgenes del Guadalquivir desde el sitio en que bañando la fértil y risueña campiña de Sevilla se extiende como una sábana de azul y plata y va á perderse en el Océano, no habrás dejado de admirarte en presencia de aquel panorama encantador, donde están reunidas en miniatura todas las galas de la naturaleza: especie de festín con que el caudaloso río quiere obsequiar á los viajeros que surcan sus alegres aguas. Donde quiera que vuelvas la vista, hallarás vegas dilatadas cubiertas de mieses ó tapizadas de verdura; pequeñas montañas, risueñas y floridas como los oasis del desierto; álamos seculares y esbeltos, verdes mimbres nacidos como Vénus de entre la espuma, y hasta perderse en los horizontes mil y mil casitas de guardas ó haciendas de labor, colocadas sin orden ni simetría, como un diseminado bando de blancas palomas. El batir de las alas de un millón de ánsares que se bañan en la orilla; el canto diverso de mil aves distintas que bajan al río para apagar su sed; los gorgoros del ruiseñor, que oculta sus amores en las espesas copas de los árboles, y los alegres cantares de Andalucía en boca de aldeanos ó pastores, todo llegará á tu oído en confusa, pero grandiosa melodía, y te figurarás que escuchas el himno de gratitud con que la naturaleza debió saludar al Ser Supremo después de la creación.

Siguiendo la orilla derecha del río, que á no dudar es la

mas pintoresca, cruzan ante la admirada vista del viajero varios pueblecillos de blancas y alegres casas de un solo piso, y que desde lejos parecen manadas de nevados corderos que pascen en los prados. Hay algunos cuyo vecindario no excede de cien personas, y sin embargo, se da el pomposo nombre de villa. En Andalucía son muy contadas las aldeas, y sus habitantes no admiten la calificación de aldeanos. La pereza y el orgullo son los mejores distintivos del carácter andaluz; pero ni nos importan los fueros de esas poblaciones, ni yo pretendo que sin salir de Madrid hagamos un viaje desde Córdoba hasta la Barra de Sanlúcar: me basta con que desde Sevilla vengas conmigo al primer pueblo que borda la margen derecha del Guadalquivir, y que tiene por nombre San Juan de Aznalfarache.

Mas por ahora dejemos á la izquierda á San Juan, y subiendo al cerro elevado á cuyos pies se extiende, lleguemos al antiguo convento que hay en la cima, convento que en lo antiguo fué una fortaleza árabe, y hoy se alza aislado y orgulloso como el altivo señor de aquella comarca. No necesitamos subir al empinado campanario para abarcar con la vista un panorama inmenso, y además hallaríamos cerradas las puertas del templo que solo se abren los dias festivos para que asistan á la misa los vecinos de San Juan: quedémonos en el pórtico que corta á pico la montaña y domina tanto como la mas erguida torre.

Un hombre como de veinte y cinco años, vestido con chaqueta, pantalón largo y sombrero calañés, trage que no se desdían de usar los caballeros andaluces cuando salen al campo, pasea de un extremo al otro del pórtico, parándose algunas veces y mirando con marcada impaciencia, ya á la verja de entrada, ya al olivar que rodea el convento, ya al vasto paisaje que se extiende á su vista y cuyos horizontes son el Guadalquivir y la oriental Sevilla.

Atado por la brida á uno de los hierros de la verja, está un caballo de pura raza cordobesa, que impaciente como su amo, agita sus rizadas crines y hace saltar al impulso de su casco las mal seguras piedras del pavimento.

—¿Las cinco! exclama el desconocido mirando su reloj; y esa muchacha no viene... Pasan las horas con extremada rapidez, y ello es preciso tomar una resolución.

Media hora trascurrió todavía, que para el desconocido debió ser eterna, y convencido quizás de que ya no vendría la persona á quien esperaba, disponiase á montar sobre su caballo, cuando llegó á su oído la voz dulce de una mujer que entonaba uno de los melancólicos cantares de Andalucía.

El joven, que segun todas las apariencias debía ser su amante, exhaló un grito de alegría y voló á la reja para recibir á la persona que cantaba; mas apenas había dado algunos pasos, apareció en la puerta una joven que difícilmente tendría diez y ocho años: vestía el traje sencillo y airoso de las lugareñas de Andalucía, compuesto de monillo y saya de percal estampado, pañoleta blanca sin bordados ni flecos, y unos zapatos mas breves que el diminuto pié que ceñían. Los solos adornos de la cabeza eran algunas flores naturales, prendidas al lado izquierdo, y la negra y sedosa cabellera partida por delante en dos rizos y recogida atrás en una trenza caprichosa á que dan el nombre de *castaña*. Era la joven de tallo esbelto y gracioso; sus negros y rasgados ojos miraban como para penetrar en el alma y se bajaban luego como avergonzados de su osadía; sus sonrosados labios, ya parecían abrirse para el amor, ya para el desden, y un hoyo leve en cada mejilla, parecían el nido de las Gracias donde se disputaban la preferencia del Amor. Había en el aire de aquella niña una mezcla de inocencia y de altivez, de reserva y abandono que seducía; y ora la asemejava á las mas poetizadas divinidades de la sociedad culta, ora á la rústica mujer de la naturaleza. Enganchado en el brazo izquierdo llevaba una canastilla de flores que se entretenía en deshojar apenas respiraba su aroma.

—¿Hace mucho que me esperabas, Fernando? preguntó al desconocido, retirando por un movimiento natural la mano que este quería asir entre las suyas.—Más de una hora.—Pues no te enfades, porque de lo contrario daré yo tambien en la gracia de incomodarme por todo.—¿Acaso te doy motivos?—No; al fin es lo que me dicen las muchachas del pueblo: tu vives en Sevilla, vas á visitas, á reuniones, ves á otras mujeres mas seductoras, y sabe Dios...—Si no hicieras caso de esas simplezas...—Tienes razon; pero á veces no soy dueña de dominar la duda que me atormenta el alma: Siento celos contra no sé quien, y entonces le odio.—¿Aurora!—No, no te incomodes, exclamó la niña con prontitud: ¿quién sabe si lo que me parece odio no es sino un exceso de cariño?—Pero puedo llegar á serle indiferente.—Eso nunca. Mira mis sospechas, añadió la joven señalando el horizonte con su blanca mano. ¿Ves aquellas nubes que se pierden en lontananza? quizás se alzarán de la tierra con el temerario intento de oscurecer los rayos del sol. ¿Y qué han conseguido? Huir presurosas de su fuego y vestirse de mil colores brillantes para hacer mas sublime su despedida.—Esos temores nunca salen de ti sino de tu familia.—No es extraño, porque me quieren y no te conocen. ¿Por qué te empeñas en que sea un secreto nuestro amor?—Ya te he dicho que mi madre lo llevaría á mal.—¿Y por qué?—Porque vive sola y creería que la mujer que amase á su hijo se le iba á robar.—En conociéndome me haría justicia; lejos de abrigar la sospecha que has indicado, vería que en vez de perder un hijo, el cielo le daba dos.

El toque de oraciones separó á aquella amante pareja, que aun permaneció largo rato sentada en el pretil del pórtico hablando de su amor y de su felicidad. Fernando montó sobre su caballo que pafaba impaciente; se despidió de Aurora y desapareció: muy pronto volvió á versele en el valle donde nacieron los muros del convento. Aurora le arrojó una flor de su canastillo, y le saludó con su pañuelo hasta perderle de vista entre las sombras. Entonces le envió un beso con la mano y desapareció risueña por la senda que cruza serpenteando el cerro y termina en San Juan.

Enbebida en sus felices pensamientos, no reparó la atolondrada niña en un joven oculto en uno de los pilares de la verja que, al sentir el leve crugir de su traje, exhaló un suspiro, ni en una anciana que desde el olivar la había estado observando, y al pasar junto á ella, dibujó en sus labios una maligna sonrisa.

—Le ama, le ama; yo mismo lo he oído, exclamó con desesperación el joven; no me queda ninguna esperanza.

—El cazador herirá á la paloma, el mal triunfará del bien y la pobre Consuelo quedará vengada.

Y absortos en sus reflexiones, sin reparar el uno en el otro, la anciana y el joven abandonaron el puesto en que respectivamente habían estado de centinela.

Aquel joven era Miguel, el amante de Aurora, siempre fiel y siempre desgraciado. Aquella anciana vivía en una choza aislada lejos de San Juan. Los sencillos habitantes del pueblo la llamaban indistintamente la *hechicera* ó la *vampiro*, fundados unos en su vida misteriosa, y otros en que todas las noches se la veía rondar las tapias del cementerio; mas era pura y simplemente la madre de la pobre Consuelo.

(Se continuará.)

LUIS GARCÍA DE LUNA.

ESTUDIOS DE COSTUMBRES.

CAPRICHOS DE GOYA.

Leía yo, hace algunas mañanas, los caracteres de Theophrasto y preparábame a leer los de la Bruyère, cuando, al fijar maquinalmente la vista en las diferentes obras de Historia natural que encierra mi librería, exclamé cerrando el tomo de repente.—Más de ochenta especies de patos existen en la naturaleza, otras tantas de serpientes, de monos y de perros, pero el hombre, aunque se divide en razas, no compone más que una especie: ¿en qué se diferencia, pues, el racional del irracional? Primeramente, en la fisonomía, segundo, en que piensa, y por último, en que habla.—Esto no es cierto, me respondí, porque sin contar con los negros, yo conozco hombres que tienen cara de monos, de burros, de culebras, de ratones, de caballos, de conejos y de lobos; mujeres que parecen lechuzas, raposas, ó basiliscos, y que en el campo, escondidas entre matorrales, un cazador las tomaría fácilmente á las unas por liebres, á las otras por lagartos, si á esto se añade que hay muchos hombres que no piensan, y que los loros y las coterías, los guacamayos, los pericos reales, las urracas y los toros hablan sin saber lo que se dicen, como hacen los necios y los tontos á todas horas, tendremos que el hombre puede dividirse en especies como los irracionales.

¿Se quieren mineros? ¿se necesita abrir un túnel? pues ahí están las ratas, los topos, los hurones y los conejos que no me dejarán mentir. ¿Hay que fabricar una casa de campo? ¿es preciso para llegar hasta ella construir puentes que unan las orillas opuestas de un arroyo? pues llamad á los castores, y sin levantar planos, sin palas, picos, azadones ni espaldas, en poco más de quince días edificarán su quinta en el lugar mas escondido de una selva que alumbrará de día el sol, atravesando trabajosamente con sus rayos los enredados y verdes ramajes, y de noche la luna, disipando las blancas y flotantes gasas de las nubes para rielar chispeante en la cristalina corriente del arroyo, y salpicar con lluvia de plata las copas de los árboles. ¿Hace falta cera ó miel? pues cubrase el hombre el rostro con una careta de tupidos alambres, las manos con pieles, y atropellando á los porteros que le cerrarán el paso zumbándole en los oídos, entre en las colmenas, y tomando posesión de los amarillos y olorosos panales, grite chupándose los dedos:—¡ya tengo luz! ¡ya tengo postres! Necesita sedas para tejer lujosos trajes con que engalar á las mujeres, lana para hacerse pantalones y levitas, le hace falta un par de zapatos, puños para bastones? ¿Es gastador y busca una gorra de pelo? ¿Hace frío y desea un gabán de pieles? ¿hace calor y lo quiere de alpaca? pues los gusanos le darán sus capullos, los corderos sus vellones, los becerros sus pieles, los elefantes sus colmillos, el oso la gorra y la alpaca su pelo. ¿Se le antoja comerse una tortilla? pues no tiene mas que decirle á la cocinera: ¡Ponga Vd. una sartén á la hornilla! y mientras la cocinera monda y parte á ruedas las patatas sin quitar los ojos de la sartén en donde chisporrotea el aceite, ni del gato que á dos dedos de la hornilla se lava la cara, meneando la punta del rabo y con la vista fija en las cuerdas de chorizos, morcillas y longanizas que penden de la campana del fogón, mientras que esta escena se representa en la cocina, abra la puerta del corral, entre en el gallinero, y sin hacer caso de las gallinas, que las unas, ladeando la cabeza y encogiendo la pata cacarean mirándole, y las otras huyen dando voleteos y saltando por encima de la cañuela del salvado hasta que la vuelcan, sin hacer caso del gallo que al verle acercarse al ponedero, endereza la cresta, y con el pico y las alas abiertas, avanza hasta él escarbando la tierra, dando brinco, sacudiendo los espolones y trezando como los bailarines, coja media docena de huevos frescos y á la cocina con ellos; que si se le antoja comerse el gallo, no tiene mas que tirarle una espuerta, agazaparlo y retorcerle el pescuezo á vista de las gallinas, que cacareando y huirán al campo por debajo de la puerta, ó subirán á las tapias del corral, al mismo tiempo que el gato, bufando, salta al tejado con un chorizo entre los dientes y medio puchero de agua hirviendo en el lomo.

Estos y otros disparates pensaba yo hace algunas mañanas teniendo el libro de los Caracteres de Theophrasto y de la Bruyère, abierto entre las manos, cuando dándome una palmada en la frente, murmuré:—¿Quién duda que el hombre se divide en especies? ¿quién duda que esas diferentes especies la forman la multitud de caracteres que distinguen á los racionales los unos de los otros? ¿Se quiere un ejemplo de la verdad que encierran mis palabras? Cuántas veces observando la fisonomía de un racional que nos encontramos por primera vez en la calle, exclamamos:—Ese hombre tiene cara de escribano; imposible que no sea escribano, repetimos volviendo la cara y mirándole de arriba abajo, y ese hombre no lleva ni una pluma detrás de la oreja que indique su profesion, ni letrado en la espalda que diga: «Soy escribano;» cuando mas, lleva en la cara dos ojos, en cuyas niñas cree uno que brilla la balanza de la ley con un renglon en el fiel que dice á los transeuntes:—«Se vende justicia;» y una boca medio abierta donde entre dientes agudos y colmillos afilados, se mueve la punta de una lengua que parece murmurar:—«Yo tengo fé, ¿quién me la compra?» Otras veces vé uno pasar un hombre serio, con la cabeza cubierta por un sombrero estropeado metido hasta las orejas, de bigotes canos y bronceos que se encrespan hasta enredarse en las cerdas negras que le asoman por las ventanillas de sus amoratadas narices, de ojos cubiertos por cejas espesas y que con el flaco y largo cuello embutido en el enorme corbatín de terciopelo donde descansan las chupadas quijadas, envuelto en gabán azul completamente abrochado, con pantalones montados al aire, azules como el gabán en invierno, blancos en el verano, zapatos de paño, guantes de estambre azul ó de algodón blanco, un cigarro mixto en la sumida boca, muleta con puño de cuerno, borlas de cuero y regaton de metal en la una mano, y la otra con el puño cerrado á la espalda, marcha con marcial continente, arrastrando los pies y sin mirar á nadie; ¿quién no exclamará al verle?—«Ese hombre ha sido militar;» y la gente, sin embargo, al mirar aquella ridicula figura lo contempla con respeto, le abre paso y le deja la acera; pues ese hombre ni lleva una cruz en el pecho, ni nada que indique que ha peleado por defender á su patria, á no ser una boca que cuando se abre para arrojar bocanadas de humo parece que va á gritar:—¡Batallón! ¡al hombre! ¡arguen! ¡fuego! pues si quiere uno convencerse de si es ó no es militar no hay mas que seguirle al Buen-Retiro, vedlo mas tarde en el *partier* sentado en un banco de piedra, parar con su muleta el arco que rueda la mas pequeña de sus nietas, vedlo como sienta sobre sus rodillas al mayor de sus nietos, que, con uniforme de cadete, y una pelota en la mano, mira el renglon que su abuelo escribe con la muleta en la arena.—Mil ocho... cientos... o... ch... o, grita el nieto, apenas el abuelo traza la última letra, al mismo tiempo que su hermana empuñándose con el arco en la mano, dice:—Abuelito, un beso; vedle acariciar á la nieta, poner en tierra al cadete, desabrocharse el gabán; meterse la mano en el bolsillo, y mientras da una peseta á cada nieto, contemplad la placa de San Hermenegildo que prendida

al frac, brilla sobre su corazón.—¡Mi coronel! prorrumpe al aproximarse á él otro anciano, llevándose militarmente la mano al sombrero; es un capitán, pues aunque no lleva las dos charreteras en la cara, el corbatín de baqueta, donde descansa su cabeza, de fisonomía vasta, pero feroz, la cinta de la cruz de San Fernando, que luce en el ojal de su levita azul, raída, pero limpia, el brazo manco que oculta descansando entre las abrochadas solapas, los zapatos de vaca, con agujeros en forma de estrellas que sirven para comodidad de los juanetes, y el perro de aguas que le acompaña, todo indica, que de tambor, á fuerza de cuchilladas y balazos, logró ascender á capitán.

Cuando en días de invierno, en esos días hermosos del invierno de Madrid atravieso por el Campo de la Lealtad y veo sentados al rededor del obelisco del Dos de Mayo multitud de ancianos, cojos los unos, mancos los otros, que con corbatines de paño, chaquetas azules, cintas en los ojales, sombreros raídos de copa alta de todas formas, adornados de una pequeña escarapela, fuman y toman el sol distraídos en ver jugar á sus perros, en esconderles pañuelos para gritarles después; búscalo! en tirarles piedras ó en mandarles hacer el ejercicio, basta con observarles un momento, y por sus fisonomías, y por la casta de los perros que acompañan á cada uno, adivinareis cuál ha sido sargento, cuál ha sido teniente y hasta el arma á que han pertenecido. El que ha hecho su carrera entrando á servir de corneta ó de tambor, tiene á sus pies acostado en figura de esfinje su correspondiente perro de aguas carleando y mirándole fijamente, esperando que su amo le mande dar saltos por España, por la batalla de Bailen, por la de Talavera ó la de Vitoria: el que ha sido sargento lo usa dogo, el que fué gastador chino; los tenientes, podenco aunque no caeen nunca; los artilleros mastin, como el que guardaba los caballos de la volante; el que ha servido en caballería ese no lleva perro, y si lo lleva es un perrillo americano de lanas blancas, con una cinta encarnada por collar; ese perro no es suyo, es de su mujer, lo saca á pasear; si alguien lo pisa, no se incomoda, al contrario, le dice sonriendo:—ponte unos zapatos;—no insulta ni al que le pega un puntapié, ni al cochero que le atropella; en una palabra, no es su amigo, no es el perro con quien habla, con quien juega como un niño; no es el perro que le recuerda el de su batallón, aquel perro que en el alojamiento mataba los conejos y las gallinas en los corrales de las patronas; aquel perro que cuando un centinela se dormía en puesto avanzado, al ver que el coronel se dirigía hacia aquel sitio, lo despertaba tirándole con los dientes del capote; aquel perro que cuando algun soldado quedaba herido debajo de un monton de cadáveres en el campo de batalla, escarvando sobre los muertos y ladrando con un palmo de lengua fuera, avisaba para que viniesen sus compañeros á desenterrarle de entre aquel monton de carne humana; aquel perro que, al oír los primeros tiros de la acción, avanzaba hacia el enemigo delante de las guerrillas, y que al oír á los tambores, á las cornetas y á las músicas tocar paso de ataque, ladrando y sacudiendo las orejas al oír silbar las balas, entraba en la brecha pegado á la bandera; aquel perro, en fin, que su madre lavó y peinó al abrazar y besar á su hijo de vuelta de la guerra.

Todos los caracteres que llevo descritos de la especie militar, forman una misma familia, y, sin embargo, no hay mas que observar sus inclinaciones, sus gustos, el género de vida que hace cada uno, para notar las diferencias que existen entre ellos: á pesar de que se parecen, ¿quién duda que un fisiólogo podría clasificarlos en—especie coronel retirado, especie capitán idem, y así sucesivamente? Todavía no he visto un juez de quien no se diga sin conocerlo:—Ese hombre tiene cara de juez. ¿Quién no conoce á un barbero, aunque no lleve la vacía debajo del brazo? ¿Quién no conoce á un peluquero, aunque no lleve los peines y las tijeras en la mano? Y á un sacerdote, ¿quién no lo conoce, aunque se vista de color y no se descubra la cabeza? ¿Quién al ver á un racional flaco y mal vestido contemplar por los cristales de las pastelerías y de las fondas los manjares, los volátiles, los pescados y la multitud de golosinas que el dueño del establecimiento expone al público, quién al oírle después decir en un corrillo pestes del gobierno, quién al oírle hablar mal á todas horas de los ministros, no dice:—Ese hombre es un cesante? ¿Quién al oír en el café á otro disputar de política, manotear, quitarse el sombrero, volvérselo á poner, levantarse, sentarse, leer periódicos y pronunciar en el calor de la contienda las palabras de patria, sistema, reaccion, Cámara, mayoría, minoría, votación y otras semejantes, quién es el que no conoce que ese hombre es un vividor político? ¿Quién al oírle combatir al gobierno, aun en las cosas mas justas, no dice:—De oposición. ¿Quién al oírle defender á los ministros hasta cuando hacen disparates, no exclama:—Ministerial. ¿Quién, por último, al escuchar á un hombre hablando de pleitos y asegurar que no á perdido ninguno jamás, no dice:—Abogado de pobres. ¿Y quién al oír á otro que habla de las curas milagrosas que hace no murmura: médico idem. ¿Quién no conoce á un sangrador cuando vá á caballo por la calle?

Respecto á los oficios, supongamos que al vernos atravesar sale un racional á su puerta y nos mira las botas; no cabe duda, ese hombre es zapatero; que estrenamos levita ó pantalones, y otro hombre nos fija su vista en el talle,—sastre; que nos mira el sombrero,—sombrero; que en la mesa de un café nos oye decirle á un amigo que estamos mal de dinero, y al levantarnos nos saluda sin conocernos con el cariño de un padre, enseñando los dientes y frunciendo los ojos, que por niñas parece que tienen dos moneditas de oro bañados en vitriolo,—usurero.

Esa multitud de racionales que llevan impresa en las fisonomías, sus oficios, sus profesiones, sus instintos y sus costumbres, ¿no forman diversas especies que dividen la familia humana hasta el infinito?

Los comisarios de policía al hacer el padron las clasifican al llenar la casilla que marca la ocupacion de cada vecino; un fisiólogo, un observador con solo fijar los ojos en la casilla y mirar el retrato del individuo, puede adivinar sus costumbres públicas y privadas. Supongamos que coge un padron y lee: «Fulano de Tal;—edad, cincuenta años;—estado, casado;—profesion, empleado con sueldo de 8,000 rs. anuales;—vive calle de cual, número tantos, cuarto principal;—segun el papel de inquilinato, paga 9,000 rs. al año por el cuarto que habita.—Mengana de Tal, su muger;—edad, veinte y ocho años;—ocupacion, su casa.—¿Quién, al llegar aqui, no adivina que esta muger no se ocupa ni de su casa ni de su marido? ¿quién, de congetura en congetura, no viene á parar á las siguientes deducciones?—Si este hombre fuera propietario, ¿cómo habia de ser á su edad empleado con sueldo tan mezquino? Si su muger lo fuera... las mujeres de veinte y ocho años, si son propietarias, no se casan nunca con viejos pobres; este hombre corresponde á la especie numerosa de los padres que exige la ley para que sean legítimos los hijos que la muger concibe por obra del demonio. ¿Quién no conoce á este buen señor que con la cara completamente rasurada, sin cejas, ni pestañas, cubierta la cabeza por una peluca de pelo de baul, habla en todas partes de la virtud de su mujer, que no está nunca en su casa á las horas que no debe estar, que fuma excelentes habanos, que se da, como vulgarmente se dice, buena vida, que tiene

su trapillo, que pasea todas las noches á caza de gangas, que cuando le hace falta dinero y su mujer se lo niega, le dice amartillando una pistola vacía y amenazándole á la cintura:—¿Lo que es ese no lo reconozco. ¿Quién no adivina que este hombre en su juventud despilfarró el corto patrimonio que heredó de su madre, á quien mató á pesadumbres, derrochándolo alegremente entre mujeres de vida airada, naipes, vino y comilonas? ¿Quién no adivina que le debe el empleo á la misma persona á quien sus hijos legales llaman padrino? ¿Quién no adivina, en fin, que este hombre, morirá de mal de San Lázaro, de melena, ó de miserere, sin que á la hora de espirar vea á los pies de su cama otro sér humano que la enfermera, que con los ojos fijos en los suyos, parece decirle:—¿cuándo te acabas de morir?

Este sér asqueroso y repugnante ¿no forma parte de una familia á quien puede calificarse bajo la denominacion de especie sapo-racional? Ese hombre ¿qué viene á ser en el mundo, sino una alma mezquina conduciendo un cadáver, como decía Epicléto?

Aquellos de mis lectores que conozcan los *Caprichos de Goya*, habrán admirado mas de un tipo parecido al anterior, trazado por el pintor filósofo-satírico; y al fijar los ojos en las valientes é intencionadas líneas que con su inspirado lápiz creó en momentos de meditacion y melancolía, á no dudarlo, habrán sentido, como yo, mil y mil ideas agruparse á la frente: tanto sarcasmo, tanta ironía encierran aquellos dibujos, que á pesar que gozamos al examinar la perfeccion de la forma, la riqueza de detalles y lo gráfico de los rasgos, aunque lo cómico y ridículo de la composicion arrancan risa de los labios, hay un no sé qué de incisivo, de punzante y desgarrador en el fondo, que nuestro pensamiento, encarnándose en el del artista, vé aquellas sarcásticas concepciones á través de una nube de tristeza, y no parece sino que algo impalpable y sombrío pesa sobre el alma; algo, en fin, que exalta la imaginacion y embota los sentidos. No hace muchas noches, exclamó un amigo mio, teniendo á la vista el capricho titulado: *Y se le quemó la casa!*—cada hoja de este álbum me hace, al verla, el mismo efecto que me produce beberme una taza de café; me gusta, me extasio saboreándolo, pero me amarga el paladar, me irrita la sangre y me quita el sueño.—A mi, le contesté, se me figura que estoy leyendo á media voz el *Quijote* á la cabecera de un moribundo, que me acaba de tocar el premio grande de la lotería; y que al ir á cobrarlo, paso por la puerta de una iglesia y oigo cantar el *Dies iræ*..., ó que en noche de Carnaval, al retirarme á mi casa, tropiezo con el cadáver de un suicida, vestido de Arlequin. Siempre que leo á los grandes satíricos, siempre que leo una escena de Aristófanes ó de Terencio, de Shakspeare, de Moliere ó de Moratin; un capítulo de Rabelais ó de Cervantes, de Sterne ó de Balzac, finalmente, siempre que leo un trozo de Byron ó un artículo de Larra (*Figaro*), siempre me quedo en la butaca en posicion idéntica á la que Paul Delaroché pinta á Napoleón en Fontainebleau, con la cabeza hundida en el pecho, inmóvil, fijos los ojos en el aire, la sonrisa en los labios, contando los latidos de mi corazón, que no parece sino que se ahoga en un mar de melancolía, y eso que yo no tengo ni trono que perder ni ilusiones, ni perro, nada absolutamente, como no sea la vergüenza, ó el pañuelo.

Entre los filosóficos y sarcásticos dibujos que Kolbae ha trazado en los *animales parlantes*, hay uno que, al verlo por primera vez, hirió mi fantasia, arrancando risa de mis labios y sentimiento de mi corazón. Representa un rey en su trono, esto es, un leon coronado, mal envuelto en la púrpura, oprimiendo con una mano el cetro y rascándose con la otra el cuadril: en vano se esfuerza por poner cara de pasuevas á un conejo que, acompañado del introductor de embajadores, adelantando con las orejas tiesas, el rabo levantado, corbata blanca, frac negro, el corazón conmovido y el vientre sin con, á las gradas del trono, donde le espera su real magestad. Lleva el conejo en la boca la risa del conejo, en la mano derecha una exposicion, y cogido de la izquierda lo conduce el zorro introductor de embajadores, que en traje de ceremonia y con semblante diplomático parece decirle:—Nada temas, S. M. es clemente, ama á su pueblo, no desea otra cosa que hacer la felicidad de sus leales súbditos, y el conejo parece que murmura entre dientes:—Y si me come! Multitud de cortesanos presencian el acto, lobos los unos, pavos reales los otros; varios monos cubiertos con grandes cruces, observan atentamente los gestos que hace su real magestad y los imitan, y un buey en traje de corte, mirando el rastro de inconveniencias con que el amedrentado conejo ha manchado la alfombra, parece decir con los ojos fijos debajo del rabo del tímido animal:—Al fin plebeyo.

Hé aqui clasificada en especies la corte de un monarca irracional: el lector podrá sacar de este cuadro filosófico-burlesco las deducciones que guste, mientras nosotros proseguimos presentando en escena otras especies de caracteres de los infinitos en que se divide la gran familia humana.

Esa multitud de viudas que no han tenido marido nunca, que acompañadas de sus hijas, al toque de la oracion entran pausadamente en los cafés, con la vista baja, pero escudriñándolo todo con el rabo del ojo, tosiendo con la tos asmática de las hienas, con el velo echado, y que de la misma manera que las lechuzas, después de recorrer aleteando las naves de la iglesia, plegan las alas y se posan sobre la lámpara del sagrario, toman asiento en el rincón del café mas próximo al mostrador, ¿no componen una especie á la que podríamos clasificar con el nombre de lechuzas-racionales? No hace muchas noches me encontraba solo ocupando la mesa de un café, pensativo, completamente abstraído, sin ver, sin oír, cuando de repente alzo la cabeza y veo á una señora como de cincuenta años, de estatura de gastador y completamente enlutada, que cogiendo una silla y alzándose el velo, murmuró sonriendo y lanzándome una mirada maternal:—Si este caballero fuese tan amable... no hay ninguna mesa desocupada... ya se ve, los domingos... Niña, siéntate... aquí... ¡maldita puerta!... hay tanta pulmonía... tú vienes tan escotada... estas muchachas, como tengan algo bueno... yo era lo mismo cuando tenia su edad... recójete el traje... ¡parece que no ven!... luego con estos vestidos tan largos... en mis tiempos era un gusto, lo que tenia el pié bonito... niña, que pisas á este caballero... —Vd. es muy galante, ¿es Vd. andaluz? Que ojos tan hermosos se crían allí y qué aceitunas... sobre todo la pescadilla de Cádiz es una cosa que... ¡Mozo! Niña, ¿qué vas tú á tomar? Mi esposo era andaluz... Malagueño... murió siendo intendente de... ¡ay! si él viviera, ya se habria casado mi niña... Bifstek con patatas... (suenan en el reloj las seis de la tarde), pero de qué le sirve á una jóven ser virtuosa... ¿Hay queso de Flandes?... Y sin saber cuidar de una casa... dos raciones... borden... vea Vd. esas enaguas, las ha calado ella... si señor, aplancha divinamente... y café con tostada!... enseñale, enseñale el canesú... mire Vd. qué ojotas... no sea Vd. malo!... ayer lo concluyó que no sé cómo tuvo cabeza... porque el maldito del casero nos dió un rato... con el pretexto de que le debo tres meses, se atrevió á decirme... Canalla!... como si pagando una su casa no pudiera abrirle á nadie la puerta á media noche!... el padrino de la niña... figúrese Vd. que venia de auxiliar á un moribundo... ¿Tan pronto?... nada no lo per-

mito... si Vd. se empeña... Si lo va Vd. á tomar á desaire... mil gracias... ya sabe Vd. donde tiene su... yo paro poco en casa... la niña no sale nunca... (guarda esos piones)... de noche vamos á la Zarzuela... ¡es mucho Caltañazor!

Con veinte reales menos, la risa en los dientes, el cigarro en la boca, el sombrero hasta las cejas y las manos en los bolsillos, sali del café, cuando al doblar la esquina, un murciélago, sacudiendo las alas me dijo al oído:—¡Adios, hermosos! Hé aquí dos caprichos de Goya, me dije, lanzando al aire una bocanada de humo al mismo tiempo que senti trasladarse mi imaginación al Infierno del Dante, ilustrado por Doré. Todo adelante con el tiempo, prorrumpi recordando un pensamiento del emperador Marco Aurelio; las ciencias, las artes, la agricultura, la industria, todo llegará un día á la perfección, el corazón humano siempre será el mismo.—¿Qué decía Vd., señorito? viene Vd. malo? me preguntó mi portera cortándome el paso con el escobón, al verme entrar á aquella hora pensativo y cabizbajo.—No decía nada, la respondí, hablaba conmigo mismo.—Pues yo juraría, continuó, que le había pasado á Vd. algo... tiene Vd. unas ojeras y luego hay unas mujeres tan lagartas en el mundo... Vd. dirá que hago yo á estas horas barriendo la escalera; pues ahí verá Vd.; como el otro día me pariente por si le dijo ó no le dijo á la cocinera del señor que vive en el cuarto principal, ese que tiene tanto orgullo porque su mujer, según dicen malas lenguas, parece que... ¡pues! como el ministro entra en su casa á las horas que no está el señor! y sale en el coche que le ha regalado el día del santo de la señora á pasear los niños, que lo mismo se parecen á el señor que yo, y como su amo tiene excelencia, y gasta uniforme con bordados, esta tarde la muy tunanta en un revolver de cabeza que di yo para ver dónde había entrado el Santo Oleo, ¿qué ha hecho? ha cogido el mantel y lo ha sacudido en la escalera y ha puesto esto de migajas y de huesos, porque como los niños son criaturas, y á lo mejor comen con las manos... y vea Vd. el Santo-Oleo; entró ahí al lado para una joven que se está muriendo del pecho... ya se ve, hace un año que se han casado, el marido le dá muy mala vida, y la pobrecita, como ni come ni hace nada en su casa, ni le da un cuarto nunca, parece que se enamoró de uno que había sido novio suyo cuando estaba soltera, y el tal... esto me lo ha contado doña Mónica, que según dice...—¡Buenas noches! grité, dejando á aquella especie de rata doméstica con el escobón en la mano, la murmuración en la boca y la calumnia en el pecho.—Doña Mónica, para que la conozcan mis lectores, debe descender por línea recta de la culebra del Paraíso, corresponde á la especie de mujeres honradas físicamente, que apenas el sol despunta en el espacio, con media onza de rapé en la mano y el rosario en la otra, bajan la escalera, parándose á mirar por las cerraduras de todos los cuartos, y que después de preguntarle á la portera quién es el que ha subido á las dos de la mañana al piso principal, quién el que ha salido á las tres del cuarto segundo, para quién es la leche de las burras que están á la puerta y otra porción de cosas, persiguiéndose, sorbiendo tabaco, tosiendo y rezando, se dirige á la iglesia, y después de oír tres ó cuatro misas, de confesarse por lo menos una vez, vuelve á su casa, donde la esperan un perro dogo, dos gatos y un loro, feos y solteros como ella. Doña Mónica sabe lo que se come en cada cuarto, por qué se come, porque no se come, quién le debe al casero, por qué se fué la criada, cuándo estrena Vd. botas, quién entra, quién sale, quién duerme, quién vela; finalmente, doña Mónica lo sabe todo, y pasa su vida royendo huesos como las hienas; ¡cuántos caracteres semejantes al anterior no encierran los Caprichos de Goya!

Si mis lectores han encontrado alguna verdad en los diversos caracteres que he bosquejado en el presente artículo, ¿se atreverán á poner en duda que el hombre, por sus instintos y por sus costumbres, puede como los irracionales clasificarse en especies?

JAVIER DE RAMÍREZ.

PROVERBIOS EJEMPLARES.

AMOR DE PADRE, LO DEMAS ES AIRE.

Recorriendo años atrás uno de los cementerios de esta corte, fuime acercando poco á poco á un grupo de tres personas que, al parecer, lo visitaban, como yo, por simple curiosidad; pero de una manera menos respetuosa, puesto que celebraban con grande algazara algo que, sin duda, sería altamente cómico, para producir tan locos accesos de jovialidad, en un sitio destinado al dolor y al recogimiento.

Formaban el grupo, una señora como de cuarenta años de edad, un joven de veinte escasos, y una señorita ya casadera, y de incomparable hermosura; pero de una hermosa fría, que nada hablaba al corazón, ni á los sentidos, que ni siquiera tenía la elocuencia de las estatuas. Sus nombres, que la casualidad me fué dando á conocer, eran respectivamente doña Eugenia, Carlos y Rosario.

Detrás de ellos, á corta distancia, sentado en el suelo, en mangas de camisa, con una raída gorra de visera, pantalón muy remendado, y enseñando los dedos de los pies por los restos inservibles de unas botas, estaba el Sr. Andrés, en cuyo rostro se veía el dolor de un mártir, juntamente con la resignación de un santo; ocupado en limpiar varios objetos de ese género especial de que el vulgo de los padres, y el que no es vulgo también, suele atestar el hueco que, en los nichos de los párvulos, media entre la lápida y el cristal del marco, y son generalmente perritos, muñecas, floreros, cunas, espejos, canastillos, en una palabra, lo escogido de lo que aquellos amaban. ¿Quién arrancará del corazón de un padre, y menos aun del de una madre, la idea, ó, mejor dicho, el presentimiento vago, confuso, pero tenaz, de que aquello ha de servir todavía para algo, y de que la muerte física no es completa, no puede serlo, no lo es, así como no lo es la del alma? Al depositar las madres, en el sitio donde reposan las cenizas de sus hijos, los objetos de su preferencia y cariño, una voz secreta las advierte, sin duda, que si, que los necesitan, que les hacen falta para jugar en la tumba. En algunos pueblos gentiles se enterraba con los cadáveres pan y agua, para que se alimentasen en la travesía de este mundo al otro, y monedas para pagar al cruel Caronte su pasaje por la laguna Estigia.

Conociase que el Sr. Andrés ponía sus cinco sentidos en la operación de la limpieza, en que, además de rodarle por las mejillas gruesas gotas de sudor, dejando en su piel una blanca huella, al tomar aire tiraba por la respiración; produciendo esta el sonido fatigoso particular que se nota en los asmáticos, análogo al soplo de ciertas aves nocturnas, como la zumaya ó bruja.

El color de su rostro, lleno de tiznes, y la musculatura ciclópea de sus brazos, negros también, indicaban claramente el oficio del Sr. Andrés, acreditado herrero, que, á consecuencia de una serie no interrumpida de enfermedades y desgracias domésticas de diverso género, había vendido ya hasta los pergamientos, y hasta los clavos para colgarlos; viéndose, por último, en el sensible caso de trabajar de oficial, permitiéndosele

su salud, y esto cuando había un herrero que se acordase de su miseria para aliviarla, explotándole sin misericordia, y de su habilidad para aprovecharse de ella.

—¿Y qué me decís de este esperpento? exclamó Carlos, tapándose media cara con un pañuelo blanco, y violentándose para no soltar una carcajada.

—Carlos, no seas loco;—respondió doña Eugenia, haciéndole señas;—mira que nos observan.

—¡Ave María Purísima! ¡Qué mamarracho! gritó Rosario, santiguándose, y enjugándose dos lágrimas que, con la fuerza de la risa y del asombro, osaban romper la clausura, que de seguro no hubieran roto con tanta facilidad sentimientos de otra especie.

El Sr. Andrés interrumpió un instante su tarea y levantó la cabeza, volviendo los ojos, medio atelados, hacia el punto que era blanco de la burla y chacota de aquella gente.

—¡Já! ¡já! ¡já! ¡Vaya una ocurrencia!—continuó Carlos, doblando el cuerpo, y apretándose con entrambas manos el vientre.—Pues no han ido á ponerles en el cielo, con espuelas y hotas de montar?... ¡Qué bes...tia...li...dad!

Miré al Sr. Andrés, en cuyo aspecto había adivinado anteriormente un poema de dolor infinito, y mis sospechas se confirmaron, viéndole llorar á lágrima viva, y limpiarse, como recatándose, con un pañuelo andrajoso, que sacó del pecho aquel Hércules, insensible en apariencia, y dotado realmente de la sensibilidad mas exquisita.

Hiceme el desentendido, y quise ver por mi propio la causa de la escena que contemplando estaba.

El mamarracho consistía en lo siguiente: en vez de lápida, cerraba el nicho que todos mirábamos, un cuadro de madera, pintado al óleo, deplorablemente en verdad, que desde luego revelaba en su autor una ignorancia completa de las mas simples nociones del arte. Allí no había dibujo, ni colorido verdadero, ni luz, ni sombras, ni figuras, ni expresion en nada: allí solo había borrones de ocre, de carmin, blancos, negros, azules, verdes, etc., combinados de la manera mas á propósito, para producir el mas lastimoso conjunto. Sin embargo, fijando mucho la atención, se descubría el intento de representar en primer término dos ángeles, el uno de corbatín y todo, asido á la cadena del fuelle de una fragua, y el otro montado en un perro, con una bandera en la mano y gorra de cuartel; y en segundo, una docena de párvulos, con bigote algunos de ellos, jugando á los soldados y á la una, andaba la mula. En la parte superior del cuadro, y tercer término, aparecía entre nubes tempestuosas, un busto, ceñida la cabeza con una montera, imitación, tal vez, de la aureola ó corona en forma de triángulo con que los artistas suelen pintar al Padre Eterno. De la espalda de los niños, y aun de las caderas, pues en esto no dejaba de haber cierta libertad anárquica, nacían sendos apéndices blancos, que tiraban á alas: dicho se está, pues, que las tales figuras más tenían de diabólicas que de celestes. Todos llevaban, igualmente, el traje completo que el pintor supuso habían usado en la tierra, pues aquello era el cielo; y á ello aludía Carlos, al decir lo de las espuelas y las botas de montar.

Sensible es, ciertamente, que en la silenciosa morada de los muertos haya á menudo, por distintas causas, motivo para espectáculos de mofa y diversion; pero espectáculos semejantes solo pueden producirlos personas destituidas de todo sentimiento racional. El dolor, bajo cualquiera forma que se manifieste, es siempre respetable; pero cuando se manifiesta bajo una forma tosca y grotesca, que, no obstante, dice á gritos que no ha encontrado medio mejor de expresarse, entonces, y no ofendiendo á la religión ni á las buenas costumbres, ese dolor no solo es respetable, sino sublime; y toda medida para reglamentarlo y obligarle á anunciarse de cierta manera, por consideraciones puramente mundanas, sería atentatoria de los mas sagrados afectos de la naturaleza.

—¿Qué bestialidad!—repitió, balbuceando y con voz llorosa, el Sr. Andrés, convencido ya de que se burlaban del nicho de uno de sus hijos.—No diga Vd. eso; añadió el desconsolado padre, levantándose y dirigiéndose á Carlos.

Al ver este avanzar hacia él aquella torre de carne, aquel negro gigante, con los ojos encendidos, casi vertiendo sangre, con el pecho arqueado como una bóveda, y cubierto de vello é igualmente los brazos, pues iba despujgado y con las mangas de la camisa regazadas, debió creer llegada su última hora, y, en su consecuencia, retrocedió algunos pasos, acechando cuidadoso los movimientos del que consideraba su enemigo.

—¿Quiere Vd. saber lo que á la hora de esta me tiene de coste ese mamarracho?—exclamó el Sr. Andrés, principiando á poner en su sitio los juguetes, limpios con esmeruloso esmero.—No tema V., señorito; acérquese, y quizás se arrepienta de sus palabras, que se han clavado en mi pecho como puñales.

—No hay necesidad de saberlo,—respondió el joven, mirando su reloj;—es tarde ya, y no podemos detenernos.

—Les detendrá á Vds. poco; despacharé en un decir Jesus.

Mientras el Sr. Andrés acababa de arreglar el nicho, Rosario dijo á su mamá:

—Figúrate qué nos importarán á nosotros las simplezas que pueda contarnos ese hombre!

—Con todo,—respondió la mamá,—hemos de oírle.

—Oigámosle,—añadió Carlos, que aún no las tenía todas consigo, y quería amansar al Sr. Andrés, condescendiendo, sin mas réplicas,—oigámosle, y Dios nos dé paciencia. Si me duermo, haz el favor de llamarme, Rosario.

Sentámonos, volvió el Sr. Andrés, encendiendo un cigarro de papel, dió principio á su relato en estos términos:

«Hace diez años no hubiera yo cambiado mi suerte por la de la reina de España: tenía una salud á prueba, un pedazo de pan que llevar á la boca, trabajo á manta, y, por remate, me vivía mi mujer (que Dios haya), y esos dos pedazos de mis entrañas, que hacen hoy.»

Y apuntó con el dedo índice de la mano derecha á los nichos marcados con los números 49 y 50.

«Ahora estoy solo con mi pena en el mundo, hecho un mendigo, pidiendo á su Divina Magestad que me conserve esta vida miserable, tan siquiera hasta pagar lo que debo á la Sacramental; pues luego, aunque arrojen mi cuerpo á la tempérie ó á la hoya grande, poco importa. Yo bien quisiera descansar junto á ellos, para que viesen que su padre no los abandonaba ni en vida ni en muerte; pero esto no puede ser, como yo no me vuelva dinero; á más, ya lo conocerán ellos; ¿piensan Vds. que se le escapará al doctor lo que su padre rema, para que él y su hermano estén á gusto como unos principes? Vds. dirán: ¿y quién es el doctor? El doctor era mi Juanillo, el mas chiquitín, y le llamaba yo así porque tenía unos dichos, unas salidas, y un aquel, que le dejaba á uno parado á lo mejor. ¡Era mucha alhaja!»

—Diga Vd. buen hombre,—exclamó doña Eugenia, interrumpiendo la narración.—Si Vd., según manifiesta, es tan pobre, y no tiene sobre qué caerse muerto, ¿por qué no ha entrado á los niños en el suelo, en vez de meterse en gastos así... tan...

—¿Qué está Vd. diciendo, señora?—saltó al punto el señor Andrés, como si le hubiera picado una vibora.—¿Por qué no

los he entrado en el suelo?... Porque tendrían frío los pobrecitos. Ahora, en lo tocante á mí, ya es otra cosa; yo estoy curtido, á mí el frío no me pasa, y ya mi cuerpo conoce la dura tierra...

«Pues, como iba diciendo, Juanillo y Paco eran la alegría de la casa (que no hay alegría en casa donde no hay niños), y el remedio de todos mis males. Yo digo que, sin ellos, estoy como un pájaro que no puede volar; ellos eran, como si dijéramos, las alas de mi corazón. ¡Y pensar que ya no he de volver más! ¡Yo, que al menor asomo de peligro, siempre les estaba pedricando!... Que si uno se subía á una reja, pongo por caso, le gritaba:

—¡Abate si voy, picaron; ábate si voy!

Y si esto no bastaba les metía miedo, diciéndoles:—*Quitaisus de hay, mirái que va á salir un lobo y sus va á comer!*

«Cuando nació mi Paco, el mayor, le compré una cuna que tenía que ver, y me la puse de cintas y cosas de arriba abajo, que me rio yo de un jardín. Todas las tiendas de la bajada de Santa Cruz me parecían pocas para adornarla!

«En mis ratos de vagar, que entonces no eran muchos, pues trabajaba como un desesperado, todo para aquel cordero, corría á su cuna á cantarle y á mecerle; y estando Paquito despierto, le ponía en pié sobre mis rodillas, alzándole y bajándole, porque esto le hacia reír como un bobillo. Algunas veces su madre, nunca harta de tenerlo en brazos, quería arrebatármelo, como si solo fuese suyo, y nos disputábamos sus caricias como dos reyes se disputan una corona: aquello era una guerra civil á cada instante. ¡Pobre Mariquita! Miren Vds., santas habrá en el cielo, pero mejores que ella... ¡canario! ¡eso si que nones!

«Pues, señor, que á los dos años nos nace Juanillo...—¡Vengan hijos y vengan trabajos!—me decía yo,—habiendo salú, aquí está Andrés para todo.

«De cuando en cuando, suspendía mis faenas, poniéndome á jugar con ellos como un chiquilicuatro. Mi vecino, Pericon, el *arbañil*, hombre sin entrañas, que maltrataba á los suyos, que era cosa de partirse á uno el corazón, porque hay padres de padres, solía decirme:

—¿Quieres papilla, niño zangolotino? ¡Miren ustés el mocicaco!

«Entonces besaba yo á mis hijos, como si fuese á comérmelos; tanto, que una vez el doctor me dijo:—«Papá, que me muerdes el carrillo.» Porque yo, bruto de mí, no sabía quererlos de otra suerte, mas que á la pata la llana!

«Pericon, haciéndome la mamola, añadía luego:

—Trabaja, trabaja, zangandango, y deja esos mocosos, que con tanto mimo los echas á perder. Los hijos de los pobres no deben deprender monadas.

«¿Qué hacia yo al oírle? Agachábame, ponía enfrente al chiquitín, el chiquitín venía hacia mí, moviéndose á los lados con el andar de las palomas, y Andrés contestaba al *arbañil*, para hacerle rabiar:

Aquí te espero
comiendo un huevo,
una vaca
y un ternero.

«Cuando yo salía de casa, aunque su madre quedase al cuidado de ellos, siempre estaba con el credo en la boca; hubiera querido poder melérmelos en el bolsillo, y llevármelos, como la petaca, á todas partes.

«Julianillo, hijo de Pericon, viéndome muchas noches hacer barcos de papel para los niños, mientras su padre se iba á la taberna, me decía:—¿Sr. Andrés, me dá Vd. uno?

—¿Por qué—le preguntaban los míos—no te los hace tu padre? ¿No sabe hacerlos?

—Sí; pero un día le pedí una pajarita, y me respondió:—«toma para castañas.»—pegádomelo en la cabeza.

«Entre Paco, Juanillo y él, no sé si de lástima ó de qué, no había pan partido: los míos andaban siempre llamando y diciéndole:—¡apara! ¡apara!—y le echaban en las manos higos, castañas, cerezas, ó lo que merendasen.

«Paco no había cumplido ocho años, pero era ya un hombrecito, que servía de *follique*, esto es, tiraba por la cadena del fuelle como *unas mi almas*, ganándose su pan. No que no! pues, ¿y Juanillo? Juanillo *sangraba la fragua*, hacia recados, y... ¡si hay para morir uno mil veces, acordándose de ciertas cosas!

«A proporcion que iban creciendo mis *nesecidades*, aumentaba yo mi trabajo, pasándome todo el día y parte de la noche machaca que te machacaras, y lima que te lima, hasta que el cansancio ó el sueño me rendían.

«Juanillo y Paco eran rubios como ingleses, y como la nieve de blancos; pero el polvo de carbon me los ponía llenos de tiznajos, como unos diablillos; mis dos oficiales y yo siempre estábamos negros también como condenados, y mas negras estaban las paredes del obrador que las de un calabozo oscuro. Pero cuando á la caída de la tarde ó á la noche cogía mi Paquito la cadena del fuelle, y el fuelle principiaba á dar resoplidos como un toro, y la fragua, hecha un volcán, arrojaba á lo alto chorros de lumbré, que salían chisporroteando y alumbrándolo todo como un árbol de fuego; cuando á esta iluminación acompañaban los cantares que siempre el pobre menestral tiene á mano para espantar sus pesadumbres, y el martilleo de los mazos que, al mismo tiempo de forjar el hierro hecho áscua, nos llevaban el compás mejor que un maestro de capilla, sobresaliendo sobre todas las voces las de Paco y Juanillo, mas hermosos, si cabe, á los reflejos de la fragua que á la luz del día, entonces mi obrador era la gloria bendita de Dios, y mis dos niños dos ángeles del cielo.»

La poderosa voz del infeliz herrero había logrado suspender la atención, y aun conmover á casi todos los oyentes.

El Sr. Andrés continuó:

«Luego dicen: «Andrés, conformidad; Andrés, *resinación*; Andrés, pitos; Andrés, flautas... Pues yo, habiendo perdido mis hijos ¿de qué sirvo ya en el mundo, sino de estorbo? Cuando como algo de lo que á ellos les agradaba, rejalgar se me vuelve, y rabio contra mí mismo, y me digo: «¡Con qué gusto comería esto el doctor, y qué boceras que se pondría! ¿Cómo abriría los ojos mi Paco!»

«Siempre andaba yo devanándome los sesos, pensando en su carrera: tan pronto me parecía la mejor la de médico, tan pronto la de cura, tan pronto la de platero. El doctor tiraba por la de *militar*; Francisco por la de herrero, como yo, y así están pintados. En resumidas cuentas, ninguna me petaba, porque todo se me hacia nada para ellos. Pero, en fin, iban á la escuela, y *dambos* á dos ganaban premios en los *desámenes*.

«Mis toros, y mis tabernas, y mis juegos, eran mis hijos y mi trabajo; así es, que salían de mis manos unas obras que, no es porque yo lo diga, eran un pasmo, y no chapucerías como las de los otros, que da vergüenza verlas; y es porque generalmente solo se trata de ganarse el pan de cualquier modo, y vamos andando. Los balcones que hice para el palacio del marqués de Puente Rojo (que en paz descansa) (aquí se miraron doña Eugenia y los dos jóvenes) á la vista están, y no me dejarán por embustero. Cuando fui á llevárselos, despues de mirar—

los y remirarlos el lo menos durante un cuarto de hora, me dijo:

—Vd. sabe lo que ha hecho, Sr. Andrés?
—Yo, la verdad, me creí que me regañaba, y medio temblando, le respondí:

—¿Qué he de haber hecho, sino los balcones que usia me encargó?

—Entonces el replicó:
—Ha hecho Vd. unas flores que son una verdadera filigrana, un modelo en su género, Sr. Andrés. ¡Si estas cosas propiamente están oliendo, como si las acabasen de cortar en un jardín!

—Por supuesto, el dicho del señor marqués era una desagraviación, pero, en fin... Pues no paró aquí la cosa, sino que amen de entregarme el valor de la obra, me regaló una onza de oro para cigarrillos.

—Ahora me sucede todo lo contrario; soy el hombre mas flojo del mundo, no sirvo para maldita de Dios la cosa, y un aprendiz torpe es capaz de echarme la pata. Yo era de bronce; pero los golpes recibidos me han puesto blando como el hierro que forjaba en el yunque lo mismo que si fuese cera. ¿Ven Vds. esta facha? Pues todo es fantasía y apariencias.

—El primer golpe fué la muerte de mi puerita, despues de una enfermedad de un año, que me dejó por puertas, pues entonces comenzaron tambien mis ataques de asma. ¡Paciencia; quien manda, manda, cartucho en el cañon! Antes de morir la hice mayordoma de esta Sacramental, y aqui está enterrada. «A trabajar, Andrés—me dije—tienes dos pajariños que abren el pico y te piden de comer, y es preciso buscarles grano.» Pero ¿creen Vds. que paró en esto mi desgracia?... A poco tiempo cae mi Francisquito con sarampion, y aqui empieza mi aquel; principio á vender el ajuar, comenzando por mi cama y concluyendo por mi ropa; despedí los oficiales, mi niño mayor no podia tirar del fuelle, y yo tenia que atender á todo. Paquito estaba en el piso bajo, como la fragua, y á cada paso entraba yo á verle, y al punto salia, y vuelta á la faena, y daea al enfermo, con cien ojos y cien oídos adentro y afuera, para cuidar de mi hijo y para que no me robasen algo.

—A todo esto, con las malas noches y mi enfermedad, y la de Paco, mal comido y durmiendo vestido sobre los ladrillos como un perro, para estar listo, la cabeza se me abría de dolor, y los ojos se me saltaban de las cuencas; pero yo, firme que firme, hála, hála, hála, amarrado al yunque y á la fragua, para que nada le faltase á Paquito. A cada golpe que descargaba sobre el yunque, unas veces parecia mismamente que el celebro iba á partirse en dos metades y á perder el juicio, y otras que me machacaban los sesos y me atenacaban el corazón. Los cantares habian cesado, y el obrador estaba sientencioso y negro como una cueva.

—¿Qué días, señores, qué días y qué noches! Por fin, cuando ya creíamos que iba un poco mejor Paquito, una mañana sale corriendo su hermano y me dice:

—¡Padre, padre! ¡Paco no quiere despertar, por mas que le llamo para que juegue conmigo; y me mira de un modo!...

—El corazón me da un vuelco, arrojé desesperado el martillo que tenia en la mano, y me encuentro con mi Paco de mi alma tieso como un pajariño. Se le habia metido para adentro el sarampion... Yo creo que no me llamó antes de morir por no asustarme; que sino ¿cómo él se hubiera ido sin decirme á lo menos:—yo me voy derecho á la gloria; no flores, padre; mira que sino me enfado?

—¿Aunque ya estaba yo completamente arruinado, me propuse satisfacer con toda puntualidad los plazos de la mayordomía; pero el quid estaba principalmente en reunir dinero; no pudiendo yo trabajar para tener casa abierta y atender á todas las necesidades, me eché á pedir limosna con mi niño de la mano, privándome á menudo, para hacer ahorros, hasta del indispensable alimento, á no ser que en las casas nos diesen algun mendrugo ó sobras de comida.

—A los seis meses muere tambien Juanillo. Mi dolor fué tan grande, que ni llorar pude; me quedé aturrido, como si me hubiesen pegado con un mazo en la cabeza.

—Como los niños no tenían derecho mas que á sepultura de galería, tengo que abonar su traslación á nicho; y ahora trabajo, cuando el mal me deja, y cuando no, sigo pidiendo limosna. Yo iré pronto detrás de ellos; se me ha encalabrado la idea de que así que acabe de satisfacer mi deuda, se apagará esta luz; y voy á salirme con la mia. ¡Oh! si me hubiera encontrado útil para el servicio de las armas, ya estaria libre de mi compromiso con la Sacramental! Pero, ¡quién ha de comprarme en esta disposición! ¡Si tan siquiera valiese los dos mil reales que me faltan, me venderia cómo un negro, y sería esclavo de la buena alma que me hiciese esta obra de caridad!

—Pues vamos ahora á lo del mamarracho...

—Buen hombre, no siga Vd., exclamó doña Eugenia, levantándose conmovida.

—Ven Vds. mis ojos y mis párpados en carne viva?...—continúo el Sr. Andrés, sin hacer caso de la interrupción.—Se me han puesto así á fuerza de llorar, y de no dormir, y de empeñarme en pintar, sin saber, mas de veinte cuadros, hasta que quedasen dos á mi gusto, por no pagar lápidas de mármol, y la verdad, porque se me figuraba que así estarían mas bonitos los nichos.

—¿Podrá Vd. ir mañana adonde indican estas señas? le dijo doña Eugenia, entregándole una targeta.

—¡Ah! son las del palacio del señor marqués de...

—Justamente; quiero encargar á Vd. un trabajo fácil.

—¿Qué hace, mamá?—preguntó Rosario en voz baja, á doña Eugenia, que se habia adelantado hácia el nicho, y yo tras ella.

—Quiero dar á ese hombre los dos mil reales que le faltan. ¡Qué lección, Rosario, qué lección! Los ricos herederos del marqués (añadió marcando mucho estas palabras dirigidas al parecer, á los dos hermanos) aun no han mandado decir una misa por su alma, y en dos años, su agradecimiento se ha reducido á traerle hoy una ruin corona de siempre-vivas.

Doña Eugenia examinó un momento el nicho, y Rosario la dijo á media voz, con acento sarcástico.

—Te paras aun á contemplar la maravilla?

—Y yo tambien—exclamé, lleno de ira, y asombrado de tan incomprendible perversidad;—y por cierto, que si antes no me agrado, ahora me parece una obra maestra, una obra superior á las mejores creaciones de Rafael y de Murillo.

—¡Jesús!—repuso Rosario.—¿No sé con qué ojos lo miran ustedes!

—Y á Vd.—repliqué—si lo mirára como yo, le sucedería igualmente.

—Pues ¿cómo lo mira Vd.?

—Con el corazón, señorita.

Saludé á todos, y me volví poco á poco á Madrid, dirigiéndome antes una afectuosa mirada al desconsolado herrero

cuya cabeza, iluminada por los últimos reflejos del sol poniente, me pareció, en aquella situación de mi ánimo, la cabeza de un arcángel; al paso que la insolente hermosura de Rosario, muerta al sentimiento, se pintaba en mi espíritu como la imagen de Luzbel, hollado por la planta vencedora de la Virgen María.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

EL PADRE LACORDAIRE.

El Padre Enrique Domingo Lacordaire nació el 12 de mayo de 1802, en la villa de Recey-sur-Ource, en el departamento de Côte d'Or. Su padre, que habia obtenido alguna reputación como cirujano, murió en 1806, dejando á su viuda con cuatro hijos, de los cuales, Enrique era el segundo. La madre era católica ferviente, y muy escrupulosa en inspirar á sus hijos los sentimientos de su religion. Despues de la muerte de su marido, se trasladó á Dijon, y Enrique entró en el Liceo de esta ciudad á los diez años de edad, y se dice que hubo presentimiento de su futura fama como orador cristiano. Los sermones de Bourdaloue eran su estudio favorito. Dejó el Liceo en 1819 y despues de estudiar leyes vino á Paris en 1825. El 11 de mayo de 1824 dirigió una carta á uno de sus amigos, manifestándole su determinación de dejar el foro por la iglesia. Entró efectivamente en el colegio de San Sulpicio, y fué ordenado clérigo el 25 de diciembre de 1827. En el otoño de 1830, siendo entonces capellan del colegio Enrique IV, Lacordaire, en union con M. Montalembert y Laménais, publicó el diario *L'Avenir* con los lemas—*Dieu et la liberté. Le Pape et le Peuple*. En mayo de 1830 el obispo de Nueva-York, estando de visita con Lacordaire en Chenaye, Bretaña, en la residencia de Laménais le ofreció al joven predicador el puesto de vicario general de su diócesis, que Lacordaire aceptó; pero sobreviniendo luego la revolucion de Julio, creyó que le brindaba su patria un brillante porvenir. El 24 de diciembre Lacordaire se dirigió al Decano de la facultad de abogados, pidiéndole permiso para hablar en el foro, pero se le rehusó. Su pluma se descubre en la famosa protesta de los editores contra el abuso del poder ministerial en su conducta con la prensa (diciembre, 1830), y en el mes siguiente fué juzgado por ofensas contra el gobierno, pero fué absuelto, defendiendo su causa con grande elocuencia. En 1831, él, M. de Montalembert y M. de Coux abrieron, lo que ellos llamaban, una escuela libre, dando lecturas sin licencia de la universidad. El gobierno, á instancias de la universidad, se interpuso, pero rehusaron obediencia. Entonces fueron demandados ante la Cámara de los Pares (por ser Par M. de Montalembert y haber reclamado su derecho) y fueron condenados á pagar la multa de 100 francos. La policia vino á cerrar la escuela: *En nombre de la ley*, dijo el comisario, *ordenó á los niños que se retiren.*—*En nombre de sus padres, cuya autoridad yo tengo*, repuso Lacordaire, *yo les ordeno que permanezcan.* Sin embargo, Lacordaire, pareció asustado al cabo. Rogó á Laménais que se sometiese, y él mismo quiso abandonar la democracia y marchar á las misiones extranjeras; pero M. de Quélén le invitó á permanecer en Francia, y continuó como capellan de los conventos de *visitandines*.

En medio de sus dudas, llegó una carta enciclica de Gregorio XVI (48 de setiembre, 1832), en la que el Padre Santo llamaba absurdo las ideas de regeneración de la Iglesia (*á la Lacordaire*); *delirio*, la libertad de la prensa y *artículo de fé* la inviolable sujeción al rey, con otros dichos oraculares de igual infalibilidad. Los redactores de *L'Avenir* se sometieron á Roma, Laménais, que no tenia fé en el sucesor de San Pedro y muy poca en el mismo San Pedro, persistió obstinado, dejando á Roma irritada para publicar folletos picantes sobre los negocios de Roma, y su obra titulada *Las palabras de un creyente*; pero Lacordaire, mas impresionable que Laménais, se postro á los pies del Padre Santo.

En 1834, los sermones predicados por Lacordaire en el colegio de San Estanislao, fueron censurados por el arzobispo por su carácter democrático, y en 1835 sus *Conferencias en nuestra Señora de Paris*, en las cuales tralaba toda clase de asuntos—nacionalidad, libertad, Napoleon, ferro-carriles, política en todas sus fases, con grande audacia y fervor, causaron una prodigiosa excitación entre el público, y alguna inquietud entre el clero, hasta que el arzobispo insistió en alterar sus planes. En su lucha con el arzobispo, tuvo que ir á Roma en el año 1836, para ver si podia ser apoyado por la Santa Sede.

En 1838, publicó una formal retractación de sus doctrinas liberales en *L'Avenir*, y emprendió la guerra contra el «entendimiento humano, como con un poder que proviene del diablo y es irreconciliable con la fé que viene de Dios.» Peren la cuaremasma de 1838, sus sermones produjeron un efecto poco favorable, y tuvo que ir á Roma por tercera vez para justificar. Entonces varió el curso de sus proyectos, entrando en el convento de Minerva el 6 de abril de 1840 para tomar el hábito dominicano. El 15 de febrero de 1841 ocupó el púlpito de Nuestra Señora de Paris, con el traje de fraile dominico y la cabeza afeitada. Sus *Conferencias* de cuaremas, que predicó durante diez á once años en Paris, Burdeos, Nancy, Lyon, y Grenoble, fueron escuchadas por un inmenso público, y su elocuencia ha sido la admiración, no solamente de Francia, sino de toda Europa.

En 1848, durante la república, revivieron en Lacordaire las doctrinas democráticas. Fué elegido diputado por el departamento de las Bocas del Ródano, y tomó su asiento cerca de Laménais con el partido de la Montaña; pero no habiendo obtenido reputación por sus discursos, dejó el puesto el 15 de mayo, alegando que los debates parlamentarios no sentaban bien al hábito que vestia. Despues no apareció muy prominente delante del público, excepto cuando fué elegido miembro del Instituto, siendo Mr. Guizot designado para pronunciar el discurso en elogio de su predecesor, en cuya ocasión el ilustre orador Lacordaire tomó su asiento con hábito de dominico.

La fama de Lacordaire queda perpetuada con su oratoria. Han sido publicados tres volúmenes de sus *Conferencias de Paris* (1835-1850) que dan una alta idea de su elocuencia. Su *Vida de Santo Domingo*, que ha sido descrita como una poética justificación de la Inquisición, y en que hay grandísimas puerilidades impropias de nuestro siglo, está traducida á varias lenguas. *Consideraciones sobre el sistema filosófico de Mr. Laménais* (1834), *una Carta á la Santa Sede* (1835), *una Memoria sobre el establecimiento en Francia de la orden de Hermanos predicadores* (1840), *las Conferencias de Lyon, Grenoble, etc.* (1845), *los Sermones sobre el general Drouot y Daniel O'Connell*; este último, considerado como un espléndido esfuerzo de la oratoria, é igualmente poético en su estilo y en sus hechos, y algunos otros trabajos. Murió Lacordaire en la mañana del 22 de noviembre de 1861 en Soreze, departamento del Tarn.

El secretario de la redacción, EUGENIO DE OLAVARRIA.

Correspondencia de Ultramar.

Méjico, Octubre 29 de 1861.—Sr. D. Eduardo Asquerino.—Querido amigo: Los asuntos de este país, que muchos se figuraban mejorarian con el cambio de tal ó cual gobierno, marchan en una descomposición tan grande, que bien puede asegurarse no habrá un solo mejicano de buena fé que no haya pensado en que su patria está fuera del alcance de todo remedio: en situación tan poco apetecible, por fas ó por nefas, los españoles que tienen alguna cosa que perder (como no se llame vergüenza), son las figuras que ambos partidos procuran mover y maltratar en sus respectivos tableros de ajedrez, en el juego que hace tanto tiempo se disputan liberales y conservadores. ¡Magnífica idea es la del gobierno español al considerar tan paternalmente á sus súbditos de América, porque de este modo tal vez se piense en aumentar las glorias de Pizarros y Corteses!

El decir á Vd. que nuestros compatriotas son llevados á la cárcel porque no se dejan con buena voluntad el que se les despoje de los intereses que han ganado con honradez y economía, fuera una necesidad, puesto que todo el mundo lo ve diariamente, y nadie lo extraña cuando se mira que ninguno se mete á impedir tamaña injusticia. Pero eso no importa, dicen algunos talentos privilegiados: el que no le guste así que se vaya á otro punto. Algunos estamos dispuestos á aceptar el consejo aunque se le considere violento; mas esto no lo pueden hacer todos por falta absoluta de medios para llevarlo á cabo.

La guerra civil, que presenta la cara mas triste y horrorosa, es la que está encargada de hacer en la república mejicana una clase de prodigios que jamás han pensado los cerebros de los profetas modernos: algunos de ellos se están palpando ya en lo que pasa, por lo tocante á las relaciones exteriores con España, Francia é Inglaterra.

La capital se halla incomunicada postalmente con el resto de la nación; las partidas de los reaccionarios vienen los mas de los días á tirotear á las fuerzas del gobierno liberal que dan guaricion en las garitas; nadie puede salir fuera de puertas sin gran riesgo de ser robado y hasta privado de la vida por tanto malhechor como infesta los caminos: á pesar de una situación tan mal avenida con la paz y el orden interior, todavía hay periódicos que dicen que Méjico progresa, se ilustra, adelanta y marcha por la via de la civilización... Si mi humilde persona no conociera otro camino mas adecuado para llegar á ver tanta cosa buena, me quedaria sin probarlas por tal de no andarme por vias tan fuera de lugar.

Marquez, general reaccionario, acaba de tener una batida (no se les puede llamar de otro modo á esto que aqui dicen batallas) con el general Tapia, liberal, en el Real del Montes: ambos dicen á sus respectivos adeptos que han ganado una grande acción de guerra; yo creo que los dos tienen razon de sobra, y que quien perdió fué la infortunada Méjico.

El soberano Congreso está discutiendo estos días un proyecto para formar un tribunal de salud pública, cosa que se cree mas que suficiente para labrar la felicidad del mundo todo.

No se puede negar que los diputados de por acá son gentes de chipa para dar salida á las mayores dificultades, y esta es la que me falta á mi para que pueda continuar la pobre carta su afectísimo amigo que lo aprecia.

(De nuestro corresponsal.)

Chile.—Valparaiso, Octubre 17 de 1861.—El hecho mas notable de la quincena en el órden político, es la ley ámplia de amnistía para todos los comprometidos en los acontecimientos políticos habidos en el país desde 1851 hasta la fecha, propuesta por el gobierno al Congreso y aprobada por este en los mismos términos. Hasta ahora todos los actos de la administración Perez van guardando perfecta consecuencia con su programa, y cada día se afianza mas en la opinión pública y se hace mas acreedora á la estimación de los pueblos. El Sr. Perez trabaja por restablecer la concordia y la armonía en la sociedad chilena, tan dividida por la equivocada política del pasado gobierno, y hace esfuerzos por unir á los partidos confundidos en uno solo, que tenga únicamente en mira el engrandecimiento de la nación alcanzado por las prudentes mejoras y reformas, por el afianzamiento de la tranquilidad y de la libertad y por el triunfo de la justicia y de la ley. Propósito tan noble y patriótico no podia menos que captarse las simpatías del sensato pueblo chileno que, olvidando inmediatamente sus resentimientos, ofrece á porfía su cooperación al nuevo gobierno para obra tan grande y bella.

Hé aquí la ámplia ley de amnistía con que ha principiado su periodo la administración Perez.

Conciudadanos del Senado y de la Cámara de Diputados.

La paz de que actualmente goza la República, el órden y la tranquilidad con que se ha efectuado la renovación de los poderes del Estado y las significativas muestras de adhesión y entusiasmo á que esta renovación ha dado origen, dan prueba del afianzamiento de las instituciones y aseguran al país un porvenir de libertad y de reposo. Justo es que de estos grandes bienes participen tambien todos aquellos que, por haber tomado parte en las disensiones políticas, sufren las penalidades anexas al destierro y la prisión.

Debe ser altamente satisfactorio para el Congreso, como lo es para el gobierno, el ver que la situación tranquila del país le permita hacer uso de la generosidad, prenda distintiva del carácter chileno. No es de esperar que esta situación pueda ser perturbada por el llamamiento leal y sincero de todos los individuos que, alucinados por las pasiones políticas, han debido desengañarse de que el órden y el respeto á la ley son de suprema necesidad en un país libre, al paso que la violación y la revolución armada solo traen consigo la anarquía y sus funestas consecuencias.

A juicio del gobierno, la época que atravesamos no puede ser mas propicia para trabajar en el sentido de la union sincera de los partidos. Esta idea, que tanto halaga á los pueblos y cuya realización reportaria inmensos beneficios al país, no puede menos de ser atacada por los que ahora sufren las consecuencias de los disturbios políticos. Pero si, obcecados por el espíritu revolucionario, hubiere algunos á quienes no bastase á contener la calma imponente de que disfruta la República, sus tentativas se estrellarían, á no dudarlo, en el vigor de la ley, en la firmeza del gobierno y en el buen sentido y lealtad de la gran mayoría de la nación.

Ya la pasada administración, haciendo uso de las facultades de que se hallaba investida, se ha mostrado, en verdad, indulgente para con un número considerable de individuos comprometidos en las reyertas políticas. Cumple ahora al Congreso (único poder revestido por nuestra Carta Fundamental para conceder amnistías) correr un velo á nuestros disturbios pasados y tender una mano generosa á todos los individuos que hasta la fecha hubieren sido ó pudieren ser enjuiciados por razon de delitos políticos.

Guiado de estas consideraciones y de acuerdo con el Consejo de Estado, os propongo el siguiente

Proyecto de ley.

Artículo único.—Se concede ámplia amnistía á todos los individuos que desde el año 51 hasta la fecha hubieren sido ó pudieren ser enjuiciados por razon de delitos políticos.

El Estado condona las indemnizaciones fiscales á que dichos individuos pudieran ser responsables por causa de los mencionados delitos.—Santiago, octubre 4 de 1861.—José Joaquín Pérez.—Manuel Alcalde.

En consecuencia, todos los pueblos de la República han celebrado la amnistía con suntuosas fiestas, siendo en todas ellas el presidente de la República el objeto de entusiastas ovaciones.

El gran partido liberal celebró en Santiago, en la hermosa quinta Subercaseaux, un espléndido banquete, al que fueron invitados todos los proscriptos del pasado decenio que ya habian vuelto á la capital. La mas perfecta armonía, el contento, la generosidad y la expresion de las mas nobles virtudes cívicas reinaron en ese banquete. No se pronunció una sola palabra de odio ni venganza contra los hombres de la pasada administración, y se protestó una cooperación franca y leal al gobierno del Sr. Pérez, que sacaba al país del abismo en que lo precipitó su antecesor, y cuya política, buscando su apoyo tan solo en la fuerza moral, se examinaba á obrar el bien en todo sentido.

La libertad de que ahora se disfruta en el país, ha venido á entrañar la convicción de que la gran mayoría del pueblo, lejos de estar animada del espíritu de revuelta, como lo afirmaba el pasado gobierno para justificar sus avances y despóticos sistemas, le tiene hasta horror, y solo lo preocupa y lo entusiasma la idea de su prosperidad, la perpetuidad de la paz, la reforma, la vuelta de la libertad y de la discusión, en fin,

ilustrada y pacífica que lleva al esclarecimiento de los principios y al triunfo de la conveniencia nacional.

En algunos teatros se han dado funciones á beneficio de los que aun se mantienen en el destierro, para que cuenten con algunos socorros con que poder volver al seno de la patria; el gobierno ha determinado enviar algunas embarcaciones para recogerlos en las playas extranjeras, y dentro de pocos dias habrán cesado completamente los sufrimientos de las víctimas del decenio.

Se han dado en Santiago serenatas al presidente de la República y á los ilustres generales Las-Heras, García y Maturana. En la última, que fué á grande orquesta, cantaron todos los artistas de la compañía lírica, y asistió tan grande concurrencia, que no se ha visto jamás en ningún acto público. Los vivas á S. E. y á sus ministros, como á otros personajes importantes del país, venían á animar el entusiasmo y á mantener palpitante el buen humor. Jamás se había hecho á ningún mandatario de la República una manifestación tan espléndida y popular. El Sr. Perez, conmovido, ha contestado á todas las manifestaciones con la expresión mas pura de sus republicanos sentimientos.

Y era este pueblo el que se gobernaba ayer con mano de hierro, que se le encerraba en los calabozos y se le arrojaba á la proscripción! Lleno de buen sentido y patriotismo, se le propuso ahora desmentir á sus enemigos con actos de magnánima generosidad.

Añanzado completamente el orden público, tranquilizado profundamente de un extremo á otro del país, contento y satisfecho, el orden económico tiene necesariamente que establecerse sobre bases igualmente sólidas y satisfactorias. La seguridad y la confianza extenderán el crédito en las plazas comerciales que los últimos quebrantos hicieron desaparecer, y los capitales volverán á los mercados á activar las transacciones y especulaciones. La nueva era que ha principiado para Chile es de prosperidad en todos sentidos.

El ministro de Hacienda trabaja con actividad por poner en el mas perfecto arreglo las finanzas, y mucho se espera de su inteligencia y celo. Los malos manejos de la pasada administración van poco á poco saliendo á luz, y pronto serán todos conocidos y los perjuicios reparados.

Estados- Unidos.—Filadelfia 8 de noviembre.—Lo mas importante que aquí ha tenido lugar en política, á mi juicio, es el resultado, aun por ratificar, de las elecciones para cargos judiciales, civiles y de la legislatura del Estado.

La lucha electoral era entre los partidos republicano y demócrata; y á pesar de que el último carecía de cuanto puede ayudar á obtener la victoria, no teniendo periódicos, no habiendo celebrado meetings, ni fijado carteles, ni arreglado al pueblo, su candidatura ha obtenido una mayoría que no será conocida á punto fijo hasta despues del escrutinio, pero que parece incuestionable.

Fácil es comprender que, no obstante el empeño de los vencidos en hacer creer que esta ventaja de sus adversarios no tendrá consecuencias desagradables para el gobierno, debe tenerlas y del mas grave carácter por poco que las circunstancias les ayuden.

Bastaría recordar sino, que la imprenta republicana no ha vacilado en señalar la democracia como representante de las ideas pacíficas, y que como tal, así se ha expresado siempre, era hostil al gobierno. Y tiene razón la imprenta republicana; porque cuando al Norte parecía levantarse como un solo hombre al eco de los cañonazos que le quitaban el fuerte Sumpter en cambio de un héroe, el mayor Anderson, los jefes demócratas se reunían en la sala de la independencia de esta ciudad para acordar qué actitud tomaría su partido, y formulaban trece resoluciones, de las que voy á permitirle traducirle la 12.ª, que mas que ninguna revela las disposiciones de aquel partido.

Dice así:
«Resuelto: Que á deliberado juicio de la democracia de Filadelfia y hasta donde es posible saber lo de Pensilvania, la disolución de la Unión, por separarse de ella todo el Sur, resultado que lamentaremos con la mayor sinceridad, ha de debilitar considerablemente los vínculos que unen esta comunidad á la Confederación, interin por conveniencias particulares exija conservarlos; y autoriza por consiguiente y requiere á los ciudadanos del Estado para que en Convención reunida al efecto, determinen con quién ha de unir su suerte: si con el N. y E., cuyo fanatismo ha precipitado esta calamidad sobre nosotros, ó con nuestros hermanos del Sur, cuyos agravios sentimos como si fuesen nuestros propios, ó si Pensilvania habrá de subsistir como una comunidad distinta, pronta cuando se ofrezca la ocasión á unirse á la disuelta (broken) Union, asumiendo supuesto de lealtad y adhesión.»

Cierto que la tal resolución es un tanto egoísta y presuntuosa, y cierto que no parece bien en momentos de tanta angustia para la República; pero escrita está, é interpretada entonces como ahora en el sentido que he dicho antes; entrando aquí el no comprender como la evolución que el temor y otras razones aconsejaron á los demócratas, se tomase por moneda contante, entonándose un *De profundis* al partido que hoy se atraviesa con tanto brio en el camino emprendido por el gobierno de Washington.

El pequeño Estado de Nueva-Jersey ha verificado tambien sus elecciones, y como la Pensilvania, aparece completamente demócrata; en Nueva-York ha recaído la elección para sheriff en un demócrata; y pásmese Vd., en el Maryland la elección ha sido completamente á favor del gobierno.

El general Dix (Baltimore) ha dirigido esta mañana una instrucción á los jueces para que no permitan á ninguno de los que *tuvieron parte* ó tomaron las armas en el tumulto de abril último dar su voto, ni á los que rehusen prestar juramento de fidelidad al gobierno cuando se les exija.

Las elecciones en la ciudad se han verificado sin ningún trastorno. Se han arrestado mas de doscientas personas acusadas de traición. Muchas, sin embargo, fueron absueltas en seguida.

Por último, no está el general Fremont al frente del ejército federal en Missouri; su destitución ha sido obra de mucho tiempo, pues que durante mes y medio ha estado meditando; es de esperar, por lo tanto, que ha sido con completo conocimiento de causa.

Al mismo tiempo que Fremont entregaba el mando de su ejército, el general Scott presentaba su dimisión de generalísimo, que fué aceptada por el gabinete sin dificultad. Le sucede en su alto cargo el general Me. Clellan, y me figuro que sin grande repugnancia.

El secretario de la redacción, EUGENIO DE OLAVARRIA.

REVISTA DE LA QUINCENA.

Uno de los siete inseparables, uno de los que no debían caer sino abrazados al general O'Donnell, ha caído en el intervalo de la Revista pasada á la presente. ¿Qué cosas pueden suceder en el espacio de una á otra Revista! El señor marqués de Corbera, el astro refulgente que presidía al fomento de esta nación, ha caído, se ha ocultado, desdeñando los brazos abiertos con que el general O'Donnell le brindaba en cumplimiento de aquella solemne promesa:

¿Por qué tanta desgracia?
¿Por qué tanta desdicha!

El señor marqués quería, según dicen los ministeriales, que se consignasen en el presupuesto mayores cantidades con destino á carreteras, á fin de cumplir las obligaciones contraídas, cuyo importe excede de lo presupuestado. Hánsse comenzado obras y no se ha satisfecho á los contratistas por haberse consumido los créditos existentes para este ramo.—Es preciso hacer economías, dijo el ministro de Hacienda.—Que se hagan, pero no en mi ramo, debió contestar el de Fomento. Otro tanto parece que dijo el de la Guerra, presidente del consejo. En esta situación, y habiendo de quebrar la soga por alguna parte, quebró por lo mas delgado, y lo mas delgado de la soga ministerial era á la sazón el señor marqués de Corbera. El señor Posada, ministro de la Gobernación, se ha encargado de la cartera de Fomento, mientras se busca un sucesor al ilustre marqués, cuyo sucesor no se encontrará hasta despues que

hayan terminado en el Congreso de diputados las discusiones sobre la contestación al discurso de la Corona. Como el gabinete es tan parlamentario, quiere sin duda saber la opinión del parlamento, antes de proveer la vacante. Acaso los debates del mensaje pongan de relieve las cualidades de algun orador de la mayoría y le designen para ese importante puesto al ojo conocedor y perspicaz del general O'Donnell. Por de pronto ahí está el Sr. Gonzalez Serrano que, además de sus antiguos méritos en favor de la union liberal y sus adherencias, tiene es de haber sido el primero en salir á la palestra y romper lanzas en pró del ministerio.

Sin embargo, todo lo que se diga hasta ahora del sucesor del Sr. Corbera es prematuro: se puede apostar en favor de este ó del otro candidato, pero nada se puede asegurar con fundamento, no habiéndose pronunciado el oráculo sobre esta gran cuestión. Los progresistas que siguen sirviendo de escolta á la union liberal como una especie de guardia extranjera, tienen alguna esperanza de introducir al Sr. Lujan en el gabinete; pero sabido es que las esperanzas de estos señores se convierten casi siempre en humo, y que todavía no ha tomado cuerpo ninguno de los castillos en el aire que hace tres años se vienen formando. Dudamos por nuestra parte que el señor Lujan logre penetrar en el consejo de ministros, aunque creemos firmemente que ni la política, ni las tendencias, ni las mañas de la situación habrían de variar por eso.

Entretanto, la cuestión que se agita hoy es: ¿qué se hace con el señor marqués de Corbera? Algunos periódicos han anunciado que iba á ser nombrado ayo del príncipe de Asturias en atención á sus profundos conocimientos en varios ramos del saber; pero otros niegan que en tal cosa se haya pensado. La verdad es que si no ha sonado el nombre del marqués de Corbera para este cargo, se ha tratado ya de proveerlo, y nos lo prueba la oportuna indicación hecha el otro dia por el Sr. Gonzalez Serrano, el cual, entre otros consejos muy sanos dignos de D. Alonso el Sabio, dió el de que se eligiese para ayo del príncipe una persona de acrisolada virtud y de experimentada ciencia.

De todas estas dudas saldremos en breve cuando, discutido el mensaje en el Congreso, se resuelva la crisis hoy latente.

Las grandes discusiones del mensaje han invertido mas de una semana en el Senado. Los señores Roda y Camaleño, separados de la mayoría, presentaron dos enmiendas, el primero, sobre la política interior, y el segundo, sobre la cuestión de Italia y la quema de libros, que son las dos enmiendas de mas radical oposición que en aquel cuerpo hemos visto. Ambos las defienden con vigor y fuerza de raciocinio. El Sr. Roda explicó los motivos que le obligaban á separarse de la union liberal, así como á los señores Alvarez y Gomez de la Serna, motivos que sabe todo el mundo, y que se reducen á que habiendo dejado de ser liberal la tal union, y tomado un trotecillo reaccionario muy poco agradable, ha sido forzoso abandonarla. Con este motivo habló el Sr. Roda de los sucesos de Loja y de la conducta del gobierno en ellos, y la condenó con toda la severidad que merecía. El Sr. Camaleño dirigió á la situación golpes tremendos. «Habeis hecho en Italia una política dinástica, dijo al gobierno, pero una política anti-española, marcando bien la diferencia que hay entre la política nacional y la de familia. En cuanto á la quema de libros señaló las tendencias que en ella se descubrian, y la ignominia de que venían á cubrir á los que en medio del siglo XIX consentían tales aberraciones. Nada contesto el ministerio á la acusación de política dinástica; sus individuos se glorían de haberla adoptado, y era natural que no tomasen como cargo lo que en su concepto constituye un título de gloria á la vez que un elemento de conservación; pero respecto de los autos de fé, el señor ministro de Gracia y Justicia se atrevió á defender los, diciendo que eran derecho de la Iglesia, y no solo los defendió, sino que llegó hasta echar de menos el fanatismo de los tiempos de Carlos II, diciendo que era preferible al fanatismo de la despreocupación.

Ahi está el ministerio de doña Isabel II; ahí está el ministerio que, á crear sus seguridades y las de sus órganos, sería el último ministerio del actual reinado, supuesto que se le declara irremplazable hoy y siempre. Echa de menos los últimos tiempos de la dinastía austriaca, diciendo que eran mejores que los presentes porque entonces se podia dominar por medio del fanatismo, de los hechizos, de la inquisición y de las conversaciones entre el demonio y los confesores. ¿Qué extraño que se procure volver en cuanto se pueda á tiempos que se creen preferibles?

Desechadas las dos enmiendas, tomó la palabra en contra de la totalidad el Sr. Pacheco y puso de manifiesto las deplorables vacilaciones y errada política del gobierno en la cuestión de Méjico.

De los documentos y de los debates sobre este punto resulta que el gobierno tuvo por principal objeto, al nombrar al Sr. Pacheco para Méjico, el deshacerse de un hombre que podia dañarle en la oposición, atrayéndosele con un buen empleo; que el Sr. Pacheco, en vez de limitarse á comerse el sueldo de su empleo, tomó por lo serio el cargo de embajador; que se encontró invadidas sus atribuciones por el capitán general de Cuba, y que el gobierno en estas diferencias no atendió ni á las razones del uno ni á las del otro, y cuidó, sobre todo, de evitar el ponerse mal con ninguno; de manera que puestas las notas y discusiones en diálogo vienen á reducirse á lo siguiente:

PACHECO: Esto nos conviene hacer para que el conflicto cese.
CALDERON: Pese ó no pese, yo soy de ese parecer.
SERRANO: No puede ser.
CALDERON: Tambien soy de ese.

Despues del Sr. Pacheco usó de la palabra en contra el señor Alvarez, el cual, especialmente en la cuestión de Loja, estuvo contundente, siendo lástima que por su poca voz no pudiera brillar mas su discurso, que merece ser leído con atención. Despues de insistir sobre la abusiva aplicación que se había hecho de la ley de 17 de abril, hizo notar que se habían creado para los desdichados de Loja dos nuevos presidios, pero creados solo en el papel, como si los edificios y todo lo necesario para el establecimiento de un presidio pudiesen surgir de la tierra con un fiat ministerial. De esta suerte se habían enviado multitud de seres desventurados á perecer en climas mal sanos, en presidios que no estaban dispuestos para recibirlos y que no tenían mas existencia que su nombre puesto en un real decreto.

El gobierno, por boca del Sr. Posada Herrera, contesto todo esto que se había cumplido la ley y que el ministerio había dejado en libertad á los tribunales. La contestación no puede ser mas suave ni mas sangrienta.

Los oradores ministeriales han sido en el Senado, los señores marqués de Miraflores y Luzuriaga, dos nombres que en otras circunstancias habrían bramado de verse juntos; pero como de esas cosas raras tiene la union liberal. ¿Quién diría que los Sres. Miraflores y Luzuriaga habían de caer en un saco? Pues en él están por obra y gracia del Sr. Posada Herrera y del Sr. Posada Herrera.

No hay, sin embargo, que comparar ni el género de elocuencia ni los discursos del uno con los del otro. Del egregio marqués sabemos que tiene una elocuencia particular, entretenida y amena, que hace caminar al oyente de sorpresa en sorpresa, poniéndole en el caso de no saber qué admirar mas, si las revueltas profundidades del talento de S. S., ó la dicha de esta nación, que le ha tenido de embajador, ministro, confeccionador de tratados y supremo hacedor de reformas. El nunca bien ponderado marqués se declaró archimonárquico y archiconservador; y en calidad de tal, archiunionista, ó como si dijéramos, archidiácono de la union liberal en el Senado. Damos la enhorabuena á la union. El Sr. Luzuriaga defendió en general al gobierno como el mejor de los mejores. No aprobó su política interior; pero dijo: hay altos y tradicionales obstáculos para que sea mas liberal, y si viniese otro gobierno sería mas reaccionario. Tampoco aprobó la política ministerial en Italia, y añadió: yo sé que al decir esto me cierro con doble llave las puertas del poder.

El ministerio y sus órganos se han manifestado muy satisfechos con esta defensa. ¡Ya se ve! si no se les daba otra, ¿qué habían de hacer?

¿Con que hay altos obstáculos á la política liberal en el interior? ¿eh?

¿Con que el que quiere una política liberal en el exterior se cierra las puertas del poder? ¿eh?

¿Con que esto lo dice un orador ministerial y lo confirma el ministerio con su silencioso asentimiento, y la prensa ministerial con gárrula aprobación?

Pues no diga V. S. mas, Sr. Luzuriaga, que bastante hemos hablado. Nosotros, en calidad de opositores, no podríamos añadir ni una palabra mas á las que, con satisfacción del ministerio y aplauso de los ministeriales, ha dicho su defensor, el Sr. Luzuriaga.

Cerraron la discusión el señor ministro de la Gobernación y el presidente del Consejo: el primero, declarando que su política era conservadora, y el segundo, afirmando que nada había prometido á la guardia progresista. Con esto el Senado votó favorablemente al gobierno, por 111 votos contra 21.

En el Congreso duran todavía los debates. El Sr. Rivero presentó el otro dia una enmienda y atacó la política del gobierno en lo interior y en lo exterior con grande elocuencia; el Sr. Gonzalez Serrano le contesto en un discurso florido, en que al par que defendía al gabinete, decía que, ni sus individuos eran los siete sábios de Grecia, ni las quemas de libros estaban en su lugar, ni la ley de abril dejaba de ser una ley bárbara que debía abolirse. El Sr. Gonzalez Serrano se permitió una multitud de consejos al gobierno, que prueban el buen corazón de S. S., y tambien lo necesitados que se hallan de consejo los dignos individuos del de ministros. Ayer habló el Sr. Aparici y Guizarro, y despues en la discusión general hablarán los señores Olózaga, Gonzalez Bravo y Rios Rosas.

El general Prim, con su estado mayor, ha salido para la Habana, donde tomará el mando de la expedición de Méjico. Los papeles de Tenerife nos dan cuenta de su llegada á las Canarias y de los obsequios que se le han hecho. El gobierno ha arrojado lejos de sí con esta expedición otro elemento que podria hacerle daño: con esto y con haberse atraído al general Narvaez, que se ha abstenido de votar en el Senado, puede ya el ministerio echarse á dormir una buena siesta. Celebraremos que descanse.

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

ADVERTENCIAS.

1.ª La publicación del presente número se ha retrasado dos dias á consecuencia de haberse inutilizado una de las formas; rogamos á nuestros suscritores nos dispensen esta falta que no nos ha sido posible evitar.

2.ª La redacción y oficinas de *La América* se han trasladado á la calle del Sordo, núm. 39, cuarto principal de la derecha.

EDITOR, Juan Martin de Heredia.

IMPRENTA DE LA AMERICA, A CARGO DEL MISMO, BAÑO, 1, 3.º